

ms 8567

141203

FONS VITÆ ERUDITIO POSSIDENTIS

REVISTA

10796a

DE LA 2

UNIVERSIDAD

DE

CUENCA



Nº 2º

SINOPSIS

- 1—Bolívar Genio de América.—Remigio Crespo Toral
- 2—Reparos sobre nuestro lenguaje usual.—Honorato Vázquez
- 3—La Ley.—Leopoldo Dávila Córdova
- 4—El Culto a los Genios.—Ezequiel Márquez
- 5—Discurso.—Emiliano J. Crespo
- 6—Discurso.—Octavio Díaz
- 7—Discurso.—Luis Toro Moreno
- 8—Reglamento de la Escuela de Pintura.
- 9—Informes.
- 10—Notas.

Julio de 1929.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Nº 2º

NOTAS

La Revista de la Universidad de Cuenca se canjea con toda clase de publicaciones nacionales y extranjeras.

Esta revista cuenta con la colaboración de los Profesores de la Universidad.

De las opiniones emitidas en los trabajos que publica la revista son responsables sus autores.

* Se hará reseña crítica-bibliográfica de las obras que se reciban dos ejemplares, las mismas que serán destinadas a la Biblioteca de la Universidad.

No se devuelve originales.

Canjes, correspondencia, etc. personal dirijase a UNIVERSIDAD, apartado Nº 18.

BOLIVAR, SIMON - CRITICA

BOLIVAR

GENIO DE AMERICA

EL HOMBRE

Los seres excepcionales no se forman por evolución de los estudios, por arte de reflexión o según el proceso experimental: son el genio, la violencia instantánea, la inspiración sin antecedentes, la ciencia y la conciencia improvisadas, la idea—fuerza, el compendio sintético, un prodigio de la creación. Su exaltación no procede de enfermedad ni se origina en el desequilibrio: es la supremacía, el último límite natural del talento, el substractum de las facultades, la supereminencia y soberanía, el modelo, el prototipo.

Hijo único de una casa colonial rica, salido a vagar en la libertad adolescente, desperdiciando vida y dinero en las prodigalidades de la vanidad; liberto del amor conyugal, que gustó en breve tiempo con delirio de pasión, habiendo jurado no volver más a sus dulces cadenas, en abnegación caballeresca al culto del primer amor; educado a saltos, más bien discípulo de sí mismo, observador—en panorama—del gran sistema del mundo moral; el mancebo Bolívar—todo sentimiento, todo acción—vehemente y alucinado, compareció en la escena para el estreno, sin ensayo, sin preparación; y se improvisó protagonista. Los que al principio le disputaron el papel se hundieron tras los bastidores de la medianía, otros se condenaron al ostracismo político, los más al tormento de la anulación, y alguno más audaz subió las gradas del cadalso.

Tipo perfecto del hidalgo español, del soñador de la raza trasladado al trópico. Y de este tomó la nerviosa excitación, la vehemencia excesiva, el desborde de energía y el numen inspirador.

Cetrino, avellanado, el café de América se hubo ingerido en sus venas, para dar más impulso a la circulación y agitar en transportes de epilepsia y en demencia de entusiasmo, la arteria cordial. Pequeño de cuerpo, etéreo, como ave de alto vuelo, de inverosímiles movimientos, estimulado por interna corriente magnética, se esparcía, se multiplicaba, en el campo de batalla, en las jornadas, para el gabinete, ya en la danza o el festín, ya en el pupitre o en la alcoba, no conoció limitación, volando en la amplitud—con alas como las alas de la luz—bebiendo a grandes sorbos el aire de los desiertos y las cumbres y disipando los tesoros de su talento en las orgias de la imaginación y de la palabra.

En su caballo de batalla, recorrió casi todos los caminos de medio continente, holló la nieve de las altas cimas, se internó en florestas y marjales, deslumbrando con el verbo—vertido en las notas de clarín de la elocuencia—en la arenga, en el brindis, en la oración gratulatoria. El instrumento indestructible y acerado no se agotaba, bastábale un ligero frotamiento de emoción para que, inspirado, se derramase en ondas y chispas eléctricas de luminosa proyección.

Poseía el poder de la seducción, el imperio avasallador de los enemigos, de los émulos. Piar, Mariño, Bermúdez, Arismendi, el suspicaz Santander, lejos del rayo de las miradas del genio, creíanse libres para conjurarse contra su fuerza. Al comparecer él, sentían la nada de su inferioridad, y apenas acertaban las artimañas de la lisonja o las excusas de la intriga.

Sér extraordinario, roído por el fuego del genio, mordido por la fiebre del carácter, ingerido en sus venas el humor olímpico del que no es comprendido y se subleva, íbase él mismo, malgastando los años, desperdiciando el porvenir para la hermosa bancarrota de las ilusiones, las mayores que un hombre pudo alimentar en el breve espectáculo de la vida.

Ejemplar magnífico de la estirpe, nadie juntó en tan cortos días, dentro de tan frágil contextura, sobre tan menguada tierra, atributos más altos de hombre, de soldado, de filósofo, de creador de pueblos, de conductor de multitudes, de legislador, de padre de naciones y razas, de orador, de poeta, de vidente. "Alma de gigante, en cuerpo pequeñito, señora del mundo". (1)

Tenía en los ojos el poder divino de atracción y repulsión

que Suetonio descubrió en Octavio: *Oculos habuit claros ac nitidos, quibus etiam exestimari volebat innesse quidem divini vigoris*. Su faz bronceada, estatua perenne, desde la vida—posee el relieve eterno, inconfundible: la curva de la frente, los pómulos de excelsa prominencia, el abismo de los ojos—tienen las líneas y los contornos de la escultura—tipo del héroe y del pensador. El lápiz lo traza con valentía al instante: el perfil de la espada, los focos de luz en las profundas cuencas, la máscara ósea prominentemente con aristas y endiduras denunciadoras de energía y supereminencia. ¿Quién en el universo mundo, no conoce esa fisonomía como de ídolo universal, ora épica sobre el corcel, ora meditabunda sobre el mármol del sepulcro, ya arrebatada en éxtasis a la orilla del mar, ya pensativa y melancólica ante el desastre de su creación, que se deshizo dejando en el espacio el vacío de su grandeza y el largo crepúsculo de su gloria?

Difícil será encontrar entre los antiguos y los modernos quien, así tan rápidamente, en explosión de catástrofe, se hiciera personaje de primera fila, genio de las armas y consumado estratega, genio de la palabra, voluntad férrea, potencia creadora, diestro al mismo tiempo en las disciplinas de aplicación y en las especialidades de la práctica.

Alejandro tuvo maestros como Aristóteles, que le mostraron la senda de llegar al sitio de los semidioses de Homero. Julio César cosechó la flor de la cultura romana, se empapó de su ambiente de majestad y pulió su personalidad como los prismas del diamante. Napoleón se fundió al calor del horno gigantesco de la Revolución, educóse en ella, y se formó Emperador; el que surgiendo de aquella escuela única de tempestad, debía ser auriga que rigiese los vientos y empujase el carro del rayo como Zeus, para traer a la tierra la serenidad posterior al cataclismo.

“Soy, dijo Bolívar, el mismo y creo no mudaré nunca, porque resido en la médula de mis huesos, mi carácter. Siento que la energía de mi alma se eleva y se iguala a la magnitud de los peligros.... Dios, al crearme, permitió esta revolución, para que yo pudiera vivir. Si Mad. Stael me prestara su pluma, diría que soy el genio de la tempestad”.

Hijo de oscura colonia de ultramar, no tuvo de ella sino la rebelión de la raza y la lejana cimiento hereditaria. No fue producto de la tierra, sino exótico y exuberante, ejemplar de elección, cuyos lineamientos ancestrales no corresponden a su ideal estupendo, a su acción múltiple y gigantesca y a su obra casi imposible. El medio hostil, la hora anticipada, la población rebelde a la sugestión de la libertad—sin embargo entró de lleno a lidiar y vencer, y acabó la empresa militar, venciendo la resistencia de la naturaleza y la tenacidad de los hombres.

Acometió al mismo tiempo altas combinaciones políticas

que fracasaron, porque carecían de fundamento y firmeza en el terreno social. Mas sus ruinas venerables y fecundas, sobre honrar al constructor del espléndido monumento, dieron al cabo los sillares de la arquitectura republicana de América, y completarán su felicidad y supremacía, cuando los ciclos geológicos del progreso humano realicen al fin las anticipaciones del genio.

EL SOLDADO—EL HEROE

Apareció súbitamente, y pidió su puesto de combate. Mas el puesto que exigió desde luego era de los primeros, una promesa de mando supremo. Nadie creyó entonces que el elegante calavera de París y de Londres tomase en serio el ejercicio de las armas. Sólo él supo que debía cumplir el juramento que, con énfasis retórico, hizo un día sobre una de las siete colinas de la vieja Roma patricia.

Incorporado a la expedición de Miranda que trajo a su Patria el prestigio de la Revolución Francesa, más bien que subalterno del Precursor, fue fiscal de sus operaciones. La táctica del Generalísimo no se acomodaba en la indole de pueblos y hombres con residuos de la barbarie primitiva. Acostumbrado a los combates de grandes masas y amplio espectáculo de las guerras del antiguo mundo, no acertó con el ambiente, ni pudo vencer la obstinación de las poblaciones, ni formar verdadero ejército. La campaña metódica y científica no podían hacerla entonces los guerrilleros que ensayaban, por primera vez, las armas arrancadas al enemigo.

Bolívar, con el fuego del primer impulso, intransigente y altanero, mostró desde el principio, que pues había comenzado como la saeta—iría derechamente al blanco. Miranda, después de triunfar, juzgando tal vez efímero su triunfo, entregóse a los españoles por capitulación, convirtiendo así su honor de General en martirio de un presidio...

Bolívar, rugió de encono patriótico y asumió el cargo de juez inflexible, con la acerva condena de la equívoca capitulación de Miranda, que no comprendió la responsabilidad de su misión ni advirtió los inevitables destinos de América.

Antes que el joven Coronel Bolívar, habían también guerrero en Venezuela por su libertad, Mariño, Bermúdez, Piar... Bolívar, sin consideración a esos antiguos guerreros, tomó de hecho el puesto de Jefe, y comenzó desde entonces la dictadura militar que había de ser la máquina sencilla y terrible de la lucha y del triunfo.

Haciase la tormentosa campaña de Oriente, el formidable avance desde las bocas del Orinoco a Barcelona y Cumaná, para entrar luego en Caracas, dominando la costa de Barlovento

y seguir por los valles de Aragua a dar la mano a los patriotas de Nueva Granada, llegando por Mérida y Casanare, hacia la cordillera y las llanuras del Virreinato de Santa Fé.

El terremoto de 1812 asoló Caracas, y los españoles y realistas vieron en él la intervención de Dios. Las poblaciones indígenas levantaron el pendón real al amparo del Cielo, y los llanos y las playas de la Capitanía General de Venezuela se cubrieron de guerreros criollos para la monarquía. Asonó también su caudillo, el Bolívar realista, Boyes. En desesperada lucha, ya de guerrilla, ya en campo raso, los llaneros de Boyes arrollaron a los republicanos, mal equipados y casi desahucados. Rivas, esperanza de caudillo, había caído destrozado en la Victoria. Girardot cubrió con su cadáver la colina de Bárbula forzada para el asalto; Ricaurte ascendió a los cielos de la gloria en la explosión del parque de San Mateo, Bolívar iba adelante, para el encuentro, para el triunfo. Se cubrieron las ciudades de patibulos, y fue la guerra despiadada para vencer o morir. No se vió jamás en país alguno, guerra como ésta, ineluctable y terrible: ello fue un solo estremecimiento heroico, la locura marcial colectiva de semidioses y fieras. Boyes murió triunfador, y pareció muerta para siempre la República; pero Bolívar, cuya mayor fuerza estuvo siempre en la derrota, juntó los restos de su ejército aniquilado—heridos, convalescientes, viejos y mancebos—y reorganizó la campaña.

Se refugió en tierra granadina, exigiendo que se le diese un puesto de soldado en Bogotá, ciudad de letrados, patriotas y cabildantes.

Demanda refugio a Cartagena, que se lo niega, guerrea en las bocas del Magdalena y sube a la sabana de Bogotá, para luchar contra la anarquía americana, el mejor aliado del poder español. La gran expedición de Morillo llega a Tierra Firme, y vienen las escenas magnas de la guerra a muerte, el sitio de Cartagena, que recuerda el de las viejas epopeyas y la pacificación del Virreinato de Santa Fé. Morillo mueve constantemente la mano del verdugo, y ruedan mil cabezas de próceres, de patriotas, de mujeres heroicas.

Bolívar se engrandece en el peligro y decreta la victoria. En esta vez, atrae a los llaneros del Apure, contando con que el Oriente, cuna de la libertad, se mantiene en pie. Los centauros de Páez hacen prodigios y después de cien combates, de victorias y derrotas, se abre un flanco de luz en el horizonte.

Otra vez el paso de los Andes hacia Trujillo, por el páramo nevado, para recuperar a la Patria, por el Apure, por Valencia, por Barquisimeto.

Y luego a Casanare; después de asombrosas marchas, a Boyacá: una victoria como un nayo, como una visión de leyenda,

una improvisación homérica. En Carabobo, junto al lago de Valencia, hermoso campo griego para las gentilezas del valor, el Capitán de América dispone gentilmente el palenque para el desafío, dirige la maniobra y gana la partida a un enemigo tan gallardo como él: Venezuela heroica es libre para siempre.

Y adelante, al Sur, por las vías primitivas e imposibles a través del Quindío, del Patía, para detenerse en frente del Guaitara, en esa boca de dragón que había de devorar tantas vidas—uno de los últimos baluartes de la resistencia española, la mayor fortaleza del mundo. En esa guarida de fieras se realizó el desafío de desesperación y el triunfo—casi derrota—de Bomboná.

Y a Quito por las cordilleras altísimas, rompiendo el cerco de hierro enemigo, empapando en sangre las arenas del volcán Tungurahua; y a Guayaquil, por los abruptos pasos de la montaña.... Y la hermosa victoria de Pichincha consolida la libertad de Quito: Colombia ha cerrado sus fronteras del uno al otro mar.

Bolívar es llamado al Perú, de donde se retira su Protector San Martín. En el Virreynato de los Reyes, conserva la Monarquía sus mejores Generales y su grande ejército de reserva. Bolívar va a la libertad del Perú; y a poco encuentra la resistencia nacionalista que desorganiza su rápido plan de campaña. Hubo de crear casi todo y resistir contra los elementos desencadenados de la reacción monárquica y del celo regionalista.

En esa campaña probóse el superior esfuerzo. Reorganizada la realeza española con su jefe legítimo, coaligado el mundo monárquico con la Santa Alianza en contra del contagio democrático, el mayor ejército de la resistencia española, creciente por la adhesión de los nativos, en poder del enemigo la Capital, las fortalezas y las ciudades; las tropas libertadoras en inferioridad desastrosa, no poseían sino los campamentos. Bolívar, aniquilado por la fiebre, respirando una atmósfera de encono, con la contienda doméstica en su mismo campo, no vaciló sin embargo un solo instante. En la desolación de esas horas, le llegó de la Patria colombiana el retiro de sus facultades de Generalísimo. Ni aquella puñalada al corazón le acobardó. Entregó el mando, resignándose a dirigir la campaña, con la palabra, con la pluma, mediante las órdenes y las combinaciones estratégicas. Ante la injuria de los hombres y en medio de las rebeldías del ambiente, dispuso la victoria, con la vehemencia de un alucinado, y logró dispersar, después de marchas y contramarchas y de dos grandes batallas, al ejército más numeroso y aguerrido que la Metrópoli opuso en América a su empresa de liberación.

El torneo final lo presidió Sucre, el segundo de los caudillos de la Independencia, y en Ayacucho se escribió el úl-

-tino documento de la libertad de América.

La guerra de emancipación del Nuevo Continente no se parece a ninguna otra: tiene la originalidad que corresponde al territorio y a los hombres.

El heroísmo se multiplicó quizás como en los mejores tiempos de la antigüedad; y ello en países apenas abiertos a la cultura, en que el patriotismo era sentimiento de nuevo y el arte no había cubierto, con cenital de simpatía, el valor y sus sublimes aventuras.

El campo en que se lucha determina el grado del esfuerzo de los combatientes. Las campañas del Libertador, desde la angostura del Orinoco en el Atlántico, hasta la punta de Santa Elena en el Pacífico, y desde las bocas del Magdalena hasta el Potosí y las vertientes del Plata, se hicieron en el territorio más vasto que recuerdan los anales; y en el corto espacio de diez y seis años y en tierra bravia, sin senderos ni vehículos, bajo el inclemente aguacero y el ardor del sol tropical, pasando a nado los grandes ríos, atravesando las playas bajas y malsanas, sin servirse del mar, ocupado por el enemigo. En los pantanos de la costa y en los riscos de la serranía, no era posible empujar ni siquiera el viejo carro de Giro, tampoco se contaba siempre con caballos de guerra. Desde el oficial hasta el último soldado, todos habrían de reducirse a la condición de peones de batalla, dejando muchas veces los muertos en el fango del estero o en la nieve de la cordillera.

La complicada topografía de la antigua Colombia, del Perú, de Bolivia, mostrando están, cuando hay ferrocarriles y carreteras y navegación a vapor, cuán difícil resulta hoy mismo la movilización del ejército y la combinación de una campaña. ¡Cómo fue titánica la lucha de la emancipación! lucha rápida y de inusitados incidentes, ora de guerrilla, ora en campo abierto, ya por la sorpresa, ya según los cálculos de la estrategia: todo en una sucesión imprevista, por procederes intuitivos, desarrollando cuadros inverosímiles de osadía, de heroísmo sin rival, ya sea en la preparación sabia y prudente de Carabobo, o en el loco y peligroso ataque de Boyacá y en el arranque de centauros de Junín.

Y en esa falange de héroes, sobre todos ellos, sin hurtar jamás el cuerpo al peligro, acorazado por coraza invisible, nimado por la aureola del espíritu, Bolívar recorría el estadio con la artística majestad de un general griego o del jefe de valerosos legionarios de Roma. Entonces se multiplicaba para las providencias del momento, para atender el punto difícil y dar el último golpe de efecto que cerrase la obra maestra de la victoria.

En la escuela de Bolívar se formaron los innumerables héroes de Venezuela: Rivas, Páez, Urdaneta; hijo predilecto de su valor fue Córdova que padeció la locura del heroísmo; y las ma-

sas de soldados que hicieron prodigios que no se repetirán quizás en siglos, se entregaron a muerte, y se arrojaron al lago del olvido, bajo el impulso y la seducción del Héroe, que hizo en América la Patria y también el heroísmo.

EL LIBERTADOR

Un hombre vale tanto o más que un millón de hombres cuando él los mueve y empuja. La masa humana avanza, al parecer, en la línea recta del destino; pero, en realidad, porque detrás vigila y rige el conductor, y por la sugestión de la soleranía, mantiene la cohesión del rebaño.

Principalmente en las edades de epépeya, cuando la humanidad necesitó una fuerza a la que convergiesen todas las fuerzas, y un centro de atracción y unidad, se produjeron los caudillos que representaban el pasado y el porvenir de razas y pueblos: Alejandro, César, Carlomagno, Mahoma, Napoleón..... Estudiados los sucesos en que actuaron los protagonistas de la historia se pregunta: ¿cuál habría sido el curso de las cosas, a faltar los caudillos que las determinaron? ¿Alejandro fué una resultante de la civilización helénica, César el de la romana, Napoleón el de Francia revolucionaria? ¿Habríanse producido la expansión, la extensión, la superioridad de Grecia sin Alejandro, las de Roma sin César, las de Francia cosmopolita sin el Capitán del siglo?

La emancipación americana tuvo su hombre, alma de su movimiento y energía de su impulso, que puso en aquélla la osadía, la gentileza, la gracia, las bellas excelencias del valor y las elegancias de la acción. Bolívar representa el gran movimiento nacionalista de Hispano—América: de ella fue Libertador. Si otros le habían precedido, sus astros palidecieron al levantarse el sol sobre la Silla del Avila. En Méjico se luchó por la independencia tanto como en Buenos Aires; pero en esos vastos territorios, no se habría consolidado la libertad sin la aparición de Bolívar, sin la influencia superlativa, que dió el golpe primero y el golpe final de la maravillosa campaña que creó en el Nuevo Continente una familia de naciones. Contra él tentó España los postreros alardes de su bizarría. Vencido el caudillo de Caracas, habrían vuelto quizás los Virreyes a Buenos Aires y Méjico, o talvez por iniciativa de la Santa Alianza, la monarquía española hubiese extendido vástagos de su realeza a la tierra americana, para seguir un procedimiento paralelo al de Portugal en el Brasil. Con el apoyo de San Martín y de los estadistas partidarios de la monarquía, ésta habría tomado su desquite contra la libertad, y quién sabe cuantos años el trono hubiera pesado en las metrópolis coloniales.

La hegemonía de la República triunfó con Bolívar. La

lógica de la historia explica su popularidad y el sufragio de todos los pueblos en pro de la limpieza de su fama. Al alejarse en las brumas del tiempo los acontecimientos de la guerra de separación, van quedando borrosas las escenas del gran Virreynato de Méjico y las campañas de Chile y del Río de la Plata, para dejar en primer término la figura de Simón Bolívar, en medio de la constelación luminosa de sus batallas y de sus capitanes.

Hizo a Colombia, libertó al Perú, fue su hija Bolivia, afirmó la independencia del Continente, preparó la libertad de Cuba y Puerto Rico, ideó arrinconar la púrpura imperial en el prodigioso Brasil, llevó su influencia al Paraguay, obtuvo promesa de reconocimiento de un patronato glorioso en las soberbias repúblicas australes; y soñó para sus postrimerias, la empresa de conducir sus armas a Filipinas y hasta a la misma España, más querida después de la derrota,—cabeza y corazón de América. Con ella fue nuestra lucha civil, únicamente; y podíamos los españoles americanos pagar—con la libertad y la democracia— a la España conquistadora y colonizadora—su abnegación en pro del Nuevo Mundo.

Para corregir los errores de la historia, para volverla al cauce de la libertad, se lanza el grito de la emancipación americana. Y Bolívar toma las ínfulas de Libertador. Desde entonces, él solamente es llamado así, por sufragio universal. Superó al mismo Washington, pues en la América inglesa, la democracia estuvo formada, y no necesitó, para consolidarse, sino una declaración. En la América española, hubo que formar la opinión, hacer el pueblo tanto como el gobierno y libertar muchas comarcas, a la fuerza.

Bolívar sacrificó bienes, vida efectiva, porvenir doméstico, el alma entera, en holocausto a su noble empresa. Y por ello, nadie le iguala en los antiguos y los modernos tiempos; y es el único Libertador de pueblos. El mismo osó compararse con Jesucristo, el libertador de la humanidad. "Dudo—son palabras de Bolívar—que haya derecho para exigirme que espire en el suplicio de la cruz..... Si fuera más que la cruz, la sufriría como la última de mis agonias". El mismo, con la clara visión de su talento, comprendió que había arribado a la más alta cumbre. "Mi gloria, dijo, ha llegado a tanto, que no puedo ya ser desgraciado. No soy Napoleón, ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César—tales ejemplares parecen indignos de mi gloria: el título de libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano". Si Washington resulta inferior a Bolívar, por la majestad del sacrificio y la inmensidad del valor, los otros caudillos de la América Latina, algunos más afortunados que el gran Proscrito de Colombia, aparecen en grado secundario; pues no les favoreció la llama del númen ni los engran-

deció la postrer consagración del martirio. Los libertadores de Méjico y Centro América, colocados en un plano de jgualdad, ni siquiera se disputan la preeminencia. San Martín consumado militar, calculador y severo, no manejaba el rayo; su obra, en que tuvo la colaboración de insignes soldados, marinos extranjeros y patricios, excede a sus empeños; y su retirada careció de la sublimidad dramática del fracaso de Bolívar, que fue inmensamente superior a su pueblo y a su tiempo.

O' Higgins, Iturbide, Artigas carecían de la visión trascendental y de las magníficas concepciones que constituyen la insuperable grandeza del genio boliviano.

Ha triunfado éste en el pulenque de la fama.

EL CONSTRUCTOR—SU OBRA POLÍTICA

Destruir es más fácil que crear y conservar. La tempestad arrasa la selva que incendia el rayo, quedando únicamente la ceniza para el humos de la nueva siembra.

El sistema colonial vinose abajo; pero de él quedó el fermento hereditario; la tara racial, la masa bruta del aborigen, en uu territorio vastísimo, donde el aislamiento alimentaba la desconfianza y hurañez de la tribu, sin otro ensamble ni ligadura que la institución real y el credo religioso. Desaparecida aquella por la revolución y debilitado éste por las intemperancias de la libertad que casi siempre se excede; había que crear en el caos. Y esta fue la mayor empresa del Libertador.

Procediendo desde arriba, en observación de conjunto, con la simplicidad y sencillez de las ideas generales, el Libertador, al entrar en función para construir el edificio social, concertó los elementos de su creación, con la facilidad de un poeta y su intuición de largo alcance.

En la tierra estremecida bajo sus pies y en la atmósfera de batallas y escombros, vió que importaba coordinar lo convulso y lo disperso y hacer luz en la espesura de la sombra. No podía llegar desde luego a las concesiones finales de la democracia. Esta, para bienestar de los asociados, ha de ser autoritaria y conservadora, tanto como liberal la anarquía, a fin de encauzar la corriente de descomposición, que desde el subsuelo amenaza hundir la ciudad. Sobre todo en las naciones en formación, el hombre que posee la fuerza destructora, se rebela contra el poder llamado a domar el instinto de la fiera humana y la agresividad del salvaje, no convertido del todo en ciudadano.

Desde que comenzó la campaña, pensó en la organización del Estado. Cuando no tenía más territorio que el de los dos árboles en que colgaba su hamaca en las montañas del Orinoco, cuando en Jamaica no poseía sino un misero albergue de desterrado; meditaba ya en la formación de la república, y de una

gran República, en la confederación de los pueblos americanos y en una sociedad de naciones del Nuevo Continente que acordase los preliminares de la paz universal y la eliminación de la guerra.

Sus estudios de ciencia política no fueron muchos ni profundos. Hubo de improvisarse en todo y para todo. En países en donde había que voltear lo existente e invertirlo con la palanca de la revolución, era menester crear las costumbres y las instituciones simultáneamente, en un prodigio de descubrimiento, de combinación, de método. La tierra inmensa, la economía muerta, viviendo de prestado, el patriotismo sin educación; en ese medio de adversidad, debía constituirse la nación, formularse la Carta Fundamental y escribirse los códigos—todo ello entre el tumulto libertario, la indisciplina de la soldadesca y los discursos y papeles de las gentes de letras y de los malditos curiales, roedores de la gloria militar.

Bolívar en Angostura primeramente, y al fin para Bolivia, escribió el Código que en su concepto correspondiese a los peligros del momento, haciendo al Ejecutivo vitalicio, dentro de la rigidez unitaria; pero estableciendo como base de la república el Poder Electoral, precisamente ese rey de escarnio de nuestras costumbres políticas. El Poder Electoral, en pleno goce de sus atribuciones, daría la vida a la Cámara popular, que no tendría más contrapeso que el del Senado hereditario, formado por los próceres que fundaron la República.

En la América Hispana más difícil fue triunfar en la contienda doméstica de ambiciones e intereses, que vencer al poder español. El pueblo era casi ciego de nacimiento al que por primera vez se lo sorprendía con súbita visión. No constituían elementos para fundir algo firme y sólido, la materia prima del indígena, la materia mal pulida del colono, el hábito de tenacidad española subsistente no sólo en las clases superiores, sino la masa, la rivalidad en las regiones, la autonomía semisalvaje de las colectividades inferiores, la intemperancia del militarismo que se creyó autorizado para suprimir hasta el derecho natural.

En este conflicto, la opinión se dividió en dos bandos. Los publicistas serios, la flor de la clase dirigente, los maestros de filosofía de de la historia, los jefes de mayor graduación en el ejército, se decidieron por la monarquía, que fuese por lo menos la nodriza de América recién nacida a la vida de la libertad. Después adulta y lozana, la república podría sustituir a la monarquía, por transformación natural, sin violencia y en la forma tranquila y ordenada del progreso duradero.

El otro partido soñador e intemperante, quiso la democracia con todos sus detalles; y a esa fracción se incorporaron posteriormente los jefes de segundo orden que aspiraban a

fraccionar Colombia, para gobernar sobre un girón de su ensangrentado territorio. Entonces, se oyó por primera vez en la América española, el calificativo liberal, que debía determinar un movimiento de disgregación profunda en la familia ciudadana.

Bolívar aceptó la solución única, la línea recta que le aconsejaban sus antecedentes de Libertador y su ciencia de estadista. En todo, él era superior a sus contemporáneos; y al declarar su voluntad, comprendía que hablaba a las generaciones futuras, en solemne espectáculo, digno de la grande historia.

Vacilante en veces, rechazó al fin la Monarquía como recurso imposible, e institución impropia de países coloniales que al surgir a la vida independiente, no podían cambiar un rey por otro, y menos la lejana majestad real de la metrópoli, por príncipes que lo tendrían cerca y sin el prestigio secular de la monarquía española.

Además Bolívar era republicano de corazón; y aunque entendió que la república no se adecuaba enteramente al estado social, prefirió que los pueblos libertados padeciesen los quebrantos correspondientes a su falta de preparación, a que América dejase de ser desde entonces el hogar de elección de la democracia humanitaria. Mas, para que la república lo fuese en verdad, quiso instituciones que la fortificasen, desechando las fantasías de los sofistas que, en los congresos y en la prensa, chillaban ya pidiendo libertades inadecuadas y franquicia para el abuso. Afirmó primeramente, como gran filósofo del derecho, que las libertades civiles son las únicas necesarias, a las que ha de dedicar el legislador sus primordiales empeños. Las libertades políticas, a veces falsas promesas del Poder Constituyente, mentiras de libertad e imposturas de la ley, deben considerarse secundarias; y para su vida e importancia, ante todo importa consolidar la libertad civil, la libertad anterior a la Constitución, que afirma nuestra personalidad, nuestra conciencia y el dominio sobre las cosas, fruto del trabajo.

Los proyectos constitucionales del eminente soldado le honran tanto como sus hazañas. Han pasado cosa de cien años, y nadie podrá afirmar discretamente que la creación boliviana fuese retroceso en el camino de la libertad y de la civilización; menos podrá vituperarse a su autor, porque pretendió la fortaleza del poder, a fin de evitar la dictadura, que procede de la revolución. La suspensión de garantías, el régimen de las facultades extraordinarias, la fuerza electoral supeditada por el mando militar: todo ello no podía explicarse siquiera dentro de la constitución boliviana, que no se proponía sino hacer respetable y fuerte la autoridad, para el restablecimiento de la paz y el armonioso ejercicio de las funciones públicas, solidarizando los intereses del pueblo con los de la magistratura.

Hoy mismo, podemos repetir estas palabras de uno de los guerreros de la independencia, el General Posada Gutiérrez, que escribió en 1865: "¿Quién sabe si la América toda no tendría que estudiar las doctrinas de Bolívar..... para salvarse por ellas, si no quiere desaparecer de la sociedad de las naciones".

COLOMBIA Y LA LIGA ANFICTIÓNICA

Desde que comenzó a guerrear, concibió la mancomunidad de Venezuela y del Nuevo Reino de Granada. La elevación de su espíritu no podía limitarse a una patria exigua, sino a la que correspondiese a su ideal magnífico de imperio, a una entidad republicana latina, que se pusiese, sin mengua de pequeñez, al frente de la confederación republicana inglesa del norte. El ensueño procede de la acción, la fantasía creadora mueve la espada.

Formar nación pequeña, encerrarse en limitado horizonte, hacer ideal del campanario de la aldea, no se conformaba con la alta aspiración del Héroe. Desde sus primeros pasos en el oriente de Venezuela, apareció ya la grandiosa concepción de Colombia. Hasta su nombre resulta una hermosa reivindicación de gloria, la que se restituye al desventurado descubridor de América: su nombre quedará como un paladín, que ampare a la República fundada desde la Costa Firme hasta los arenales del Perú. Entra en Caracas triunfador, y contempla abiertas las fronteras del sur. Derrotado, ora prófugo de Cartagena, ora batido por los llaneros de Boves o por los tercios de Morillo, busca por Casanare, por Maracaibo, por el Táchira, el paso a Santa Fè, la metrópoli prevista de la gran patria. En el extremo de ella, en la Angostura del Orinoco, la ciudad por excelencia de Bolívar—la de su nombre,—había lanzado el manifiesto famoso de la liga de los pueblos desde el Darién al Guayas, desde el Orinoco a las fuentes del Amazonas, para la nacionalidad gigante que equilibraría el Continente Americano, cerrando dentro de sus fronteras los dos más grandes ríos de la tierra y los dos más grandes océanos divididos por el Istmo, que se rompería no muy tarde, para completar el planeta y activar el ritmo universal del corazón humano.

El ideal excede a la realidad, la visión de la altura abarca el panorama infinito. Aquella empresa sobresaliente tropezaría en la naturaleza estrecha de los pobladores y en la naturaleza abrupta del territorio. Mas la superioridad del genio consiste precisamente en excederse, en marchar adelante de la caravana, que retrazada avanza, a la tierra de la promesa.

El super—homo se sobrepone al medio social e infunde en el limo inerte el alma venidera. Es la creación que bien podrá carecer de solidez, pero que se anticipa a la realidad:

epopeya de la historia, que nunca será borrada de ella, para decoro de la estirpe, para hermoso espectáculo del viaje de una gran ilusión a través de las edades.

Esa Colombia grandiosa e insuperable no debía ser únicamente una nación, soñó que fuese centro anfictiónico, corazón de mancomunidad de pueblos para la justicia y la paz, desde el Oregón al Cabo, en el mar Pacífico, y desde las bocas del Missisipi, en el Golfo atlántico, hasta la tierra del Fuego.

Las tentativas de sanear y normalizar la vida internacional han sido tan débiles, que casi no pueden apreciarse en la liquidación general de la civilización.

La liga de las ciudades griegas aparece como un punto de luz en la noche de rencor de las pequeñas entidades rivales de Grecia, idealizada por la literatura, más bien que dicha en el consorcio civil.

Roma poseyó la férrea contextura de la fuerza, para sujeción de los pueblos conquistados, no incorporados al imperio y a quienes se consultó apenas para los negocios interiores. Mas tarde, el Imperio tantas veces secular, se deshizo, por disgregación de sus fracciones y a impulso de formación irresistible de las nacionalidades modernas; las provincias romanas habían crecido para la emancipación, y para matar a Roma.

Confederaciones pacíficas se creyeron hacederas en los pueblos cristianos, sobre todo desde la espléndida liga de las Cruzadas. Pero si el Cristianismo señoreaba las almas y las relaciones internas de los Estados, jamás pasó de ensayo en los negocios exteriores de imperios y reinos en choqué perpetuo de aspiraciones y venganzas.

Cuando la omnipotente invasión del Islam sobre Africa y Europa, pudo esperarse la alianza de las naciones cristianas para defensa de la civilización occidental. Ni tan poderoso estímulo fue bastante a procurar la liga de resistencia fundada en el ideal religioso y en el interés recíproco de vida o muerte. Pues, dispersas las soberanías europeas por empeños más urgentes y en provechos secundarios, dejaron a la barbarie turca sentar trono en la cabeza del mundo haciendo otro Imperio Romano, bien que extraño a la civilización greco—latina.

Resultó efímero el concierto europeo que presidía el Papa, árbitro de la cristiandad. En raras ocasiones su fallo se impuso sobre el encono de los reyes y la codicia de los mercaderes políticos, que detrás de los bastidores del teatro de la historia, manejan los destinos del mundo.

El Sacro Romano Imperio, la Confederación Germánica representaban asociaciones internacionales unidas artificialmente por motivos de frágil duración, de poderío o de lucro, nunca por fines elevados ni por razones de honor o de virtud: estos altos móviles entraban en condición insignificante.

Después, a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la Reforma, los Estados europeos se han mantenido con el arma al brazo, pasando el cetro de unos a otros, para un equilibrio imposible, mantenido sobre un lago de sangre y sin que se adivinase un punto de luz en el horizonte, para el advenimiento del derecho.

Estaba reservado a América, a la América Latina, a la Española, a la improvisada Colombia y a su Libertador dar el primer grito de justicia y de paz, precisamente despues del diluvio de las guerras napoleónicas.

La invitación para el Congreso de Panamá que debía formar la alianza de los pueblos americanos, importa más para los fines humanitarios, que la liberación de América. Resulta bella sorpresa que el caudillo de un rincón de olvido de la tierra, al improvisar una nación, proyéctase también la sociedad de pueblos que dictase el código internacional, para arreglo de divergencias internas, y crease el tribunal para dirimir las, dando a los viejos imperios y a la República de los Estados Unidos el derrotero que más tarde había de señalarse tímidamente por jefes de reinos y democracias, para una posible concordia ecuménica que trajese el régimen del derecho y de la piedad internacional.

¡Ensueño encantador! El mismo que lo concibió dijo ser el del loco griego, que desde un promontorio de la ribera marina, intentase dirigir el rumbo de las naves, que van a desafiar la tempestad. Ha sido necesario que la tierra se cubra de un océano de sangre y se amontonasen osamentas y promontorios de ruinas, para que se comprenda la magnitud de su ideal de vida, de paz, de caridad: última palabra de la equidad internacional, Evangelio para las naciones, que hasta ahora no lo tienen.

DON QUIJOTE Y DON JUAN

Fue el tipo de combinación genuinamente español: el Caballero Libertador vende su hacienda, manumisor de esclavos, vengador de afrentas y amparador de desheredados. Amanté ilusionado de la libertad, dama de sus pensamientos, sale a guerrear, jurando en el rito de caballería castellana, por los campos de América, más ingratos que los campos de Montiel.

El mismo se reconoció Quijote, por la quimera de su empresa, por la soledad en que muchas veces ejercía su ministerio de guerra y misericordia y por la magnitud de su ideal que tocaba en los lindes de la locura.

Caballero de la hidalguía del espíritu como Alonso Quijano el Bueno, fundó la santa hermandad de la justicia y predicó la paz de la familia americana, con trascendencia universal, para

redimir a la humanidad podrida en la bastardía del instinto y roida por los odios del interés.

Aquella empresa que la exornó con bellos discursos, la anunció al mundo, cuando éste no podía ver en ella sino el sueño de un sueño. Mas ese anhelo de pura idealidad quedó desde entonces como estrella para las travesías y peregrinaciones de la humanidad que brega por que se resuelva el enigma de la concordia. Los pueblos cansados de devorarse se reconciliaran al fin sobre las llanuras sembradas de huesos y empapadas en sangre, para fundar la fraternidad de la paz, bajo el sol de Dios. Triunfará el Caballero de América.

Este mismo hijodalgo, sabio y prudente, que enseñó las máximas de bien gobernar, que dictó cánones de arte y cortesania y enseñó el catecismo de la razón y del buen sentido, no fue en verdad como el limpio y virtuoso caballero de la Mancha. Contradictorio y arrogante, como hijo legítimo de su raza, vástago de virtud solariega, fue también tocado por una pluma del ala del ángel de los siete pecados,—precisamente la única que ha merecido la piedad del arte. Fue también Don Juan español, modelo de gentileza, burlador y maestro en disciplinas de seducción. Conforme eran sus campañas de guerra, se hacían las jornadas del amor, desde la nativa Caracas hasta Santa Fé, y desde Santa Fé a Lima y al Potosí. Al cabo, como Don Juan el español, deshojadas todas las rosas de la vida, hincó en el pecho las espinas de penitencia, purgando con amargura y quieta renunciación, las concesiones que su superioridad hizo a las flaquezas de la culpa.

Ser antinómico, múltiple, oceánico, por la ilimitación de los anhelos y la expansión de su actividad, embriagóse de gloria devorando hasta las heces de la copa, desató las cataratas de sangre de la guerra, maceró su carne en la liviandad, padeció martirio por la Patria, enfermo de muerte en celo de justicia, padeció hambres y sedes de cuerpo y de espíritu, entregó sus bienes a los menesterosos, quedó a mendigar el pan de sus amigos, renunció hasta la tierra de su tumba. Esclavo de sus esclavos, el rico heredero de San Mateo y Aroa, que vió pasar a sus pies la corriente del oro y despreció las ofrendas de millones que arrojaban para él los pueblos libertados, no tuvo al morir sino un lienzo para cubrir su cadáver y el llanto sincero del fiel servidor, que le siguió en las largas andanzas de su corta y trabajosa vida. Ejemplar de singular hermosura, más que humano, nacido para un fin providencial, lanzado a él sin desvío ni retroceso; carácter sin curva en la jornada, inflexible en la trayectoria como proyectil; obediente a la gerarquía de los deberes y al plan y programa único de su existencia, la cristalizó, por la química de la intensidad genial, en breves años, trocando la juventud en vejez y la llama del alma en la ceniza del

martirio por la Patria.

Más que los modelos de Plutarco, resplandeció por el desarrollo armónico de las facultades y la dirección sistemática de su actividad hacia la perfección que hubo de completarse con la depuración del dolor, en la escuela de la agonía y en el majestuoso trance de la muerte. La suya tuvo la solemnidad de la grandeza y la magnitud de la puesta de un sol—el único del cielo americano.

Su muerte, tratada por Sófocles, podía arrancar al arte los adioses de Edipo en Colono: la playa de Santa Marta y la casa de campo de San Pedro Alejandrino hospedarían al numen helénico que esparza, sobre la tumba del Libertador de América, el agua lustral de los versos impercederos.

EL OCASO DEL GRANDE HOMBRE

En una tarde de aquellas maravillosas del trópico llegaba a orillas del mar Caribe, forzado a la proscripción, el hombre que en veinte años había monopolizado la fama, libertando una buena porción del planeta, creando cinco naciones, y manteniendo el decoro de América Latina, en frente de Inglaterra, de Francia, de Europa, ante el mundo.

Su grandeza, para lograr la final consagración, debía acrisolarse en la sublimidad trágica de la caída. No se concibe la eminencia en la felicidad ordinaria y prosaica. El lo había dicho: "No se llega impunemente a la cumbre".

Así Colón, descubridor del Nuevo Mundo, hubo de regresar encadenado a Europa: la patria por él descubierta le devolvió a Europa, no por mano de los conquistadores,—sino de émulos oscuros y bajos, de aquellos que van siempre detrás de los grandes hombres, a ensayar en sus talones la mordedura de la envidia. Así Blasco Núñez de Balboa fue colgado de una horca frente al mar del Sur que él bautizó para España.

En los últimos días de su peregrinación, se acercó el Libertador a Santa Marta, rodeado de unos pocos y fieles amigos: el equipaje marchaba detrás, su ajuar de agonizante y sus papeles que quiso entregar a la piedad de las llamas. Ya sin recursos, mantenido por la caridad de sus amigos, convencido de que le llegaba el instante final, desistió de buscar en Europa un asilo para su tumba.

En la desesperación de aquellas horas, cuando estallaba su numen en la invectiva y en las proféticas maldiciones, la persistencia de su amor a Colombia le forzó a morir en un rincón de playa de la patria que él había creado.

El 28 de Setiembre, fecha la más negra de la historia ame-

ricana, una turba de fanáticos y libertarios trató de asesinarlo, a los gritos de: ¡muera el tirano! En ese crimen intervinieron ocultamente algunos de los soldados que habían guérrado con él. Bolívar salvó su vida y libertó a Colombia de su mayor ignominia. Pero desde aquella noche de horror, quedó muerto moralmente. En vano los pueblos en masa pidieron su dictadura y la nueva organización "fuerte y vigorosa" de la República.

En breves instantes, creyó que podía reconstituirse la Patria, acallando el tumulto de las pasiones, reunidos los representantes de la nación para consolidarla en una gran Asamblea Constituyente. Pero estaba decretada la ruina de Colombia; pues la conflagración general, desde Bolivia hasta Venezuela, había hecho irremediable la disolución de la República, sobre cuyas fracciones debían levantarse nuevas y mermadas soberanías, para satisfacción de afortunados caudillos militares,

Sublevada Venezuela, en fermento todas las fuerzas de destrucción, habiendo renunciado Bolívar el mando, se creyó más conveniente aceptar la disgregación. Fué la catástrofe. Colombia no existía sino por el Libertador; y los mediocres y los moderados—sus sucesores—no podían defender el fracaso de la obra, que nació del heroísmo y que no podía sustentarla sino el heroísmo.

Pudo rebelarse contra la catástrofe, él que había vencido a la naturaleza en el año terrible de 1812; pudo afirmar su dictadura en el corazón del pueblo que le adoraba, y aventar esa paja seca de los utopistas, los negociantes, los luguleyos y los timoratos, que habían discutido y estropeado las concepciones de su genio. Tentó el recurso de conciliación de entregar el poder a un hombre civil, reservándose el mando general del Ejército, para imprimir fuerza en la autoridad política y conservar—por la alianza de la ley y de la espada—la República moribunda.

Mas, en las juntas secretas, los secundarios, los ruines, la canalla que usufructúa de la victoria, habían decretado la proscripción del Padre de la Patria.

Se principió por denostar y echar afuera a heroicos tercios venezolanos, y a poco los puñales de innobles conjurados abrieron bocas en el retrato del Libertador pendiente en las paredes de la Corte Suprema de Bogotá.

Vinieron en seguida la asonada militar, la lucha doméstica, el primer fuego y la primera sangre derramada en el asalto del Santuario. Bolívar, retirado en su casa de campo de Soacha, comprendió que había llegado el fin, sobre todo cuando notó vacilación y timidez en sus mejores y viejos amigos. Además sentía el agotamiento, vejez prematura había adelgazado sus fibras y extendido la nieve del tedio en las venas; en los huesos calaba el frío de las últimas horas. Desde el cielo, desde las montañas llegaba la solemnidad de las sombras.

Los partidarios que le quedaban, quizás hasta para seguridad, aconsejaronle huir; y tomó tranquilamente el camino de la proscripción. Antes—preludio de desastre en una escena de tragedia—fué la despedida del gran Mariscal de Ayacucho, en la que los dos héroes mezclaron sus lágrimas en una sola corriente.

El Libertador atravezó la Sabana hacia Facatativá, tomó el camino de Honda, y urgido todavía por quienes temían un golpe de mano contra él, se embarcó en el Magdalena: el sombrero en la diestra, dió el saludo final a sus camaradas y con ellos a Bogotá, cumbre un día de su gloria y cárcel de su martirio.

En peregrinación de desilusionado y enfermo, avanzó a Barranquilla, a Turbaco, a la playa de la Popa, junto a Cartagena. Allí recibió noticia de las postreras convulsiones de Colombia. Allí se le comunicó oficialmente el decreto del primer Congreso de Venezuela que exigía a los Poderes de Nueva Granada la expulsión del Libertador. Los moderados... Mosquera, Caicedo, no ahorraron al gran hijo de Caracas ese detalle de su suplicio. La primera, la querida Patria, pedía su destierro, como preliminar y condición de paz.

Una noche, a las once, las autoridades militares de Cartagena, con el General Montilla a la cabeza, llegaron apresuradamente a la morada del Libertador. Le traían la inusitada, tremenda nueva del asesinato de Sucre. Bolívar saltó del lecho, en locura de dolor, y no tuvo más respuesta que un largo y tormentoso silencio. Terminó la noche paseándose aceleradamente en el corredor de su vivienda, frente al mar. Desde entonces, tras el escalofrío de la emoción, la calentura tenaz calcinó sus carnes y quemó sus miembros. La afrenta de Setiembre tuvo un epílogo matador; ¡Berruecos!

Restóle vigor en el espíritu para la indignación ante la ingratitud, lanzó contra ella las postreras maldiciones; como trompeta final, esparció clamores de elegía; vió en visión de apocalipsis, que no era buena la obra de sus manos, que presto habría de ser entregada a la inclemencia de Dios y a la furia de los hombres; y buscó el mar, la inmensidad del mar, para refugio de su dolor.

Al principio, pensó dejar sus cenizas en Europa, de donde trajo el fuego que había de encender la hoguera de Venezuela, y desde Venezuela trascender a toda la tierra americana. Esperó largamente el barco inglés que le condujese a la hospitalidad de la tumba. Soñó, a manera de gran poeta, morir en el mar, y hallar su sepulcro en el océano, donde pudiese caber la grandeza de su genio y la enormidad de su desgracia.

Mas la fiebre agotaba sus reservas de energía, y había que morir en Colombia, que le arrojaba de su seno. Pasébase a la orilla, dialogando a solas, en la majestad de su pena; cada vez

con más insistencia buscaba asilo en la soledad. Entonces fue cuando su alma profundamente religiosa, pidió al Cielo las inspiraciones de la hora postrera. Huyó de la playa de Cartagena, de aquella que en otro tiempo le rechazó también como advenedizo. Ya no era posible que ese cadáver animado, esa ceniza de inmenso incendio, pudiese recobrar la perdida sustancia que sustentaba todavía el alma estupenda, a que correspondía—no aquella flaca armazón—sino la arquitectura de un gigante.

Algunos soldados, a quienes la República no necesitaba ya, y huérfanos y viudas, seguíanle en el éxodo doloroso. A esos misereros entregó los últimos dineros: no le sobraria nada, ni su equipaje. Su espada misma, huérfana, quedaría a discreción de cualquier mercenario.

Huyó de la ciudad, a una casa de campo prestada por un súbdito español. Debería la caridad del hospedaje a un adversario, para burla de la gloria y desquite contra la locura de la libertad.

Sus cuentas con el Juez Supremo, que él dijo serían largas y terribles, se ajustaron en el breve plazo de una tranquila agonía; y el Libertador murió, dejando la emancipación como legado y una montaña de ruinas como precio de ese legado.

Murió proscrito, calumniado, vencido por muchos de sus amigos; se le llamó tirano, y se vilependió su dictadura paternal y sabia.

La historia tomó terrible venganza. Muy luego debía ocupar el sillón de magistrado en Bogotá y asumir las infulas de dictador el General José María Obando, siniestra figura del drama de Berruecos....

LA GLORIFICACION

Cuando el Libertador se entregaba al reposo de la muerte, por todas partes crugia la máquina política y se hundía Colombia en las convulsiones del cataclismo.

Muchos fieles compañeros de armas pidieron al caudillo moribundo que salvase a la Patria: era tanto el prestigio de su gloria, que creyeron que podía guerrear hasta su cadáver.

Mas aquel enfermo del alma había perdido la fe en su misión, comenzaba a ver el cumplimiento de sus predicciones.

Muerto el caudillo, se apagó el sol en el horizonte y comenzó la hora de tinieblas.

Cuando las profecías del vidente iban realizándose, en medio del terror de los pueblos, resucitó su gloria con más esplendor. Como él lo había anunciado, "hasta las ruinas de su obra hicieron su glorificación". Su espíritu excelso flotaba sobre los

escombros, con la venganza del genio, superior al tiempo y al campo de acción.

Desde entonces la victoria de su nombradía paseó por toda la tierra sus haces imperiales. Para ello fue parte principalmente la magnitud de su infortunio, la casi santidad de su heroísmo y la nítida pureza de su intención.

Los enemigos se hundieron en el círculo de sombra de su infierno; la envidia, ese insecto que le había mordido toda la vida, se agregó al séquito de sus glorificaciones y la vulgaridad de las escenas que siguieron a su muerte duplicó el brillo de su renombre. El universo, por voto espontáneo, sin presión de poderosos ni conductores de la opinión, sin maniobras de propaganda, ni alegatos históricos, ha declarado ya que Bolívar es el genio de América: algo más, el genio del porvenir y de la democracia. Hasta su nombre breve, adecuado a todas las lenguas—palabra de fino acero y delicado filo—importa para la eficacia de su celebridad. ¡Bolívar! ¿Quién no le conoce? ¿Quién no ha invocado al semidios de la libertad americana?

Su estatua se levanta en las ciudades de América desde Caracas hasta el Alto Perú; tiene puesto en Nueva York la ciudad nación; sonríe a las gracias de París, capital de la cultura; conquista hospedaje de honor en la alegre Madrid, la madre patricia del viejo imperio español, reconciliada con la democracia americana; dará sombra de grandeza al canal de Panamá, cuna del Consejo Anfictiónico que debió dictar el decálogo de la paz; buscará un rincón de gratitud en Tacubaya de Méjico, a donde envió mensajeros para acordar la confederación de América; prestó ténido culto en la orgullosa Londres, cabeza del Reino Unido de donde le venieron los caudales y los mejores amigos; y acabará por levantar su cabeza de prócer y su espada de cien campañas en las plazas de las populosas metrópolis del Sur, donde celos de fama entenebrece aún el criterio de la historia. Su estatua como el idolo imperial de otros tiempos, ora sobre el caballo de batalla, ora sobre el sillón del magistrado, en la alegría del jardín, o encima de la chimenea doméstica, presidirá los ritos de la gloria.

Para los americanos es nuestro héroe, protector de los destinos de la Patria, genio de nuestra tierra, el grande, el único.

Pasarán mil caravanas adelante, para conquistas, para renovaciones, para renacimientos, para hegemonías, en marchas y peregrinaciones; y Bolívar será el mismo en su celebridad; su ideal no habrá envejecido, y sus vaticinios seguirán manteniendo el estupor de la humanidad.

Pasada una centuria, planteados están y sin resolver los problemas de la independencia. Y hoy mismo, podemos repetir la tremenda declaración del patricio libertador de Cuba, de Martí: "Lo que Bolívar no hizo, nadie lo hace todavía". Queda tam-

bién en pie esta profunda observación de don Andrés Bello: "La obra de los guerreros está consumada; la de los legisladores no lo estará, mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos".

Podemos decir de nosotros lo que Tolstoy de Rusia: "Estamos en los preliminares de la libertad. Esta avanza y se consolida después de formar un puente de cadáveres, como el de las langostas, que para atravesar un río, forman una senda de muertos, primeramente, para que sobre ellos pasen los que al fin han de llegar a la otra ribera".....

A la libertad civil, la única necesaria, la fundamental, que vale tanto como nosotros mismos, según declaración del Padre de la Patria, en muchos países de la América en fermentación, se la ha sustituido con unas pocas mentiras constitucionales.

El poder originario y básico—el poder electoral—es un rey de carnaval, y la función electiva sagrada e intangible para Bolívar, que no la mancilló jamás, no existe sino en pueblos y tiempos de excepción. La urna, generadora de la soberanía, es una inmunda ratonera que incuba sabandijas, por arte de presidio, en cerco de bayonetas....

La terrible dictadura de Bolívar, la que se vió precisado a aceptar en la tormenta, resulta corriente y valedera en la forma constitucional de nuestras facultades discrecionales, que significan la cesación de las garantías. Las dictaduras que han sucedido a las mansas y populares de Bolívar, escritas están en anales de sangre y son las horas negras de nuestras historias, tan largas y tan tristes como los diarios de una clínica.

El gran Caudillo contempla, desde el pedestal, en melancólica meditación, a Colombia y a la América de su amor.

Mutilada, dispersa, perdiendo territorio al Oriente y al Norte, sujeta a la tutela de un gran poder extranjero, ni han desaparecido las dictaduras, ni se ha afirmado la garantía de las libertades. Dijo el Genio: "Yo me vengaré siguiendo la táctica de los Partos; huiré de mis enemigos, para que perezcan al perseguirme. Entonces conocerán si yo era útil a mi país, y si preferí la libertad a todo".

El gran Hombre se ha vengado; sus enemigos no existen, y la libertad de América es todavía problema sin solución.

El nos acusa, a tiempo que reivindica plenamente su fama. Pero nos grita aún, desde el bronce de sus estatuas ¡Unión, unión! para ser y para crecer, para la conservación y para el progreso.

El centenario de la última batalla de la Independencia ha de ser punto de partida, en las jornadas seculares de nuestra América, para consolidar la institución republicana y para afirmación solemne y definitiva de su soberanía internacional, mediante la concordia de las repúblicas que creó Bolívar y de las demás que

amparó con el irresistible prestigio de su gloria.

¡Campo de Ayacucho, campo de muertos, cementerio de intrépidos guerreros; el polvo de sus restos, animese al soplo del gran Profeta, para resurrección de las democracias bolivianas y de la confederación de la América Latina!

REMIGIO CRESPO TORAL.

1924—En el aniversario de la Batalla de Ayacucho.

Reparos sobre nuestro lenguaje usual

(Continuación)

E

ENTRANTE

El que entra a formar parte del grupo de quienes han de dar culto periódico—religioso en alguna fiesta.—Decimos también *prioste*, pero impropriamente, porque este es nombre del mayordomo de una cofradía.

En Colombia *alférez* equivale a nuestro *entraute*.

ENTABLE

Con este nombre designamos, y bien una propiedad rural que se comienza a formar, a *entablar*, ya que este verbo significa disponer, preparar, emprender algo:—“*Entablan* los tales una vida tan llena de prudencia humana, cuanto agena de cruz que es escándalo y necesidad para los prudentes de este mundo”.—CUBILLA. Trad. de las *Divinas Instituciones* de Taulero (1669) Pág. 424.

ENTIDAD

“N. es persona de *entidad*”; claro, pues siendo persona, es *ente*, tiene *entidad*, esto es ser, existencia. Si *ente* signi-

ficara valor, excelencia, distinción, &c., no habría reparo para el uso de *entidad*, voz a la que asignamos indebidamente esas significaciones.

El sujeto celebrado como *entidad* podría reirse del calificativo, diciéndole al calificador:—Hombre, soy tan *ente* como usted, porque tengo ser, y usted y yo todavía seremos *entes* de podre cuando estemos en el sepulcro: así que, hoy somos y mañana seremos *entes*, con la respectiva *entidad*. Entretanto, la *entidad* con que Ud. cree ensalzarme, no tiene la *entidad* de valía, distinción, excelencia que Ud. supone.

“Mejor luz dió a conocer a los hombres que l’ortuna y y Hado que eran deidades fingidas, voces sin *entidad*, costosas mentiras y quimeras verdaderas”.—NAXERA. *En hazañas de David el arte de la fortuna* (1690) cap. 1º

El P. Juan Mir, condenando justisimamente el uso moderno de *entidad*, concluye así el artículo respectivo:

“Dar nombre de *entidad*, a una porción escogida de personas en són de calificarlas, más sirve de oprobio que de honrosidad, porque el menor calificativo que a un guijarrón puede regalarse es que posee alguna *entidad*, pues no hay cosa que no la tenga”.—*Hispanismo y Barbarismo*.

ENTRAÑABLE

Aplicámoslo tan sólo a cariño, siendo así que en su sentido de *íntimo*, hondo, profundo, &c., puede aplicarse aún a los malos afectos y pasiones que, con esos caracteres, arraigan en el alma.

“Siendo la verdad para los malos el mayor de los males, con *entrañable afecto* lo desean para su enemigo, diciéndole las verdades y arrojándole a la cara lo que más siente y tenía oculto”.—NIEREMBERG, *De la adoración en espíritu y verdad*, lib. 1º. cap. 2.

ENTRÉE. DESSERT.

Puro francés. En castellano son *principios, postres*.

En la crónica de lo que comieron Felipe II y D. Sebastián de Portugal, cuando éste visitó a aquél, se dice que trasegaron “diez y seis platos de viandas, sin los *principios y postres*”.

ENTORTAR

Es hacer tuerto lo derecho; torcido lo recto.

“Se *entortarán* varones de virtud,—*notabunt viri fortissimi*. (Eclesiastés XII)”.—SIGUENZA. *Historia de San Jerónimo*. Lib. VI.

Usámoslo por *revocar* una pared. Hemos formado el verbo,—de *torta*, extensivamente—porción de barro que se adhiere a una pared.

ENTRAR ADENTRO

Sólo cuando reduplica el sentido viene bien este pleonasmo:—"entra adentro de ti mismo", es propio y más enérgico que "entra en ti". Cuando va modificado el adverbio *adentro*, es no sólo lícito, sino necesario emplearlo:—"Ven buscando a vuestra luz, y *entrándose* cada día *más y más adentro*, no paran hasta hallar, en cuanto pueden, el origen de la luz".—PALAFOX. *Gemidos del corazón*. *Martes*.

ECHAR LA CAPA AL TORO

Decimos para significar se procede desatentadamente, sin recelo, sin vergüenza.

En España el sentido es ótro:—"Aventurar alguna cosa para evitar mayor daño o conseguir un fin", como lo hace el torero con la capa que echa a los ojos del toro. No es para omitido el siguiente pasaje de un misionero español del siglo XVI:

"Cuántos veréis que, viéndose apretados con la enfermedad, se confiesan y hacen testamento y mandan que restituyan en él cierta cantidad, y si alcanzan salud se quedan sin restituirla. Semejantes al que acomete al toro en el coso, que le arroja la capa sobre los ojos, y en pasando el toro y quedando libre, la vuelve a tomar. Así como le acometió el toro de la enfermedad, arrojaba la capa, mandaba restituir, pero como pasó el toro, como cesó la enfermedad, tornó a tomar su capa, dejando la restitución".—FRAY JUAN BAUTISTA MADRIGAL.—*Homiliario Evangélico* (1602) Hom. 5.

EMPACADOR

Decimos del caballo que se obstina en no salir, por más que el jinete se esfuerza en hacerle partir.—En España se llama *harón*.

Muy expresivo es el refrán:—"A bocado *harón*, espolada de vino", consignado por Palmireno entre sus *Refranes de mesa, salud y buena crianza*.

EMPRENDER EN

Basta el verbo sin la preposición, que va embebida en el mismo verbo: tomar, empezar, prender *en* algo, *em-prender*.

¿"Qué te acobardas cuando oyes que te mandan allanar montes y superar la aspereza de las montañas?—*Emprende el trabajo y te hallarás hecho lo que te parecía imposible que se hiciese*".—FR. DIEGO DEL CASTILLO. *Listromas políticos y morales* [1729] pág. 285.

"Tan cristiano negocio como era el que habían *emprendido*".—*Quijote*, I. 27.

EMPUNTAR

Por *encaminar*, úsase también en Aragón—como entre nosotros, con ese mismo significado.

Lo trae el *Vocabulario Charruno* de M. F. y G. de G. en su opúsculo *Ociosidades*. (Salamanca, 1902).

ENCASQUILLARSE

De *casquillo*, nombre con que designamos la cápsula de las armas de fuego, hemos formado el verbo *encasquillarse*, detenerse, trabarse la cápsula en el arma, después de hecho el disparo.

ENCIMA

En quichua el adverbio *jagua* tiene dos significados:—arriba, *encima*. De aquí el que vulgarmente se diga a la quichua, por ejemplo, que el que vive en un segundo piso vive, no arriba del primero, sino *encima*.

Arriba expresa dirección; *encima*, peso.

ENCONTRAR, HALLAR.

No son sinónimos. Se *encuentra* hasta lo que expreso no se ha *buscado*, mientras que se *halla* lo que se ha *buscado*.

"La acción de *encontrar*, no supone precisamente la de haber buscado lo que se *encuentra*, pero la acción de *hallar*, supone la de haber *buscado* lo que se *halla*".—LÓPEZ DE LA HUERTA. *Sinónimos*.

"*Encuentrar*. Étim. De *contr-a*: de aquí sus valores de toparse como contrarios, o como dos que se afrontan, y de *hallar inesperadamente*, pero nunca significa simplemente *hallar*".—CEJADOR. "Diccionario de la Lengua de Cervantes".

"*Encontrar* no es sinónimo de *hallar*. Lejos de eso, hay entre los dos la diferencia que va de lo casual e imprevisto, a lo intencional y prevenido: *hallamos* lo que *buscamos*; *encontramos* lo que *improvisamente nos sale al encuentro*. Cierto es

que algunas veces decimos *hallar* hablando de cosas que se nos *presentan* sin *buscarlas*; lo cual se ve confirmado por el nombre *hallazgo*; pero es de notar que nunca decimos *encontrar* hablando de cosas que *buscamos*.

"Esto por una parte. Por otra, *encontrar* no se puede usar correctamente en las acepciones que damos a *hallar* además de su significación fundamental y propia, es decir, en las acepciones de *inventar*, *ver*, *observar*, *notar*, *acripiar*; sentidos todos estos en los cuales van envueltas las ideas de *indagación* y de *atento examen*"; BARALT, *Diccionario de Galicismos*.

"Nadie puede hallar sino lo que busca, ni buscar sino lo que no tiene".—GARAU. *Declamaciones sacras* (1698). Encarnación.

"Hay cosas que, perdidas una vez, las halla el hombre con la diligencia que pone, y otras que sin haberlas perdido, ni buscarlas, las halla donde menos piensa; aunque propiamente, hablando siempre al hallazgo precede haberlo buscado, pero en los bienes de la gracia se hallan graciosos y no pensados efectos".—Fr. JERÓNIMO CANTÓN, *Excepciones del nombre de Jesús* (1607) lib. IV.

Lo propio ocurre en el latín entre *invenio* y *reperio*. Venga este pasaje de Fray Juan Márquez en su libro *Los dos estados de la espiritual Jerusalén* (1610) página 445:

"No excusamos de pedir prestado un libro a la Latinidad para entenderlo. Ya os acordáis de aquel encuentro de Laurencio Vala, y Alejandro, sobre la significación de *Invenio* y *Reperio*. Están divididos estos dos autores, y aunque los que entrambos traen usaron igualmente de los dos verbos, la significación rigurosa a mi parecer es la que entendió Laurencio Vala: *Reperio*, es en contrario topar acaso, como el que descubre el tesoro cavando la viña, e *Invenio*: hallar lo que se ha buscado con candelas. *Tu non inventa reperta es* dijo no sé quién: después que no pareciste buscada, te vine a encontrar sin querer. Si dijera al revés, fuera floja e indigna sentencia, pues nunca hubo materia de admiración en que lo que no se halla a caso parezca después de costosas diligencias.

"Ahora caeréis en la cuenta al *Audet*, del Apóstol: *Inventus sum é non quarentibus me*. Si dijera *Reperitus* no había tanto en que reparar, que topar sin pensar el que no ibas buscando, muy ordinario es; pero que quien busca halla de repente, y que pareciendo después de larga inquisición diga que se apareció acaso, este es un enigma obscurísimo, que justifica este *Audet*, y quiere decir: en sola la grandexa de Dios cabe poder juntar el *Inventus*, con el *Non quarentibus*. Porque al que más le rastrea, y con mayor luz le busca, cuando le halla se le descubre tal, que puede decir que no le ha-

bía buscado, porque no pudo caber en su pensamiento, que le había de hallar como le halló. Cuantos pasos se dan buscando a Dios, no bastan aun para salirle al camino, porque a estos pasos se adelantó él, y se ofreció antes que le llamasen los deseos. Y (como interpretó el Concilio Arausicano, al Apóstol, y al Profeta,) por mucho que madrugue en el hombre el propósito de buscar a Dios, madrugó más Él en inspirársele”.

ENDE [POR]

Copiemos de Baralt.—*Diccionario de Galicismos*.

“Dice Clemencín en su Comentario al Quijote de Cervantes t. 4. pág. 58:—“Pero en lo que sí hemos perdido considerablemente es en haber anticuado los adverbios *ende é hi*, derivados de los latinos *inde é hic*, que en los principios fueron comunes a los dos idiomas (francés y español), y ahora nos hacen suma falta en el nuestro. . . A cada paso se encuentran en nuestros antiguos libros ejemplos del uso de estas dos partículas que daban singular facilidad y ligereza al lenguaje; pero en tiempo de Cervantes estaban ya anticuadas, y lo continúan por desgracia en el nuestro.

“Abundando en este sentido [agrega Baralt].—Me atrevo a decir que será benemérito de la lengua el autor que la restablezca”.

Pues la *benemerencia* [y venga aquí este necesario expresivo nombre indebidamente anticuado por el Diccionario]—élla, esa benemerencia dedicada por Baralt, venga para el Ecuador, donde se conserva la locución *por ende*,—por esto, eso, ello, &

Reproduzcamos aquí donde es muy propio el lugar, lo que al respecto dijimos en nuestro opúsculo TAMBIÉN EN ESPAÑA. *Errores de lenguaje*.

“No es para dejar desadvertida la extrañeza que causa ver en el “Prontuario de Hispanismo y Barbarismo”, catalogada con esta acrimonia por el Padre Juan Mir y Noguera la partícula *ende*, como si, por sólo anticuada, de su castizo solar degenerase en barbarismo. Óigasele.

“Contradícese, al tratar de *Ende* en esta forma:

“*Ende*. Anticuada era ya en el siglo XVII la partícula *ende*, que conforme a su origen latino *inde*, recibía dos sentidos, a saber, el literal *de allí, de aquí, de ahí*; el figurado, *por esto, luego, también, en eso*. Al són de Clemencín deploraba el crítico Baralt la falta de la partícula *ende*, hasta el punto de apellidar benemérito de la lengua al que la restableciese. Cierzo, la Real Academia no ha tenido por bien rescatarla del vilipendio en que la caducidad la tiene sumida.

“Esto no obstante, a cada paso oímos decir *por ende*, y

lo vemos escrito por personas que se precian de leídas y entendidas. Las cuales sin estar en la cuenta, se vuelven al vómito, como suelen hacer los perros ¿Por qué especialísima razón los clásicos despidieron de sí la partícula *ende*, sino porque era totalmente latina, y no eran ellos amigos de vestir ropas ajenas? Recoger ahora los modernos los arrapiezos desechados es dejarse retentar por el afán del latinismo, contra el dictamen de aquellos prudentísimos varones, y contra el parecer de la Real Academia, que no ha *desantiguado* ni es de temer que *desantigüe* el *por ende* viejo y rancio. Por ahí podremos rastrear qué tal anda el amor al romance en nuestros días, cuando una voz tan *inusual* vémosla frecuentada en escritores recientes".

"¿Conque, por estar en el Diccionario cual anticuada la locución *por ende*, se ampara el autor con ese Diccionario contra el que a veces con justicia rezonga y truena? ¿Conque por esto, casi la echa a lo bárbaro, no obstante el uso que haciendo de ella esas personas a quienes también les echa vaya de presumidas, testifican la actualidad del uso?

"Ni es tan remoto el siglo XVII en cuyos comienzos escribía fray Juan de los Angeles, para que, como tan anticuada, condene el P. Mir la locución *por ende*, ni ese insigne traile, gran autoridad en punto de lenguaje, puede, excluido del número de los "prudentísimos varones", de quienes habla nuestro airado crítico,— ser puesto entre "los amigos de vestir ropas ajenas".

"Aunque la gracia y caridad habitual sea nuestra justificación y santidad formal y, *por ende*, toda la santidad cristiana, sin embargo &".—*Fray Juan de los Angeles. Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares* [1607] Lecc. I. art. 3.

"Allá a los peninsulares se referiría el enojadísimo Padre Juan; pues de saber que aquí en la República del Ecuador es usualísimo *por ende*, nos lo habría achacado a nuestras bárbaras manos americanas. [*]

"¿Y aquello de vilipendiar a *ende* cual bastardo, por sólo ser latino? No reparó la raspeadora pluma del sabio autor, cómo echaba chispillas de tinta sobre el caudal de voces latinas que constituyen el tesoro de nuestra lengua castellana, y no merecen que, tirada la pluma, hubiese emprendido, escoba

[*]—Contra el calificativo de "Anticuidas" que el Diccionario sin razón da a algunas voces para cuya sustitución consigna otras que no les son en rigor equivalentes, o se diluye en explicarlas;—hemos reclamado en nuestra "Contribución a los trabajos de la Real Academia Española de la Lengua", documentando con castizas autoridades nuestro modesto dictamen. En una de sus secciones:—"Arcaísmos que conservamos"—, sin abogar por todos ellos, nos complacemos con el recuerdo de la primitiva habla rediviva.

en mano, contra lo que llama *arrapiesos* de la latinidad.—¡Bien conservado lo que de latino se usó y se use, rebien venido lo que de esa fuente y de la griega siga emanando para correr por cauces castellanos!"

ENTRE ÉL

Bien, por ejemplo: *Entre él* y su hermano se dividieron la herencia"; pero nó cuando la acción es reflexiva del sujeto. "Cavilaba *entre sí*", no "*entre él*", como tampoco puede decirse "*entre tú, entre yo*" sino "*entre ti.....mi*".

"Todo lo que David dice en el psalmo veinte y nueve, anda cantando a Dios *entre sí*".—SAN JUAN DE LA CRUZ. *Canciones*. Declaración del verso "Matando, muerte en vida le has dejado".—"Esto pensaba *entre sí* Sancho"—*Quijote*, 2^a, c. 57.—"Crispino, convidote a la batalla *entre tí y mí*, y probemos cuál de los dos es mejor".—URREA. *Diálogo de la verdadera honra militar* (1652) fol. 31.

ENTREMETER, ENTROMETER

Preferible es el uso de *entrometer* cuando se refiere a importunar, estar demás; y el de *entremeter*, al de colocar.

"Esto torna a responder a la sentencia de los versos que se *entremetieron* arriba, donde decía que, si se viera muerto, descansara su cuerpo con otros muchos cuerpos de reyes que en las sepulturas yacen".—FRAY LUIS DE LEÓN. *Exposición del Libro de Job*. Cap. 3.

"Dios te quiere en soledad, tú te *entremetes* en el bullicio del siglo".—*Fray Melchor de Santa María*.—*Cuáresma*. (1635) pág. 97.

"¿No me reconvenirían también con que no necesitaba la Francia de que un francés postizo se viniese a *entrometer* para corregir los defectos de sus compatriotas?"—ISLA. *Fray Gerundio*, Prólogo.

ENTRETENIDO

Y también,—mal entretenido. Eufemismos que usamos en vez de *amancebado*.

Mal divertido, decía Diego del Castillo en el siglo XVIII:—"No le pudo librar todo su augusto poder del furor de la mujer de Crecencio, con quien estuvo *mal divertido* algún tiempo"—*Estromas políticos y morales* (1729) XV.

En la época colonial llamábanse *entretenidos* los que gozaban de pasajeras encomiendas.

"Digamos algo de los gentiles hombres y soldados que

en las provincias del Perú se llaman Lanzas y Arcabuces, y en la Nueva España *Entretenidos*, porque también éstos parece que constituyen otra cierta especie de encomenderos o son como figura de ellos.... A los hijos de los conquistadores y a otros beneméritos a quienes no hubiesen podido tocar encomiendas, se les diesen algunas ayudas de costa o *entretencimientos* de las encomiendas que en la misma Nueva España estaban incorporadas en la Corona Real".—SOLÓRZANO Y PE-REIRA. *Política Indiana* [1647] lib. 3, cap. 32.

ESCOBILLAR

Por cepillar o acepillar la ropa. Si *escobilla* equivale a *cepillo*, bien formado está el verbo *escobillar* que no trae el Diccionario.

Escobillar se usa también en Aragón. "*Escobillar*. Cepillar la ropa", dicen López Puyoles y Valenzuela La Rosa en su "Colección de voces de uso en Aragón".

ESPECIALIZAR

Inútil neologismo, cuando hay *particularizar*, y, si se quiere reducir más el concepto, *singularizar*.

Refiriéndose a que las declaraciones místicas que San Juan de la Cruz hizo de sus Canciones, siendo dedicadas originariamente a la Madre Ana de Jesús, se reimprimieron después como dedicadas a los religiosos en general, dice Fray Jerónimo de San José:

"En el prólogo las palabras—pluralidad en orden a ellos, se han de entender de la Venerable Ana de Jesús, a quien allí estaban *singularizadas* y apropiadas".—*Historia de San Juan de la Cruz*, (1641) lib. V., cap. 16.

"¿Quién le enseñó a Isaias a poner tan significativos nombres a todas las menudencias del arreo y compostura de las mujeres galanas y enamoradas de Israel, como lo pinta y *particulariza*?"—SIGUENZA. *Vida de San Jerónimo*, lib. V. dicc. 6.

"Universal en la proposición, no señala tiempo, no determina lugares, no *particulariza* ocasiones"—MIRTO. *Blasones de la Virgen Madre de Dios* [1635] Serm. 7.

ESPECULAR

"Registrar, mirar con atención, contemplar &.—"Andan muy ocupados solícitos *especulando*, juzgando temerariamente a muchos de sus hermanos".—Fr. Gregorio de Alfaro. Trad. de las *Obras* de Blosio [1614] Págs. 545].

También *comerciar*. Extensivamente le damos el limi-

tado sentido de medrar a favor de algo y contra alguien o algo.

ESPEQUE

“Palanca de madera, redonda por una extremidad y cuadrada por la otra, de que se sirven los artilleros.” (*Diccionario*).

Este término de milicia ha pasado a serlo de agricultura, entre nosotros. “Sembrar a *espeque*” es hacerlo con una palanca puntiaguda de madera, abriendo un hueco en la tierra y depositando allí la semilla.

¡QUÉ ESPERANZA!

En esta exclamación envolvemos nó el anhelo de un bien, sino al contrario, ya un desengaño sobrevenido, ya una dolorosa convicción de no lograr lo que se desea.—¿Te pagó la deuda?—*¡Qué esperanza!*, contesta el que la ha perdido de que se le pague.

Hablando con nosotros mismos, y en el desaliento de conseguir lo que pretendemos, nos decimos:—Es en vano, *¡Qué esperanza!*....

Conservemos tan expresivo decir, en el que, con carácter interjeccional, va embebida una oración elíptica:—¿Qué esperanza puede ya haber?....

En viaje para España, el poeta José Santos Chocano, oyéndonos a los ecuatorianos que con él íbamos, prendado de esta exclamación nuestra, no desperdiciaba ocasión de usarla intencionalmente.

Merece cabida en el Diccionario Académico, tanto más, cuanto es también usual en la Argentina y Puerto Rico, como se consigna en el *Diccionario de Americanismos* de D. Augusto Malaret, con esta equivalencia:—“Significa intensivamente que no ha de ocurrir el suceso de que se trata”.

ESPERAR A, EN.

Lo primero es aguardar:—esperar *a* que venga, *a* que hable,—*a* que suceda. Esperar *en*, es confiar.

“Están todos *a* la mira: tienen puestos los ojos en mí los justos y esperan *a* ver lo que ha de ser de mí, lo que haces conmigo, el premio de mis trabajos, la paga que me das de mis servicios”—CÁCERES. *Paráphrasis de los Psalmos*. Salmo 141.

"Todos los días y todas las noches espera Israel en el Señor"—*Id.*, 129.

Lo mismo pasa con *aguardar* que con la preposición *a*; da idea de transcurso de plazo, y sin ella, de expresa confianza. Se aguarda *a* que concluya el tiempo ofrecido, la condición prevista; se aguarda de la caridad el socorro.

El mismo maestro Cáceres suministrenos ejemplo:

"¿*Aguardáis*, por ventura *a* hacernos merced para el día del juicio?... *Esperáis a* que me muera para darme algo?... No hay que *esperar* que los muertos vuelvan a enseñarnos estas verdades...." (*Op. loc. cit.*)

ESPERARSE

Como recíproco "espérate, espérense &" lo usamos correctamente, aunque el Diccionario no le dé tal carácter.

Apostrofando a Judas dice el P. La Palma:

"Hombre sin ventura, ya que no te acordastè de la bondad de el Hijo, acordáste siquiera de la profunda humildad y mansedumbre de su Madre; que tal era la Virgen, que ella misma fuera contigo a su Hijo resucitado y negociara tu perdón; y aún estando en la cruz antes que muriera, intercediera por tí y procurara tu remedio. ¡Oh! hombre sin esperanzas ¿por qué no te *esperáste*?"—*Historia de la Sagrada Pasión*, Cap. 16.

ESPETÓN

Varilla, azador, estoque. Golpe que se da con ellos.

Figuradamente entre nosotros:—Dar a alguien un *espetón*, reconvénirle, tratarle mal de palabra.

ESPIRITUAL

Rivarol, que tan menguada fama cobró por las malsanas travesuras de su *esprit*, defínelo así:—"Es la facultad que ve rápidamente, brilla, sorprende. Digo rápidamente, porque su esencia es la vivacidad: un rayo, un relámpago son sus emblemas. En el mundo el *espíritu* es siempre improvisador: no necesita plazo ni lugar para decir una palabra feliz, hace más que el buen sentido. Basta decir que es sentimiento pronto y brillante" (*De l' homme intellectuel et moral.*)

Como se ve, *espíritu* equivale en francés a lo que en castellano—ingenio, perspicacia, gracia, vivacidad, prontitud, travesura &, sentidos que no sólo no tiene en castellano, sino que hasta en la psicología del lenguaje místico no es sinónimo de

alma. (*) Con tal sentido trancés de *espíritu*, los galiparlistas se contonean calificando de *espirituales* a personas, palabras y obras en las que aparecen esas cualidades, mientras, olvidando que, en castizo hablar, *espiritual* revela abstracción de lo mundano y, aplicándose a persona, hasta llega a sustantivarse, como en este lugar de Palafox:—“No duerma el *espiritual*, ore, vele, y entienda que hasta morir, y que es más,—hasta haber rendido la vida a la muerte con el aliento postrero, ha de padecer tormentas y tempestades y ha menester pelear”. [*Peregrinación de Philotea*—[1773] Lib. 2, cap 22.] —“Dice algunos *espirituales*:—Señor, en esta vida no quiero consuelo para mi alma. Los regalos, Señor, para la otra los quiero, no para ésta” NÚÑEZ DELGADILLO.—*De la victoria de los justos* [1618] pág. 139.

Aboguen por la noble alcurnia de *espiritual* quienes supieron vivir vida de *espíritu*, para doctrina de gentes *espirituales*.

“Parecen más hermosas las criaturas aplicándolas al fin para que fueron criadas, que es para ver en ellas a Dios. . . . Por esto no sólo con mayor fruto, sino también con mayor gusto, miran las personas *espirituales* estas cosas criadas, como son cielo, sol, luna, estrellas & . . . Aunque Aristóteles no era persona *espiritual*, no dejó de entender el grande gusto, y suavidad que había en esta manera de filosofar, subiendo por las escaleras de las criaturas a la contemplación de la sabiduría y hermosura del Hacedor”. —FRAY LUIS DE GRANADA. *Introducción del símbolo de la fe*. Parte 1. cap. 1.

“Ha de hacer penitencia, ha de huír ocasiones, tratando poco con mujeres, aunque sean *espirituales*”. —FR. ALONSO DE OROZCO. *Epistolario* [1567] V.

“Recogí este librito y no lo escribí para los bisoños y nuevos en la vida *espiritual*. Realmente que todos los cristianos habían de ser hombres *espirituales*; empero muy muchos por sus pecados miserablemente dan de mano a la gracia de Dios”—FRAY GREGORIO DE ALFARO. Traducción de las *Obras de Blosio* (1614) Pág. 494.

“El hombre *espiritual* es un hombre avaro de la eternidad y pródigo de la vida temporal, poco cuidadoso de lo presente y solícito de lo futuro. Es un hombre que parece no tiene dependencia alguna con esta vida, y que nada tiene

(1) En el capítulo que, con el título *Santa Teresa de Jesús hace fácil la vida espiritual*, forma parte de un ensayo nuestro acerca de la Santa, hemos agregado un apéndice precedido de estas líneas:—“En el lenguaje ascético y místico no son sinónimas estas palabras:—alma, espíritu. Vaya este ligero apunte para que se discerna el uso”. V. (*Revista Católica de la Diócesis de Cuenca*, Mayo de 1927.)

tan usual como lo celeste, que está sepultado como un muerto, y que vuela sobre los sepulcros como un ángel; que no tiene en la tierra más que la débil raíz de las necesidades conaturales y que toca ya al cielo con la mano. Es un hombre que está aún en la carne, aunque ha hecho un perpetuo divorcio con la carne; que está postrado a los pies de todos con humildad, y sobre todas las grandezas con el desprecio; que se aprisiona para estar libre, que se crucifica para estar ágil, que se mortifica para estar fuerte, que se seca para reverdecer, y que cada día muere para no morir jamás".—CAUSINO. *La Corte Santa*. Trad. de Cruzado (1795) T. I. pág. 236.

La misma propiedad castiza de la palabra *espíritu* rechaza el concepto de ingeniosidad, agudeza, travesura &c.—“Leed las obras de San Gregorio con atención ¡Qué pocas flores encontraréis! Todos son frutos de *espíritu*, palabras sencillas que penetran el corazón, nó esos nácares coturnos, y otras semejantes voces con que hoy se enojan los púlpitos, y que a los hombres de seso son incentivos de risa. Tenía en su pecho la utilidad de las almas, y todo cuanto sabia consagraba al fruto de ellas, como el pectoral del Sumo Sacerdote que tenía en sus piedras la doctrina”.—FRAY ISIDRO DE SAN JUAN. *Triunfo evangélico de Cristo* (1672) Pág. 281.

No necesitó el P. Aicardo S. J. mendigar del francés el sentido de *espiritual*, para escribir:—“Aquel Miguel de Cervantes y aquel Lope de Vega y aquel Luis de Granada y tantos más que, sin Baralt y sin Diccionario, y sin calcar palabra del inglés, ni del francés, hablaron la lengua viva, coloreada, chispeante, gráfica, y también llena, sonora, majestuosa y significativa que parlaba aquel pueblo, rey de la espada y el ingenio”.—(*Palabras y acepciones castellanas omitidas en el Diccionario Académico*, Introducción.)

Hoy se ha convertido *espiritual* en un vulgarísimo lugar común con el que se aplauden hasta desplantes de palabra hablada o escrita de quienes, a pujos de lograr aplauso, promover risa, tantas veces lo hacen con mengua del prójimo. Dénos lección el filósofo y crítico francés E. Caro que, refiriéndose a la cita que de Rivarol hemos hecho, agrega:

“Los que, como Rivarol, hacen del *esprit* su ocupación particular, diré,—casi su profesión,— hállanse expuestos a grave peligro. El *esprit*, acostumbrado al buen éxito, hácese insaciable, mientras el mundo acostumbrado al regocijo, crece en exigirlo. De aquí, y desde luégo, exageraciones, después invenciones con las que medra la doble malignidad del charlatán y de su público. El *esprit* no temperado por la bondad, no vigilado por la justicia, estimulado a desgobernarse, condenado a redoblar efectos, los busca y los conquista a cualquier precio. Encontrando pobre, insustancial la realidad, la tortura y de-

forma de todos modos; goza con las contorciones y muecas que le pone, y empezando por formar lo ridículo, llega a la infamia que echa sobre sus víctimas con un rasgo injusto y siempre sangriento. Desde luego es la maledicencia la que ha logrado su propósito, y luego será la calumnia para concluir en atroz panfleto hablado o escrito. He aquí algunas definiciones del propio Rivarol:—"La maledicencia, atolondrada habla del mal de que no está segura y se calla cautelosamente respecto del bien que ella sabe. Cuanto a la calumnia, se delata por más graves síntomas: amasada de odio y de envidia, no será por falta de propia diligencia el que llegue a convertirse en un puñal".—De todo esto nace un nuevo género literario:—la difamación".—(E. CARO. *Variétés littéraires*, Rivarol.)

ESPUELUDO

El *espueludo* será el ginete calzado de espuelas, pero nosotros lo aplicamos al caballo ágil, rápido apenas siente el estímulo de la espuela.

EQUIS

Estar, andar hecho una *equis*,—decimos del sujeto flaco de carnes.—Entretanto, en España se dice del borracho que no puede tenerse en pie.

"Se aplica al borracho, porque con la debilidad de sus piernas las va cruzando en forma de X cuando anda."—SBARRI. *Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana*.

ESTADÍA

Dámosle sentido de permanencia, conservación a este vocablo que en lenguaje de marina expresa exceso de plazos estipulados.

"Durante su *estadía* aquí, fue justamente muy atendido".—Talvez un extraño al sentido que damos a esta palabra pudiera sospecharla de reproche por haber estado más del tiempo conveniente.

ESTERADO

Sustantivo bien formado por nosotros para significar un conjunto de esteras pequeñas que, cosidas entre sí y colgadas, sirven como de mampara en una habitación para evitar se vea desde la entrada el interior de ella.

ESTRIBO [LA DEL]

Así llamamos a la última copa que se toma entre quienes se despiden. "Echar la espuela",—la del arranque entre los españoles;—"andavéte", en el Norte del Perú.

Entre nosotros "la del estribo" implica no sólo despedida, sino una insistencia de cariño de parte de quien, ofreciendo la última copa, se resigna a que se vaya aquel a quien se la brinda. ¡Cuántas veces, cuando así se agasaja al que emprende largo viaje, en "la del estribo" al licor se mezclan lágrimas!

Usual también en Bolivia.—(Malaret, op. cit.)

EXENCIONAR

No hay tal verbo en castellano. Lo propio es *exentar*, *eximir*.—*Exencionar* es tan extraño como lo fuera *extensionar* por *extender*, *presentacionar* por *presentar*. Fray Lucas de Montoya pone por título del capítulo V en el libro I de la *Crónica General de la Orden de los Mínimos de san Francisco* (1619), lo siguiente: "De los grandes favores y privilegios que el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Cosencia, Pyrro, concedió a su santo diocesano Fray Francisco de Paula, *exentándole* de su jurisdicción &."

ÉXITO

Del latín *exire*, el antiguo castellano decía *exir* (salir). *Éxito* es fin, terminación &.

Hemos dado a *éxito* el sentido absoluto de,—buena suerte, prosperidad, resultado favorable:—"Salió con *éxito*".

Ya que en tal sentido quiere usarse *éxito*, agréguesele el calificativo de bueno, favorable, próspero, feliz, &.

EXPLOTAR.

Será trabajar en una mina, tratar en un negocio &, pero no *reventar*, estallar, hacer explosión.

En portugués se rechaza hasta *explosir*. "*Explosir* nao é portuguéz. Portuguéz é *explodir*, do latim *explodere*". FIGUEIREDO. *Lições práticas da língua portuguesa*. Tomo 2, pág. 275.

El Diccionario, con esa su tranquilidad barredera echa allá a lo arcaico al verbo *deslatar*,—disparar,—de *deslate*, estallido, disparo;—de *lata*, cobertura metálica,—cpásula.

De *deslate*, *deslatar*. Pero ¿el bárbaro *apiotar* tiene antes algún *explote* que pudiera parangonarse con *rebote* para

rebotar, brote para brotar &?

Entretanto, en España y América *explota*, revienta estalla este escandaloso neologismo.

EXPROFESAMENTE

El Diccionario no trae sino *expofeso*. No hay por qué desechar nuestro usual adverbio, usado también en España.—“No parece sino que muy *exprofesamente* (usaré mucho este adverbio en esta tierra) le fué a sacar de alguno de los jardines de Roma donde estaría el pobre divertido”—ISLA. *Fray Gerundio*, Prólogo.

EXTRAMUROS.

Es adverbio de lugar:—fuera, más allá del recinto de una población. Nosotros lo hemos sustantivado diciendo, por ejemplo:—La casa está en *los extramuros* de la ciudad. Bastará decir: “Está *extramuros* de la ciudad”.

“*Extramuros* de la ciudad había unas arcas de agua”.—FRAY ISIDRO DE SAN JUAN. *Triunfo evangélico de Cristo* (1672) Pág. 469.

“Encerrándose por largo tiempo en una pobre casilla *extramuros* de la ciudad de Edessa”—ALCÁZAR. *Vida de San Julián* (1710) Lib. 1, cap. 16

En caso contrario, se dirá con otro análogo adverbio:—*intramuros*.

F

FAJAR

“*Fajó* con él a palos, le *fajó* á balazos”, por le acometió violentamente de estos modos. *Fajar*, figuradamente *acometer*.

Lo apuntamos porque alguien hizo burla de estas locuciones tan corrientes entre nosotros, reputándolas como un despropósito, cuando son de solar castellano.

“Me veo precisado a parecer molesto, porque no puedo servir a vuestras almas deleitando vuestro paladar con lisonjas, sino mortificando y *fajando* con el cauterio y lanceta de la verdad”.—CALATAYUD, *Juicio de los sacerdotes* (1736) plát. 4. § 1, n. 2.

“Su adversaria no se atreverá de hoy más a *fajar con ella*: por imbele y flaca huirá del campo”.—MIR Y NOGUERA.—*La Inmaculada Concepción*. Cap. 28.

FAJINA.

Entre otras significaciones propias, tiene la de un toque de guerra.

Entre nosotros designa un concurso momentáneo, vigoroso de operarios que, para algo que ha de hacerse urgentemente, y que reclamado casi siempre por el que los dirige, distrayéndolos de otras ocupaciones en que se hallan, lo obedecen como un toque de guerra.

FALLOSO, FALLÓN, FALTÓN,

Faloso adjetivo que hemos derivado correctamente de *falla* que, anticuada por el Diccionario, es usual entre nosotros en sentido de *falta*. Conservémoslo, por más que haya *tachoso*, *faltoso*.

"¿Quién diría que esta hechura podría en algún tiempo desmentir? Pero ¡oh dolor! brevemente se halló *tachosa* esta imagen... Repítase la hechura primitiva, y volverá a restaurarse la estatua".—FRAY JUAN DE SAN GABRIEL. *Sermones sobre los evangelios de domingos, miércoles y viernes de la Cuaresma* (1648) Ceniza.

"Hay santos que llama el mundo santos; santos con mezcla de tierra y mundo, santos *faltosos* y defectuosos en el buen espíritu que tenían en otro tiempo".—CÁCERES *Paráfrasis de los Salmos* (1616) Salmo 11.

De *falla* y de *falta* hemos derivado *fallón* y *faltón* a los que así, y bien se refiere el Doctor Tobar en *Consultas al Diccionario de la lengua*:

"*Faltón*. A la persona que debiendo concurrir a alguna parte falta con frecuencia, dando así prueba de carencia de educación, denominamos con el adjetivo anotado, que llena acaso una falta de nuestro riquísimo idioma; pues en otras de nuestras Repúblicas hispano-americanas han formado también un adjetivo, *fallero*, *a*, que significa lo que el nuestro.

"*Fallón*. No está en el Diccionario; El participio activo de *faltar* es *faltante*, que no equivale a nuestros adjetivos *fallón*, *a*, *faltón*, *a*, persona que no acude, por costumbre, a las citas u obligaciones".

FERIAR

Es negociar en tería.

"Venía a ver y *feriar* unos muy buenos caballos que en mi ciudad había"—*Quijote* I, 24.

Entre nosotros, *feriar* se emplea para expresar la acción de vender barato, en fuerza de las circunstancias.

FIAMBRE.

Es lo comestible que, asado o cocido, se tiene reservado para sucesivo consumo: carne *fiambre*.

De ser *fiambres* los comestibles que se llevan de camino, hemos extendido el nombre, sustantivándolo, a toda provisión de ellos para viaje.

No es incorrecto el uso, pero bueno es recordar que hay *despensa* y *matalotaje*, voz esta última que el Diccionario limita sin razón a sólo las provisiones que se llevan a bordo.

Véanse ambas en este pasaje de Fr. Jerónimo de San José:

“La provisión y *matalotaje* que para sus caminos llevaba, era muy conforme a lo demás de su mortificación, . . . Dentro de poco rato llegó a la venta un caballero que traía buena *despensa*, y alegrándose de ver allí religiosos, dijo el siervo de Dios que en todo caso había de ser su convidado”. — *Historia del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz* (1641) lib. V. cap. 13.

FIERO, RA

Dice el pueblo por *feo*, *ca*. *Fiero* designa al iracundo, feroz.

Véase cómo puede ser *fiera* una hermosa:

¡Qué *fiera* la niña hermosa
venganzas pidiendo está!
Pero no cabe un rendido
en la ira celestial”.

A. HURTADO DE MENDOZA. *Obras* (1728) pág. 26.

FIEROS (HACER)

A esta locución que expresa amenazar, —le damos sentido de despreciar, menospreciar alguna cosa:—“hacer fieros a la comida, al obsequio etc”:—hacer ascos.

“Como dice San Juan Crisóstomo, las amenazas de Dios más van a espantar que a herir los hombres. . . Haciendo en esto lo que suele el padre airado con su hijo rebelde, cuando por una parte no quiere ejecutar su enojo con él, y por otra le desea corregir y atemorizar, el cual concierta con algún amigo suyo que cuando él le *hiciera los fieros*, asa del mismo padre, y haga como que le detiene por fuerza”. — ALVAREZ. *Silva espiritual* (1594) Dom. 1. Adv.

“Sólo castiga con la lengua, todo es *fieros*, y nada eje-

cuciones"—NISENO. *Apuntes predicables* [1627] Miércoles 2.

FIERRO (PONER)

Por señalar con hierro candente, es *herrar*, como se verá en este enérgico y primoroso pasaje de Fr. Juan de la Cruz, maestro traductor de Titelmano, que refiriéndose a los pecadores penitentes, dice hablando con Dios:

"Por el crimen de *lese majestatis* que cometen, por tu justo juicio los dejas caer en mayores males y que se pudrezcan en sus suciedades, y hasta los ojos se cubran del cieno en que se dejan estar, y permites al diablo los *hierre* en la cara y en el pecho y les eche más pesadas prisiones como a sus miserables cautivos".—*Summa de los misterios de la fe christiana* [1555] Contempl. 31.

FUNDILLO

Fondillo.—"Maestro ¿qué demontres de *fondillos* me ha puesto usted en los pantalones?"—SBARBI. *Anas*.

EN FILA

"Todos iban *en fila*",—para expresar que iban unos tras otros. *En fila*, más toca a línea de formación, que no a movimiento. Para este hay el modo adverbial *a la hila*, uno tras otro.

"*Signen* su vanidad tan *a la hila* que, desde su primera niñez, no la dejan hasta que del todo la acaban".—ALVAREZ. *Silva espiritual* (1594) Par I. Purificación.

FILÁTICO

Decimos del vanamente rebuscado en palabras y presuntuoso. En este sentido no puede sustituirse ni aun con *filatero*, pues éste calificativo expresa al sujeto que usa *filaterias*. ¿Qué son éstas en castellano?—Demasia de palabras para expresar un concepto, sutilizaciones en que se lo *deshila*, verbo éste que se deriva del latín *filare*, deshacerse hilo a hilo.

FOLLÓN, FOLLONES

Llamamos así los bajos que dentro del vestido principal, usan las mujeres, sentido que no trae el Diccionario.

"*Follón*, en castellano aplicase al sujeto presumido, vano, vacío de mérito. Su etimología:—Se dijo del latín *follicis*, fuelle, y significa vano, hinchado, jactancioso".—CIEMENCÍN. *Qui-*

jote. Parte 2, cap. 6.

Aquellos vestidos, como tan holgados, van cual henchidos de aire.

"Criado entre *follones*", calificativo que damos al sujeto tímido, apocado a fuerza de imprudentes mimos.

FRANCOLÍN

Nombre de una ave.—Entre nosotros aplícase al gallo y gallina que no tienen cola larga, sino la prolongación del plumaje del lomo.—En Murcia, *gallino*:—"Gallo que no tiene plumas largas, de las que cuelgan junto a la cola, y que son prolongación de su capa".—SEVILLA. *Vocabulario murciano*.

FREGAR

Cuervo ha corregido el uso de este verbo que designa entre nosotros:—mortificar, molestar, hostigar. Tobar truena contra él, como antes lo hicieron, González, Cevallos &.

Claro está que en castellano el verbo no significa tal cosa. Pero ¿quién le quita a nadie el emplearlo en sentido figurado?

Fregar es estregar, raspar, raer. En sentido traslaticio, nuestro *fregar* es precisamente estregar la paciencia, la tolerancia: no hay impulso violento en tal impertinencia, sino morosa tenacidad, algo como el pasar y repasar de la *friega*.

De *jobaba*, *giba*, *muela* los verbos *jobar*, *gibar*, *moler* en sentido de importunar, debieran también ser condenados, y son correctos en el sentido familiar y figurado que les da el Diccionario Académico.

Cuanto a lo figurado, que obedece ya a necesidad o acude como recurso de arte, ni lo que el Diccionario consigna en ese sentido ha de reputarse como excluyente de otros, ni menos lo que casi tizna como *familiar* ha de ser despedido por pretensas aristocracias de lenguaje. A este respecto dijimos en nuestra *Contribución a los trabajos de la Real Academia Española de la Lengua* (Artículo *Azorarse*):

"Fuera de la sección de voces *anticuadas*, y como si esto no bastara para estrechar las lindes de la lengua, la calificación de *voces familiares* viene también en desmedro de su riqueza. Capítulo especial sería menester para reclamar igualmente contra esta inconsiderada limitación; pero vayan, al respecto, siquiera estas líneas.

"¿Qué son, en gran parte, los vocablos de una lengua, sino germinación del habla *familiar*? Este adjetivo, según el Diccionario, "aplicado a voces, frases, lenguaje, estilo, etc.—

significa,—natural, sencillo, corriente, propio de la conversación o de la común manera de expresarse en la vida privada". Así que, la naturalidad en lo ingenuo de su brotar, la sencillez en el adorno, lo usual, y propio, y solariego en el comercio de la palabra, todo esto que es prenda y testimonio de acierto en un escritor, por sólo el hecho de ser constante en la espontaneidad de la vida privada, se condena a rebajamiento de nobleza. Se quiere crear una aristocracia de lenguaje, cuando, salvo excepciones, lo único aristocrático en él es ser castizo de raza, bien mirado en decencia, y maestro en combinación y arreo, atenciones todas de la moral y el arte, no del decálogo académico.

"Curioso es el descuido del Diccionario en este punto. Por ejemplo, a la expresión ¡Voto a Cristo! vulgar, soez, no la califica de familiar en el sentido de decir común entre gente de aquella estofa. Nada: la pone como corriente; y tizna de familiar a la casi devota de "sacar el Cristo,—acudir a algún medio de persuasión extremo y decisivo".

"No es de acertar el fin que tuvo en cuenta el Diccionario al calificar de familiares ciertas voces, pues lo familiar no les quita lo propio, lo primoroso, ni veda el aprovechamiento que, guardada la respectiva conveniencia, puede y debe hacerse de ellas en el arte literario.

"Para la mojigatería lingüística que anda escrupuleando, apocada por entre las clasificaciones de anticuadas y familiares, que a ciertas voces da el léxico, ese bautismo de tales no hace sino retraerla de la amplia libertad con que debe usarse lo que sea expresivo y correcto, sin hacer caso de clasificaciones empobrecedoras de la lengua. ¿Qué criterio guiará a poner lindero entre lo familiar y lo que no lo es, si, muchas veces, de lo familiar, de lo no rebuscado, de lo más ingenuo proviene la gentileza de un decir? Familiar una voz en los albores del idioma, dejó de serlo, en su ulterior proceso, como lo familiar de hoy será lo aristocrático de mañana.

"Sobre todo, el lenguaje figurado empieza por ser más que literario,—familiar, como pasa en los orígenes de las lenguas, y es la naturaleza con sus relaciones y analogías la que presta expresión más viva para el concepto".

FRÍOS

Decimos de la *terciana* que es lo propio, y de aquí *tercianario*, *ria* para designar al que la padece, calificativo que excusa los medios que empleamos cuando no echamos mano de *friolentos*, que es genérico de sensación.

"Como el *tercianario* que en el crecimiento de la calentura muda cada momento lugares, etc".—FR. CRISTÓBAL DE

FONSECA. *Vida de Cristo* 2^a parte, cap. 13.

¡FUERA!

Interjección que empleamos para denotar que algo ha llegado a mal término, que se ha arruinado &c.—“Han sido derrotados.—¡Fuera!...—¡Fuera! me han robado!...”

FUERZA

Obsequio que se da a los operarios para alentarles al trabajo. Damos así expresivo sentido figurado a la palabra.

FRU, FRU [HACER]

No necesitamos valernos del francés *frou frou* en equivalencia de *crugir*, del sonido de las telas “cada que son tratadas y meneadas” como allá en remotos tiempos decía Fray Hernando de Talavera (*De vestir e de calzar*, cap. 14).

“Pretenden arrebatár la afición... los ricos aparadores, los lucidos ministros *crugiendo* sedas”—JARQUE. *El orador cristiano* (1658) Tomo 2, dice. 5.

“Si el *crugir* de la seda de las otras ropas la pudiera desvaneecer, la vista de la mortaja allanaba sus pensamientos”.—REBOLLEDO. *Orociones fúnebres* [1600] Or. 19.

“Si vos, señora, os vestís extremadamente y venís *crugiendo* la seda”.—LÁINEZ. *El Privado cristiano* [1641] cap. § 2.

FUENTE DE PLATA

“Hacerle a uno la *fuelle* de plata” decimos por agasajarle, distinguirle, mimarle.

Dos repaños, ocurren:—primero que no hay tal *fuelle* sino *puente* de plata en el refrán castellano; y segundo, que este significa facilitar a alguien el logro de un propósito,—como si dijéramos tenderle un puente sobre un abismo infranqueable y extremar más todavía el favor haciéndole de plata ese puente; es decir, añadiendo a la utilidad el favor del agasajo, o el disfraz de cortesía al despedir a un importuno.

“Es como solemos decir, que al enemigo la *puente* de plata. Dejáronlos ir y se holgaron de que se fueran”.—CÁCERES. *Paráfrasis de los salmos* (1616) sobre el salmo, 104.

“El Gran Capitán decía:—Al enemigo que huye, hacerle la *puente* de plata”.—FLORESTA GENERAL. En la de Santa Cruz, de Dueñas. Cap. 3.

A FUER, A FUERZA

A veces confúndense estos dos modos adverbiales que expresan conceptos distintos. El primero: designa:—en razón de, a modo de, a *fuero* de.—El segundo: con abundancia, vigor.—*A fuer* de hombre honrado procedió con dignidad.—*A fuerza* de ruegos logró lo que deseaba.

“Los hombres alaban a su Dios *a fuer* y a imitación de los ángeles”.—MATA, *Triunfos de Cristo* (1634) pág. 224.

“*A fuerza* de brazo habían de haber y ganar la libertad”.—*Quijote*, Primera parte, cap. 41.

G

GALLEGO

Decimos del poco listo, como en España los gallegos son víctimas de burlas. De haberlas oído a nuestros mayores, se nos ha quedado tal sentido.

Los vizcainos parece fueron igualmente mal calificados, a juzgar por esto a principios del siglo XVII, decía Fonseca. (*Vida de Cristo*, 2.^a parte lib. 2, cap. 1.^o): “Se dejaron en el tintero (como *viscaínos* cortos) otra palabra que puso San Juan, contando este mismo caso”.

Extravagancias malguerencias lugareñas, comunes en todas partes, originan estas incultas deformaciones de sentido.

GALLERO

El jugador de gallos. Término bien formado, análogo a *torero*.

GAMARILLA

Entre nosotros equivale a *serreta*, pieza que se pone arriba de la nariz de los caballos para dominarlos con la compresión que produce.

Ni puede emplearse, sin notable impropiedad, como diminutivo de *gamarra*, pues ésta es la correa que del freno parte a la cincha para evitar que el caballo vaya alzando y bajando la cabeza, esto es, en lenguaje de equitación,—*pico-teando* o cabeceando.

GANÁ [DE]

Hemos deformado totalmente el sentido de este modo adverbial castellano, dándole el sentido de:—por capricho, inútilmente &:—*De gana* se tue, por más que se le advirtió el peligro.—*De gana* rompió, cuando podía haberse compuesto lo que estaba averiado.—En estas y otras análogas locuciones nuestras, *de gana* implica sentido opuesto a recta voluntad.

De gana, en castellano expresa:—de buena voluntad, con espontaneidad, por el propio querer, con buen empeño &.—Véselo en estos ejemplos:

“Yo confieso que esta gente de esta tierra no es para mí, y que me deseo ya ver en la de promisión, si Dios es servido. Aunque si entendiése lo era más aquí, sí que me estaría *de gana*.—SANTA TERESA, *carta a la Madre María Bautista*..

“El deudor esté obligado a pagar *de gana* al acreedor lo que se le debe”.—RODRÍGUEZ, *Summa de casos de conciencia* (1604) Pág. 274.

“El querer acto es de la voluntad. Demándanos, pues el Señor la voluntad, el querer *de gana* y prontamente las cosas de su servicio, porque éste estima, y conforme al efecto con que los cristianos las hicieren, a Dios serán agradables y a ellos remunerables”.—PACHECO, *Sermonario del propio de los Sanctos* (1605) t. 2º. De un mártir pontífice.

“Naturaleza no quiere morir *de gana*, ni quiere ser apremiada, ni vencida, ni sojuzgada, mas la gracia estudia en la propia mortificación, resiste a la sensualidad, quiere ser sujeta”.—MEDINA, *Libro de la verdad*, (1620) Parte 2ª, diálogo 95.

“Tal oración de una comunidad, de muchos mancomunados a ganar el pecho a Dios, le aficiona, sin duda, y lleva los ojos tras sí, ... Por ser de muchos, y mucho más por ser de humildes, la oyó Dios *de gana*”.—FRAY PEDRO DE VEGA. *Declaración de los Salmos Penitenciales* (1602), t. 2º Salm. 5º, discurso 4º.

“La muerte no menos afrentosa que dolorosa, a la cual *de tu gana* te ofreciste por la obediencia del Padre, para sustituir a nosotros la vida”.—FR. JUAN DE LA CRUZ, trad. de la *Summa de los misterios de la fe cristiana* de Titelmano, (1555) Contempl. 32 (p. 287).

“Suplícoos, Señor, pues os ofrecisteis *de gana* a tormentos tan terribles y Jesusados por mi respecto. ... reciba yo de buena gana los que de vuestra santa mano me vinieren”.—LÓPEZ. Rosario de Nuestra Señora (1593) Folio 286.

“¿Dónde está hoy la verdad en la vida humana? ¿Quién

¿la dice? ¿quién la oye? quién la recibe *de gauda?*—CABRERA. Sermones (1600) Dom. de Pas.

GANGOCHO

En Bolivia y Chile, "saco o bolsa, gangoche".—MALARET. *Dicc. de Americanismos*.

Entre nosotros, —tela burda con que se cubren fardos.

GARRASPERA

En castellano *carraspera*, según el Diccionario.

No sólo somos nosotros los que por *c* ponemos *g*: hácenlo también los aragoneses.

"*Garraspera*. Ronquera; asperesa en la garganta".—COLL y ALTABÁS, *Colección de voces usadas en la Littera* (Zaragoza 1902).

GARROTILLO

Llamamos con este nombre una enfermedad distinta de la así llamada en castellano y descrita por Huerta en los siguientes términos:

"También han tenido algunos por nuevo otro pestilente mal, que han llamado en estos años *garrotillo*, no porque siempre lo sea, sino accidentalmente cuando ulceradas las fauces con un carbúnculo o antraz o con llagas pestilentes, como escribe Accio, inflama, corrompe y ahoga".—*Historia Natural de Plinio*, t. 2.^o [1629] libro 26, cap. 1.^o

Nuestro *garrotillo* es algo como el *tétanos*.

GARULLA

Conjunto desordenado de gente. (Dicc.)—Entre nosotros, alboroto de voces de quienes contienden entre sí.

(Continuará)

HONORATO VAZQUEZ.

FILOSOFÍA - ONTOLOGÍA

LA LEY

Señor Rector, Señores Profesores, Señores:

Cuando en una nación se prescinde de los viejos, y se huye también de las verdaderas energías, del genuino intelecto de la juventud, es porque sobre ella comienza a cernirse la decadencia; pues, no es raro ver naciones que, al empezar a debatirse entre las convulsiones de la civilización, se atrincheran en la mediocridad, se fascinan con el falso brillo, se van tras la pomposa ineptitud, y se hunden, bajo el peso de su funesto error, realizándose lo que en medicina llamamos aborto.

Los países que excluyen a los que, tras largos años de una verdadera viacrucis, han recopilado saber y conocimientos científicos, a los que la experiencia les ha consagrado consejeros; los países que no seleccionan sus fuerzas evolutivas, que no aprovechan de la robustez de la mente y la virilidad de los mejores jóvenes, que deben formar siempre la vanguardia de los pueblos, es porque van camino de una vejez prematura; es porque se deslizan al abismo en que cayó la civilización de Oriente, con sus tiranos de serrallo, sus doctores eunucos y sus instituciones de ridícula farsa. Entonces es cuando se sientan principios absurdos y aun contradictorios, disfrazándolos con el nombre de ley; nombre supremo que sólo debe designar el sistema de fenómenos repetidos a diario, así en el mundo inanimado, como en el animado, y cuyos orígenes o bases se encuentran en las manifestaciones de la naturaleza.

Esta supremacía de la ineptitud, de la mediocracia absolutista, que viene imperando, de algunos años acá, en nuestras repúblicas, es lo que nos ha impulsado a trazar esta pequeña disertación; porque para un espíritu educado en la disciplina de la investigación científica, y fervoroso por toda verdad y toda exactitud, es dolorosamente extraño oír llamar leyes a simples órdenes, las más de las veces contradictorias, y dictadas

por hombres sin preparación, contrariando casi siempre el sentir colectivo; siendo así que la ley, en lo que al orden social y político se refiere, es precisamente, y según todas las clásicas definiciones, la expresión más alta y la más pura cristalización de los conceptos culminantes de la conciencia popular. Oír llamar leyes a mandatos que emanan de un solo cerebro estrecho, o enfermo quizás, y de una voluntad divorciada de la voluntad del pueblo, llamado sarcásticamente soberano, es como escuchar una blasfemia contra la ciencia y el buen sentido.

De aquí que hayamos tomado definiciones adoptadas por naciones que, como Inglaterra, marchan serena y tranquilamente hacia el ideal moral y político, aproximándose al verdadero concepto de ley.

“Por ley se entiende la norma constante e invariable, efecto de la causa primera o de sus propias condiciones”. He aquí una definición conforme al concepto lógico y científico de lo definido.

En efecto, al contemplar la materia que, impulsada por la energía, forma los cuerpos, surgen en nosotros espontáneamente, la idea de quietud o reposo, y la de movimiento, dentro o fuera de estas masas; pero, si penetramos en la intimidad del fenómeno, observamos que nada guarda reposo absoluto, sino que todo se mueve, por lo mismo que la energía es inherente a la materia.

La materia, requerida por la fuerza, forma los cuerpos; siendo imposible representárnosla sin llenar esta función, esto es, desposeída de esa como potencia creadora, que se revela en todos los misterios del Cosmos. Y si la materia y la energía, obrando de consuno, engendran los cuerpos, y producen de este modo fenómenos que se repiten constante e invariablemente, dentro del variable consorcio de la energía y la materia; si estos fenómenos se realizan fatalmente, de acuerdo con normas permanentes, como efecto de sus propias condiciones, y que se repiten sin variación alguna, hemos de deducir que obedecen a leyes eternas, engendradas por la misma materia energética.

No es posible concebir la materia en estado de reposo, es decir, sin formar cuerpos; y por lo mismo, preciso es convenir en que la energía es coetánea con la materia. Al unificarse ésta con la energía, los fenómenos se realizan fatalmente, con absoluta sujeción a reglas invariables, reglas a las que llamamos **leyes**; de manera que, los fenómenos y las leyes que los norman, son también coetáneas con la materia, tal como ésta coexiste con la energía.

Como hemos dicho, sin materia no habría energía; ya que la materia es el receptáculo del movimiento; y sin materia y sin energía, no se llegaría a la formación de los cuerpos; y, por lo mismo, ni a la realización de fenómenos, ni a la exteriorización

de las leyes que los reglan; por lo cual podemos llegar a concluir que, sin materia y sin energía, no existirían fenómenos ni leyes.

Si la materia lleva en sí el movimiento; y si los fenómenos y sus leyes, son modalidades con que se manifiesta la materia al engendrar los cuerpos, convendremos en que la materia preside a la energía, a los fenómenos y a las leyes; es decir, que es la causa primera.

Tomando esto mismo desde otro punto de vista, convendremos en que no puede existir efecto sin causa, ni causa que no produzca efecto. Y si las leyes son el efecto de la causa primera; si nacen de la materia, o del movimiento al estado de atorbamiento, son también coetáneas con la materia, y como tales, eternas e inmutables.

Sentado el principio anterior de la inmutabilidad y eternidad de las leyes, hay que distinguir el concepto de mandato u orden, del concepto de ley; tomando en cuenta, ante todo, que el mandato está sujeto a cambio o modificación, y la ley no; porque, lo repetimos, perdería uno de sus caracteres esenciales, la inmutabilidad.

Así, las instituciones sociales, los mandatos de gobierno, los sistemas políticos, las reglas de moral, los dogmas teológicos, caducan, cambian, se truecan, de un extremo al otro; de suerte que, lo que antaño era bueno, santo, plausible, o gaño es malo, punible, execrable; los hombres y los dioses, los gobiernos y sus mandatos, los cultos y las costumbres, son esencialmente mudables.

Además, el mandato encierra la idea de un deber; y así es como el sabio inglés Austin ha definido la ley política: "Una regla trazada por un ser inteligente, que tiene poder sobre otro ser inteligente". Como se ve, la definición encierra la idea de variabilidad y el caso de actuación sobre otro sujeto, que se obliga a cumplir lo mandado, pero no incluye su realización fatal, que es lo que fundamentalmente caracteriza las leyes naturales.

El mandato, sea civil o moral, como se desprende de la definición de Austin, presupone la existencia de la humanidad, y la lucha por la vida la subsistencia de las sociedades y la adaptación de éstas al medio. Por lo mismo, resulta plástico y sujeto a cambio en las distintas épocas y en las distintas faces de la evolución social. Esto mismo se desprende del concepto formado por Pearson, quien dice: "Lo legal es lo que no está prohibido por las leyes de una sociedad particular **en un tiempo particular**; lo moral, es lo que tiende al bienestar de una sociedad particular **en un tiempo dado**". Y presenta más clara esta idea, cuando se expresa en estos términos: "Una ley, en el sentido legal o moral, se mantiene solamente para individuos y comunidades, y es capaz de revocación o modificación". Como se

nota, Pearson hace palpable, no solamente la mutabilidad, sino también la falta de universalidad del mandato, toda vez que se refiere únicamente al individuo (hombre), o a la comunidad (reunión de hombres). Las leyes naturales, o leyes propiamente hablando, están caracterizadas no solamente por la inmutabilidad, sino por la **universalidad**; puesto que abrazan no solamente lo animado, sino lo inanimado, tanto en este mundo como en cualquier otro de los del sistema solar; y no sólo del sistema solar sino de los otros sistemas, planetarios y, para mejor decir, de todo el Universo.

En cuanto a la ley científica que Pearson define: "La que se mantiene para todos los humanos normales, en tanto que sus facultades perceptibles y razonadoras permanezcan sin modificación material", tiene, según la definición, mejor los caracteres de **mandato**, que los de **ley**; puesto que presupone la existencia previa de una inteligencia, con sus facultades de percepción y raciocinio, y encierra en sí la idea de creación y de fin, cuando ya no existan inteligencias, o seres dotados de raciocinio y percepción.

La relatividad, que es lo que caracteriza al mandato, está excluida del concepto de ley. Sin embargo, hay quienes pretenden encontrar relatividades en la ley, como vemos en la citada definición de Pearson; pero ello no es exacto ya que si contemplamos con más detenimiento la cuestión, notaremos que la relatividad se halla en los métodos seguidos por el hombre para descubrir la ley, y no en la ley misma. Si la ley científica no existe sin las concepciones mentales, como asegura Pearson, negaremos a concluir que la ley científica es algo distinto de las leyes físicas, y confundiremos un simple hecho de percepción cerebral, con un fenómeno de existencia real, **sin creación**. Efectivamente, no se puede aceptar que las leyes físicas, coetáneas con la materia, sean creadas o un mero producto de la inteligencia humana. Descubrir las, formularlas, con mayor o menor exactitud, no es crearlas; puesto que la creación implica la no existencia del fenómeno, y de las leyes a que está sujeto. Y Pearson asegura erróneamente la creación de lo que él llama ley científica, al reformar los conceptos de Austin, en el sentido de que tanto la ley jurídica, como la científica, son fruto de la inteligencia humana.

Que el mandato jurídico sea obra de la inteligencia humana, no cabe duda; ya que, como dijimos en otra parte, requiere una inteligencia que lo plasme y una inteligencia que lo cumpla; y el mismo Pearson hace palpable lo que aseveramos, cuando dice: "La ley civil, implica un mandato y un deber; la ley científica, una descripción, no una prescripción".

El hábito creó la ley, dicen los filósofos. No hay duda acerca de esto; pero sólo en lo que se refiere a la ley jurídica o mo-

ral, y ello mismo no en sus fundamentos, como veremos oportunamente; pero, decir que el hábito haya creado las leyes naturales, es un absurdo; porque las leyes naturales son increadas, sin que su no interrumpida repetición quiera decir que tengan su génesis en el hábito, pues no están sujetas a variabilidad como las leyes que se desprenden de las costumbres del hombre y de los animales.

Que la ley formada por el hábito, se acerca más a las leyes naturales, es cierto y verdadero; y mayormente, desde que lleva, como aquellas, un sello de inconsciencia, motivo que tuvieron en cuenta los juristas romanos, al tomar como base de las leyes políticas y morales, el *lex naturæ* colateral, considerándolas oriundas de costumbres que desde hace muchos siglos antes de Roma, venían sucediéndose de familia a familia, de tribu a tribu y de pueblo a pueblo. Estas costumbres habían brotado del seno de los fenómenos biológicos de la lucha por la existencia y de los deseos genésicos; y constituyen algo así como el embrión del derecho o de los códigos romanos, pues existían ya hasta en los pueblos más primitivos.

Si hemos tomado aquí como ejemplo el derecho romano, es porque, a no dudarlo, ha llegado a su más alto grado, en cuanto a la codificación de hechos y costumbres, observados ya, y con alguna exactitud, en muchos lugares de Oriente; tanto que esas costumbres, cimiento de la legislación, fueron trasplantadas por Grecia y Roma de los pueblos primitivos. Claramente prueban lo aseverado los documentos encontrados en Caldea, Egipto, Asiria y Persia; los que existían ya hacen miles de años. Sin ir tan lejos, se registra el código de Hamurabi, 2100 años antes de nuestra era, y el código de Egipto en doce volúmenes. Y acercándonos a nuestro evo, veremos que, dos siglos antes que Roma, Esparta contaba ya con la constitución de Licurgo.

La costumbre engendró el derecho; y a esto mismo se refiere Declareuil, cuando dice: "**La costumbre y la ley son modos normales de formación del derecho que se encuentran en todos los pueblos**". Y es mayor la exactitud de este postulado, si recordamos los preceptos que regían a la familia, originados en las tenebrosidades del pasado, y que engendraron, o por lo menos inspiraron, las doce tablas, como dejamos dicho.

No es nuestro propósito hacer un estudio sobre la historia del derecho, sino simplemente probar el origen natural de las leyes jurídicas, oriundas de la familia primitiva, y basadas en leyes biológicas, manifestaciones o derivaciones de las leyes físicas.

Y por esto nos hemos referido a lo que los romanos llamaron **ley natural**, al condensar y codificar el derecho como síntesis de las costumbres y el derecho consuetudinario de los pueblos de más remota antigüedad.

Menos hemos de confundir el dogma con la ley; ni hemos de ir a buscar definiciones entre los teólogos, los que no han hecho

sino aumentar la confusión: para ejemplo, basta citar a tan reputado teólogo del siglo XVI, como Richard Hooker, quien, después de confundir groseramente la ley moral y la ley natural, define la ley en general, así: "Lo que asigna a cada cosa su género, lo que modera la fuerza y el poder, lo que determina la forma y medida del obrar, esto es lo que llamamos ley". Mayor todavía el error de Hooker al creer que la naturaleza está guiada por la ley, y que esta ley es el producto de una razón extrínseca a la naturaleza; pues, si la materia es eterna y las leyes coetáneas de la materia, ¿cuál puede ser la razón extrínseca a ella que las hizo?

Al decir que las leyes son coetáneas de la materia, nos referimos no sólo a las que rigen la materia misma, sino también a las que rigen el movimiento o energía. No se puede aceptar lo uno sin lo otro; es decir, la materia en estado de quietud perfecta. Sabemos, en la actualidad, que todo se mueve, aun los cuerpos más duros en apariencia. Negar el movimiento, es aceptar la disgregación de las moléculas y hasta de los átomos; pues no podríamos explicar, sino aceptamos los átomos cargados de energía, es decir, en movimiento, las modalidades de su unión para constituir las moléculas, condicionadas dentro de la gran ley fundamental: "nada se crea ni nada se destruye, todo se transforma" y su consecuencia inmediata, la ley de las proporciones constantes y definidas. Todos estos conceptos son aplicables, no solamente al estado intramolecular, sino aun al intraatómico, donde se repiten sin interrupción las leyes antedichas.

Sabemos por los últimos descubrimientos, que aun los átomos están constituidos por cargas positivas y por cargas negativas, llamadas **quanta**, sujetas a las leyes de las proporciones constantes y definidas, para formar los distintos cuerpos en la naturaleza. Estos sistemas se han comparado a los sistemas planetarios: atracción central para con los satélites y recarga de los sistemas para con los otros sistemas, en relación con las fuerzas de atracción y repulsión, base del equilibrio universal, y por lo tanto sujetas a las mismas leyes eternas e inmutables, sin engendrar nada nuevo, sin modificación ni revocatoria.

El surgimiento del mundo orgánico y aun del biológico; el engendramiento de la vida, como consecuencia fatal de las mismas leyes de la naturaleza, sólo prueba la inmutabilidad de ellas, y no la formación de ninguna otra ley, que pudiera llamarse coetánea de lo orgánico o de lo biológico; pues vemos repetirse, dentro de estos trazos de la materia, las leyes de las combinaciones, de las transformaciones, de la termodinámica, de la termoquímica, de la electroquímica, etc., las que regían la materia inanimada, y enseñan al hombre que lo único y eternamente nuevo, es su ignorancia y suficiencia, al pensar que crea lo que sólo descubre. De manera que las leyes naturales,

fundadas en el movimiento o energía, son las mismas bajo cualquier concepto que se estudie la naturaleza; y no están sujetas a revocatorias ni a reformas, haya o no inteligencias que las observen, ni hombres que las reduzcan a fórmulas. Estas leyes rigen ya el universo antes de la existencia humana; y los fenómenos eran los mismos, como lo serán después, cuando el mundo se halle despoblado y frío.

El hombre, lo único que ha hecho es buscar los medios de aprovechar y transformar las energías; mas no puede reformarlas, y menos sujetarlas a leyes. Cuando descubrió el transformador, e inventó las pilas, no hizo sino hallar la forma o medio de imitar lo que hacía la naturaleza, como cuando el sol engendra el torrente y éste la fuerza mecánica, susceptible de transformarse en fuerza eléctrica; o imitar a las nubes que con el choque producen la chispa eléctrica. Pero nada crea; hace lo que hará más tarde, al descubrir el transformador que cambie las energías química, calórica y eléctrica en energía vital, es decir, cuando logre impulsar al movimiento continuo el albuminoide inerte que hoy prepara en el laboratorio.

Aun sociológicamente hablando, nada ha creado el hombre, ya que una ola fatal arrastra a la humanidad a realizar hechos, que aparentemente llevan el sello de la conciencia. No; en el hombre, el amor y la lucha por la existencia le obligan a reunirse en grupos; así como el miedo engendró el apoyo mutuo y la compasión; fenómenos que, repetidos durante muchos siglos, llegaron a constituir una regla: la **ley moral**.

Cuando el hombre vagaba solitario en la inmensidad de los bosques, el instinto genésico le obligó a buscar a la hembra, la que debía convertirse en madre, y esta madre reunir a sus hijos, modelando la familia. Y la madre, como la hembra de las bestias, llevaba consigo a los pequeñuelos, en busca de los frutos que habían de mitigar el hambre. La escasez obligó a la madre humana a emigrar a donde habían llegado ya otras; y el frío le obligó a cubrirse. El tiempo avanzó; y la madre fatigada llamó en auxilio al hijo mayor, quien asumió la dirección del trabajo, constituyendo la tribu bajo el matriarcado. La necesidad estableció reglas; la emigración se transformó en conquista; la necesidad de evitar la intemperie con el vestido y cubrir los órganos que antes se mostraban inconscientemente, hizo nacer el pudor, y surgió la moral, la que más tarde, al establecer el desvío sexual, engendró la castidad. Al miedo sucedió la ambición; y el protectorado creó el imperio. Se usurpó el derecho, y nació el patriarcado. La lucha trajo la derrota; la derrota los vencidos, y éstos la esclavitud. Hubo hombres que, en su delirio brutal, se creyeron por encima de los otros hombres y los sujetaron a su yugo, llegando en su pretensión a dictar leyes tiránicas que asegurasen su dominación. Ultrajada así la raza humana, se entronizó el des-

potismo, el que permaneció en manos de audaces aventureros que no pararon hasta fingirse hijos de los dioses como para legitimar la tiranía.

Se cree que el hacer bien a los hombres ha sido y es una ley moral grabada en la humanidad y que no ha sufrido cambio; sin embargo, Bagehot, uno de los más altos pensadores modernos, dice en el capítulo **Edad de la discusión**: "Desearía que el arte de hacer bien a los hombres hubiera hecho tantos progresos como el de destruirlos".

Ahora bien, todos estos preceptos dimanar de la evolución social; y así se desprende de la definición de ley dada por Squilace: "La ciencia del orden y del progreso, aplicada a la sociedad"; y, por lo mismo, esas leyes y preceptos sociales están sujetos a variabilidad, y aun a desaparecimiento, cuando desaparezcan las sociedades.

Si, como es lógico, aceptamos que todo fenómeno sociológico fundamental está regido por las leyes de la naturaleza, ninguna dificultad hay en aceptar las leyes fundamentales de sociología como verdaderas leyes; es decir, revestidas del carácter de inmutabilidad. Y lo que decimos de las leyes sociológicas es aplicable a las leyes morales y políticas; ya que las unas son consecuencia de las otras, en un sistema de concatenación perfecta, que se encamina a la perfectibilidad del hombre. He aquí la base de las teorías sociológicas, formuladas por Spencer, quien considera a la humanidad como una parte integrante del universo, y sujeta a las mismas leyes naturales, hasta el punto de creer que es imposible separar la moral de la cosmología. Acepta el filósofo británico el desenvolvimiento y perfección de la raza humana en la misma medida y proporción que en el conjunto universal de seres. Con esto, Spencer completa la teoría lamarckiana y la de Darwin, y marca el paralelismo evolutivo entre lo moral y lo físico, sujetándolos a las mismas leyes eternas e invariables del universo y nos muestra a la humanidad desarrollándose en cada etapa de su marcha, para llegar a las generaciones venideras los progresos adquiridos. Teoría del utilitarismo racional la ha llamado el mismo Spencer, basándose en el determinismo.

Owén es otro sociólogo que cree en la perfectibilidad del hombre, pero considera a la humanidad como un todo independiente del universo; y afirma que el principio que enseña que todo lo que es **deseable es útil** y todo lo que es útil es **necesario**, no se refiere sólo a nuestra especie, sino también a la ley evolutiva universal.

Más minucioso es todavía Spencer, cuando dice: "El modo de obrar de un cuerpo inanimado depende a la vez de los elementos que lo constituyen y de las fuerzas que obran sobre él. Lo

mismo acontece a las sociedades". Hace depender los progresos sociales aun de las variaciones del medio, como cuando asegura que el avance y durabilidad de las civilizaciones depende de la diversidad de la naturaleza climatológica de los pueblos.

En esta parte hallamos conformidad entre sociólogos y filósofos, como Kurey, Worm, Tarde, Espinas, Comte, Le Play y otros, pues basta escuchar al primero, a Kurey, que dice: "Las leyes que rigen todos los fenómenos del mundo, son de un sólo género: leyes físicas"; y luego compara al hombre con la "molécula social".

Casi en igual sentido se expresa Winiarski, al considerar al agregado social como un sistema de puntos en continuo movimiento, sujetos a las fuerzas de atracción y de repulsión; es decir, con lo que en biología llamamos labilidad, que no es otra cosa sino la oscilación o el movimiento indefinido del núcleo aldehydico, base de la vida. Y si la vida o el movimiento continuo es la base de la sociología, de hecho resulta ésta sujeta a las leyes naturales: leyes del movimiento bases del sistema planetario, molecular, atómico etc.: inmutables y eternas.

Por lo tanto, las leyes sociológicas, consideradas como inmutables, caen dentro de los sistemas de Lavoissier y Mayer; pues, como observa Squilace, todas las manifestaciones: intelectuales, económicas, políticas, civiles, morales, religiosas, etc., derivanse de las bases fisiológicas de la vida [hambre y amor]; aun cuando antes que Squilace lo observaron, al estudiar la biología, Mayer Bernard y Hermoltz, cuando llegaron a demostrar, con gran escándalo de los retrógrados de su época, que la biología surge de la energía química almacenada en los alimentos, la que llega en los organismos a transformarse en energía calórica, mecánica, psíquica, etc., con la ley de la termoquímica descubierta por V. Mayer. Y no solamente la teoría biológica de los alimentos, sino aun la teoría solar y la de la circulación de la materia, formulada por Moleschol, completan el ciclo sociológico.

Al derivar el estado sociológico del biológico, encontramos en el anterior, como en el biológico, aun refiriéndonos al dinamismo, los dos estados: el potencial y el activo; uno que produce y otro que consume.

CONCLUSIONES: De lo expuesto podemos sacar en conclusión: que la materia y la energía producen los fenómenos conocidos con el nombre de leyes físicas; que no puede existir la materia sin la energía, ni condicionarse éstas sin que sobrevenga la realización fatal de los fenómenos; que la energía es coetánea de la materia y las leyes físicas, coetáneas de la materia y de la energía; que la materia es la causa primera y que las leyes y los fenómenos son como la materia, eternos e inmutables; que si la biología se desprende de la energía calórica, química y eléctrica,

contenidas en los alimentos, está la biología sujeta a las mismas leyes que la energía; que si de la biología surge la sociología y de ésta la moral, lo jurídico y lo político, todas estas manifestaciones biológicas están sujetas a las leyes físicas y, por lo tanto, tienen sus leyes fundamentales el verdadero carácter de ley: por lo mismo son inmutables y eternas, sin estar sujetas a cambio ni a revocatoria.

L. DAVILA CORDOBA.

Dedicatoria

A los Sres. Dres. JULIO MATOVELLE, HONORATO VAZQUEZ y REMIGIO CRESPO TORAL.

Hace más de cincuenta años, que las relaciones de amistad y afecto, cultivadas en la Escuela, Colegio y Universidad con ustedes, han ido estrechándose diariamente, sin que la ausencia, unas veces, y las ocupaciones ótras, hubiesen podido interrumpirlas.

Hoy, al atardecer de la vida, quiero dejaros una constancia de mi cordial afecto, dedicándoos este postrer trabajo de investigación histórica.

EZEQUIEL MÁRQUEZ

BOLIVAR, SIMON - CRITICA

AMERICA LATINA - HISTORIA: INDEPENDENCIA

HISTORIA LATINOAMERICANA - INDEP.

INDEPENDENCIA LATINOAMERICANA

El culto a los Genios

No siempre son los vínculos de la sangre los que determinan el afecto a una persona, ni menos la continua familiaridad. Hay inclinaciones naturales en el corazón del hombre.

Napoleón, el conquistador de naciones, el que amedrentó a la vieja Europa y fue una amenaza mundial, tuvo fieles servidores, hasta el sacrificio, que han ejemplarizado a los hombres. Nerón, el cruel Nerón, ante quien el mismo crimen huía de él, tuvo también sus servidores; Washington, el fundador del verdadero federalismo, el rival de Inglaterra, en medio de sus contrariedades, tuvo también servidores, que amenizaban sus penas y hacían llevaderas sus inquietudes. Francisco de Miranda, el infortunado Miranda, tuvo a Pedro José Morán, su fiel servidor, que en la prisión de la Carrera, le acompañó hasta sus últimos momentos y dejarle en la tumba. Bolívar, el gran Bolívar, el fundador de Naciones, el que guerreó contra España, palmo a palmo, hasta ver a su patria libre e independiente, tuvo también sus servidores, hasta los últimos momentos en la desierta playa de San Pedro Alejandrino. Necesario es tener presente que la vida pública de Bolívar fué agitada y angustiosa, y no exenta de rabias y mortificaciones, que solo un buen servidor podía tolerarlas.

La gratitud es una virtud que engrandece más al que la rinde que al que la recibe; y si es desinteresada, noble y oportuna, la corona de la gloria ciñe la frente de ambos.

Vamos a escribir, no una leyenda, que no deje un recuerdo a la posteridad para su mejor educación en la vida social, no vamos con la historia en la mano y con vista de algunos documentos inéditos de la guerra de la independencia, a presentar los generosos servicios de varias personas a los próceres de nuestra emancipación política. Nuestras investigaciones son pequeños granos de arena para el edificio de la historia patria; y para hacer resaltar las glorias de Bolívar, nos creemos obligados a recordar su generosidad para con sus servidores y las aten-

ciones de estos para con él.

El escenario político de la vida de las naciones, es el mismo, los actores son los que se cambian y las decoraciones son más o menos interesantes, según el éxito de ellos. Vamos nosotros a presentar, al transcurso de una centuria, la actuación de algunas personas y del noble proceder de Bolívar para con ellos.

DOÑA FRANCISCA PRIETO

Esta noble matrona, tan generosa como caritativa para con los suyos, fue esposa de un Sr. González—neogranadino—caballero de mucha valía por sus virtudes y servicios a la patria. La República aprovechó de sus talentos, y el Libertador los reconoció en el sentido más amplio de la palabra. A la muerte de este generoso ciudadano, la Sra. Prieto quedó reducida a la mendicidad, y a esto se hade agregar que las enfermedades le obligaron a alejarse de todo trato social. Bolívar se apercibió de la calamitosa situación de la Sra. Prieto, mujer que en la vida de su esposo había atendido con cariño al Gral. Bolívar y a sus jefes. El Padre de la Patria, tuvo la gentileza de recordar todo esto, y cedió parte de su renta a la Sra. Prieto. Este documento trae el historiador Blanco y Aspuruá, que honra al Libertador, a la agraciada y a la Iglesia Católica, que supo enseñar y cimentar en el corazón de Bolívar la gratitud y el amor a la humanidad. Léase:

NOTA DE BOLIVAR A SANTANDER

Cuartel General en Bogotá a 6 de Noviembre de 1821.

Exmo. Sr. Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo.

Exmo. Señor:

La viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de Nueva Granada, se halla reducida a una espantosa miseria, mientras yo gozo de treinta mil pesos de sueldo. Así he venido en ceder a la ciudadana Francisca Prieto mil pesos anuales de lo que a mi me corresponden. En consecuencia, sirvase V. S. ordenar se la satisfaga la mesada correspondiente, descontándome a mí.

Dios Gude. a V. E. muchos años.

BOLIVAR".

Impresionó agradablemente esta orden a los ministros de

Estado, y pretendió Santander reflexionarle sobre esta disposición al Libertador. Todo fue inútil, y el Sr. Castillo, Secretario del Departamento de Hacienda, contestó al Vicepresidente, lo que sigue:—

“Bogotá, a 12 de Noviembre de 1821:

La Secretaría de Hacienda comunicará la orden para que se llenen los deseos de S. E. el Libertador Presidente a quien se contestará. Está rubricada por el Vicepresidente de orden de S. E.—CASTILLO”.

Estos pasos tan nobles como generosos, bien hará la historia en recordarlos en sus páginas para aleccionar a las autoridades con la imitación de tan noble ejemplo.

JOSE BLANCO.

Natural de Bogotá, este excelente servidor de Bolívar, le acompañó por muchos años, y adueñándose de la vida de su amo, compartió de los mismos sentimientos de José Palacios y de José María Antúnes en las circunstancias más aciagas del Libertador. En el año de 1822, vino para Quito y de esta ciudad pasó para Guayaquil. Como deliberaba Bolívar visitar Cuenca y Loja, el 8 de Septiembre, llegó Blanco en la primera ciudad, y después de pocos días que permaneció en ella se trasladó a la hacienda de Chagurchimbana, lugar situado a las orillas del hermoso río de Tarquí y Yanuncay. No faltaron los servicios del asistente Blanco para su amo y estas agitaciones le causaron una grave enfermedad, que le imposibilitó marchar a Loja el día 4 de Octubre. El Libertador se apercibió de la falta de salud de su asistente, y al momento dispuso a su Secretario el Gral. José Gabriel Pérez, participarle al Gobernador Coronel Tomás de Heres, para que le atendiera con el esmero posible.

El historiador Daniel Florencio O' Leary que llevaba el diario de operaciones, no indica en las ocurrencias del día este incidente, y nosotros lo llenaremos. Dice:—

“Octubre. Día 3.

Movimientos, Ninguno.

Ocurrencias.—El Edecán del Libertador, Felipe Alvarez, se prepara a marchar el día de mañana para Guayaquil.

S. E. el Libertador con S. E. M. parte el día de mañana para Loja a visitar aquella Provincia.

Instrucción.—La misma.

Subsistencia.—La ordinaria”.

La falta del Coronel O' Leary, consiste en no haber anotado la enfermedad de Blanco. He aquí el oficio que comprue-

ha nuestro aserto y que redunda en honra de Bolívar.

"Cuartel General de Cuenca.

Octubre.3 de 1822.—12—

Al Sr. Gbor. de Cuenca.

Quedando enfermo en esta el asistente de S. E. el Libertador, JOSE BLANCO, lo recomiendo a U. S. muy particularmente de orden de S. E. para que sea asistido en casa de U. S. con el mayor esmero, sin excusar gasto alguno que sea necesario para asistencia, medicamentos y demás; pues, todo lo que se expenda en su curación será satisfecho por S. E.—Dios Gude. a U. S.—J. G. Pérez".

El Físico Dn. José Jerves, fue el médico que asistió a Blanco, en casa de habitación del Gbor. Heres, actual Cuartel en la Plaza Calderón; y restablecido de su enfermedad, partió para Quito en compañía de Bolívar el 30 de Octubre.

MANCEBO DE MIYARES.

La Sra. de Miyares, fue una mujer cristiana, y sus virtudes la hicieron acreedora a tener por esposo a un honrado militar Sr. Fernando Miyares. Para los años de 1827, la Sra. de Miyares se hallaba viuda; y esta buena venezolana, había amamantado al niño Simón Bolívar.

Muchas necesidades le aquejaba a la Miyares, y resolvió comparecer ante él para que le protegiera en la necesidad que le acompañaba. Insinuó al asistente avisarle al Libertador y no tardó en hacerle entrar ¡Qué sorpresa! Ver a la Sra. de Miyares y abrazarla. Se impuso de todo, y al momento pasó la siguiente carta:

"Caracas, a 28 de Junio de 1827

Al Sr. Coronel José F. Blanco

Mi querido Coronel y amigo:

Con el mayor interés me empeño en Ud. se tome la pena de oír en justicia a mi antigua y digna amiga la Sra. Mancebo de Miyares que en mis primeros días me dio de mamar, ¿qué más recomendación para quien sabe amar y agradecer?

Soy de Ud. el mejor amigo".

BOLIVAR.

¡Qué tierna elocuencia en tan pocas palabras! Bolívar

a la sazón ejercía las facultades y extraordinarias, y bien podía en uso de ellas dispensar el favor que pedía su antigua amiga; pero por respeto a la ley, se limitó a recomendarle a su amigo el Presbítero Crel. Blanco; insinuación que fue inmediatamente atendida, porque ésta, al nacer de la amistad tiene fuerza de mandato.

JOSE MARIA ANTUNES.

He aquí otro de los servidores fieles de Bolívar, que desafiaba a la muerte con tal de salvar la vida de su amo. Ejemplos trae la historia, sobre esta clase de sacrificios. Morir para que otro viva, es una virtud poco común entre los hombres.

José María Antúnes, fue amigo inseparable de los asistentes del Libertador, recomendados por la historia, José Blanco y José Palacios. Estos tres sirvientes de Bolívar fueron los mejores custodios del Padre de la Patria, quienes sirviendo al Libertador, servían a Colombia, sacrificándose por él se sacrificaban por la gran República.

Antúnes por los años de 1821, se incorporó en calidad de soldado en el "Batallón Brillante", cuyo nombre significaba, que la flor y nata de Venezuela se agrupaba al mando del Coronel José María Delgado para formar la Guardia de Honor del Libertador. Desde esta fecha nacen los servicios desinteresados de Antúnes en calidad de Asistente.

En el año de 1822, vino con Bolívar para Quito, luego a Guayaquil y de allí para Cuenca. Los tres asistentes ya indicados se dejaron querer en esta ciudad, y la sagacidad y honradez que les caracterizaba, fueron las notas más sobresalientes para gozar de popularidad en el Azuay.

Los historiadores de mayor significación de Colombia, al ocuparse del crimen de Septiembre de 1828, que amenazaba no sólo la vida de Bolívar, sino de la misma República, recuerdan de Antúnes; y a este respecto, dice Restrepo:—"Ya iban a forzar la alcoba, donde Bolívar reposaba, el que puesto de pie quería oponérseles; mas siendo esto imposible, salta por una ventana baja frente al teatro, la que felizmente carecía de reja, no halla quien le persiga, y cruzando sobre la derecha, hacia el convento del Carmen, logra ocultarse en los hondos barrancos que forman el arroyo de San Agustín. Por fortuna su criado fiel, JOSÉ MARÍA, que estaba en la calle, le sigue, se hace reconocer y le acompaña en aquella situación".

Por estos datos, ya puede apreciarse cuál sería la misión de Antúnes para con su amo. Los conjurados creían que Bolívar cayó bajo el puñal de los asesinos a los gritos de "¡muera el tirano!".

No era el Libertador el hombre que huía de la muerte ni

evitaba un sacrificio cuando se trataba de su honor y dignidad. De la muerte no huía, sino que cediendo a las insinuantes súplicas de la persona que le acompañaba, evitaba el crimen, salvaba a Colombia y no permitía que sus hijos escandalizaran a la América manchando con sangre el suelo que libertó. El historiador Sr. Posada al recordar este aciago crimen, escribe:

“El Libertador, que al arrojarse por la ventana dejó caer su espada, tomó la dirección del Monasterio de las religiosas carmelitas oyendo tiros por todos lados, y al grito de” ¡murió el tirano!” En tan imponderable agonía tuvo un auxilio providencial; Un criado joven de su confianza se retiraba tarde al palacio; y, oyendo el fuego y los gritos, corría resuelto donde su deber le llamaba; y viendo un hombre que a paso acelerado caminaba en la dirección que he indicado, lo siguió y conociéndole le llamó nombrándose. Bolívar con esta compañía consoladora procuraba llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del riachuelo llamado San Agustín que toca con el Cuartel Vargas, a fin de incorporarse a los que por él combatían; pero, al llegar al puente, el criado le hizo observar que, aunque los tiros se oían en diferentes direcciones, el fuego era más activo en la plazuela del convento por donde debía pasar.”

Sólo el amor de un buen sirviente pudo afrontar tal situación, comprobando así que la gratitud es una virtud que reposa siempre en corazones generosos, educados en el temor de Dios.

El 17 de Diciembre de 1830, Antunes y José Palacios, vieron al tiempo cerrar las puertas para que Bolívar viviera en la inmortalidad de la gloria y libre ya de sus calumniadores, separado para siempre de sus gratuitos enemigos, de quienes se despedía perdonándoles en las solitarias playas de San Pedro Alejandrino.

José María Antunes a los 38 años de la muerte de Bolívar, cerró también sus ojos en Caracas, el 1º de Abril de 1868, en casa del ilustrado historiador Sr. Ramón Aspúrua, quien, viéndole en la desgracia y abandonado de sus camaradas, le recogió para que soportara las penalidades de la vida y bajara tranquilo al sepulcro.

JOSE PALACIOS

Cuando la gratitud reina en el espíritu de las naciones, la justicia es la luz que guía en la obscuridad de los tiempos, para que los genios vivan en la inmortalidad; y cuando la ingratitud se adueña del corazón humano, la ley y la justicia se corrompen y los pueblos descienden a la ruina. Esto precisamente acontecía con el Libertador: hombres y pueblos le rindieron home-

naje, para luego prodigarle calumnias. Vamos a ocuparnos del mejor de los sirvientes de Bolívar, de José Palacios.

No es una mera curiosidad de la cual pasamos a ocuparnos, ni menos pretender que nuestras pequeñas investigaciones, la hablar de ciertas personas, lleguen a tener importancia, cuando ya la historia se ha ocupado de ellas. Nuestro objeto es enaltecer el mérito de los hombres y de todo lo que hace relación con la actuación de Bolívar, porque en ella está encarnada la vida misma de Colombia.

Dicen algunos escritores que José Palacios se presentó ante Bolívar, atraído por su fama, por el prestigio de que gozaba a los albores de la guerra de la independencia y por su magnanimidad; y otros agregan, que era natural de Caracas; y como tal, fue antiguo servidor de la familia Bolívar.

Desde el mes de Junio del año 22, era ya Palacios conocido en Quito, y por el esmerado cuidado que tenía por Bolívar, se dió a conocer del Coronel Dn. Andrés de Santa Cruz y por todo el ejército peruano, y por otros muchos militares de elevada categoría. Estaba al corriente de lo que pasaba en asuntos relacionados con la guerra de la independencia, y su secreto era proverbial. Palacios no era un hombre vulgar, ni un diplomático que podía hacer coro con los amigos de Bolívar. Oía las conferencias del Libertador con sus tenientes, y a su silenciosa reserva se hallaban depositadas las palabras del Libertador, cuando en sus impacencias hablaba de la conducta de algunos militares.

Antes de hablar sobre la actuación principal de Palacios, vamos a referir un especial incidente ocurrido con el sacerdote católico el Coronel de Ejército Don José Félix Blanco, quien sin alterar sus obligaciones religiosas servía muy bien a Dios y a la Patria. En la Villa del Rosario de Cúcuta, debía reunirse el Congreso, como en efecto se reunió; y para esta legislatura concurrió el Diputado Coronel Presbítero José Félix Blanco. Como era natural, así como llegó en la Villa debió visitar primero a Bolívar, y no habiéndole hallado en la casa, se contrajo a conversar con el conocido mayordomo Don José de Palacios. El buen sirviente estaba ocupado en remendar la favorita hamaca de Bolívar, tan despedazada, que los hilvanes lo hacían más peligrosa. Es lo cierto, que Palacios le preguntó al Coronel Blanco. "Si traía una hamaca que facilitara al Libertador; pues la que tenía S. E. (enseñándole) se hallaba en mal estado, casi sin poderse ya usar, y la mostró. Lleno de satisfacción dijo el Diputado Blanco:—"Tengo una que la traje, la cual hice tejer para él en las Misiones, aunque sin pensar que la necesitase tanto como ahora veo".

Bolívar, resolvió visitar el sur de Colombia, como en efecto lo realizó, y después de arribar a Guayaquil y atender al or-

den administrativo vino para Cuenca, el 8 de Septiembre de 1822. Los dos mejores asistentes José Palacios y José Blanco fueron los primeros en llegar en casa de Pedro León (BALSAIN) distante pocos kilómetros de la ciudad, y hoy propiedad de los herederos del Sr. Doctor Luis Cordero.

El Ayuntamiento de Cuenca, tenía preparado todo y en abundancia para recibirle a Bolívar y a su comitiva. Pasados los primeros días de los festejos públicos en la ciudad por cuenta del Municipio, cuyo encargado era el ciudadano Dn. Hilario Neira y Quevedo; resolvió el Libertador trasladarse a la Quinta de Chaguarchimbana. Como era natural, Neira entregó a José Palacios todo lo necesario para la asistencia del ilustre visitante. Aquí precisamente resalta la honradez del asistente de Bolívar, pues para su descargo llevaba en apunte todo cuanto se le había entregado, de acuerdo con Blanco.

Llegó el momento de abandonar Chaguarchimbana para visitar Loja, y era necesario entregar también a Neira todo cuanto recibió de él.

La honradez de los hombres de aquella época era proverbial y la rendición de cuentas se imponía; y en este sentido, Neira presentó su cuenta documentada. El Procurador Municipal fue Dn. Pablo Espinosa, quien al revisar la cuenta la objetó, con tal minuciosidad que rayaba en pequeñeces, como es una media libra de canela de castilla en polvo.

Es lo cierto que del expediente formado al efecto en fojas 18 constan muchos particulares que enaltecen la vida de aquellos tiempos y que ya tendremos ocasión de publicarlos. Para nuestro estudio, bástenos, por ahora, presentar el recibo de entrega de José Palacios, a que se aprecie su honradez.

"IDEM 3ª El documento N.º. 70 dado por JOSÉ PALACIOS, expresa haber quedado las existencias de 117 gallinas; 72 pollos; 13 pavos; 1 puerco; 8 carneros; 2 vacas; 9 cabritos; leña y carbón en porción, y los dulces del refresco, de que se desentiende dar cuenta de su inversión a que se le debe obligar; como igualmente la media libra de canela de castilla molida que expresa su cuenta con la existencia de los moldes de lata".

Por esta curiosa apuntación, se puede conocer la acrisolada honradez de Palacios, que bien podía vender, regalar o gastar todo en beneficio de sus camaradas; pero no lo hizo así, y tuvo la precaución de participarle a Bolívar para emprender su marcha para Loja.

Razón tuvo el Libertador para depositar en su asistente su ilimitada confianza y tenerle a su lado hasta los últimos días de su vida, en las soledades de S. Pedro Alejandrino.

Palacios no era un sirviente que prestaba sus servicios por la paga, interés pecuniario de insignificancia para él: ello obe-

decía a ese cariño sin límites que conquistan los genios entre los hombres con quienes tratan.

José Palacios, llegó a Loja, y en esta ciudad de Mercadillo su procedimiento fue tan noble y generoso como en Cuenca. El Gobernador de esta ciudad, sabedor de que el Libertador debía visitar a Loja, de acuerdo con el Ayuntamiento y el vecindario preparó lo necesario para la recepción de Bolívar. Todo fue suntuoso y el ilustre visitante quedó agradecido de los obsequios que se le hicieron. El asistente Palacios, como siempre, cumplió con sus deberes entregando los sobrantes de las cosas que recibió para atenderle a su amo y comitiva. Consta en el expediente de cuentas, lo siguiente:—"Lo existente en especies sobrantes, según un inventario, importa 302 pesos 6 reales y cuarto". Quien así procede, se hace acreedor al recuerdo de la posteridad y a tener un puesto de honor en la sociedad. Con razón Bolívar le tuvo a su lado a que cuide sus intereses.

En el Perú prestó Palacios mejores servicios a Bolívar, en donde la opulencia se ostentaba con todo lujo y los homenajes de sus hijos se rendían a porfía. Su nombre ha quedado en la ciudad de los Reyes para las jocosas reminiscencias de Dn. Ricardo Palma.

Para concluir sobre los servicios prestados por José Palacios al Libertador, a su regreso del Perú a Colombia, estos eran de mayor significación por la experiencia que había adquirido por el nuevo trato con los hombres. Palacios desde los años de 1827 a 1830 llegó a conocer las agitaciones, angustias y contrariedades que tenía Bolívar en su administración, los enemigos con los que contaba y el modo como pretendían sus émulos acabar con sus días. Puntos de continuo pensar eran para el Libertador la sublevación de la 3.^a División Colombiana en Lima; las revoluciones en Venezuela y en Nueva Granada; los disturbios de la Convención de Ocaña; el crimen del 25 de Setiembre; y la guerra con el Perú, hechos que le colocaron en condiciones tales, de aceptar la muerte en cualquier forma. Moralmente él se hallaba muerto por Santander, Vargas Tejada y comparsa; y lo peor de todo, arrojado de su propia patria ¡Qué lucha la de Bolívar, consigo mismo y con los ingratos a quienes glorificó!

En la soledad y silencio de las noches, en ese tempestuoso oleaje de las pasiones políticas levantadas en contra de él ¿con quién debía hablar, cuál el hombre de su confianza?....

La mano de Dios, siempre grande y misericordiosa, como un destello de luz, le consolaba y sus energías fortalecidas le daban valor. Aquí las conversaciones con su fiel asistente Palacios; aquí, en en San Pedro Alejandrino el Ilmo. Esteves y el Cura de Mamatoco le reconciliaron con el Señor Dios de los Ejércitos para ausentarse de los pocos Generales que le acompañaban.

En esos aciagos tiempos, el asistente de Bolívar, que nunca se separó de su amo, fue el mejor amigo para él: todo lo sabía y de sus labios jamás se oyó nota que pudiera dar a comprender ningún sentimiento en contra de sus tenientes.

Después de la batalla de Tarqui, Bolívar se trasladó de Quito a Guayaquil para dejar terminados los asuntos Perú—Colombiano. En esta ciudad se demoró algún tiempo para arreglos administrativos y se agravó su enfermedad,—tisis pulmonar.—La asistencia de Palacios fue esmeradísima y por disposición del mismo Libertador, el General Tomás Cipriano Mosquera llamó al Dr. Godins que se hallaba en Cuenca, y al llegar éste en el Puerto dispuso que se lo trasladara a Santay, frente a Guayaquil, y luego a otros lugares, cuyos climas eran más propicios.

Para Noviembre de 1830, Palacios notaba que la enfermedad de su amo tomaba creces, y de allí el empeño de él en que los médicos indicaran la variación de clima. Se acordó saliese a la población de Santa Marta por prescripción médica y por resolución de los amigos íntimos de Bolívar.

El miércoles 1º de Diciembre por la noche, desembarcó en dicha población; y los honores dispensados para recibir al ilustre enfermo, si no suntuosos, eran el silencio de la muerte para la mejor tranquilidad de Bolívar.

En los 17 días de penosa enfermedad que tuvo en San Pedro Alejandrino, cuyo diario llevaba el médico de cabeza Dr. Alejandro Próspero Révérend interesantísimo por sus detalles, se da a conocer la esmerada asistencia prestada por los sirvientes y por el mismo médico. En esos últimos días, las atenciones de Palacios le hicieron más acreedor al afecto de Bolívar a una recompensa pecuniaria por una disposición de su testamento.

El enfermo tenía confusión de ideas. Desde luego, los delirios del paciente rodaban sobre los hechos más sobresalientes de su vida y de las penalidades que le habían causado sus enemigos.

Desde el día 11 de Diciembre, Bolívar tenía algunas ideas confusas, y su delirio rodaba siempre sobre los hechos más negros cometidos contra él. El día 12, dice, Révérend, estuvo más despejado su entendimiento que el día anterior; y en este día precisamente otorgó su testamento ante el escribano José Catalino Noguera.

El día 13 el Libertador tenía más agitación, y el delirio se presentó con caracteres más alarmantes; y fué entonces cuando se oyeron expresiones nada favorables para sus conciudadanos. En este día, las ideas de Bolívar eran entrecortadas y algo confusas; pero en el fondo contenían la verdad de los hechos por estar relacionados con varios acontecimientos anteriores. Por regla general, cuando el hombre se acerca a su tumba, reconcen-

tra todo su espíritu en el más allá del tiempo, para luego despedirse de él: ve, conoce y aun discurre; y entre esta confusión de ideas, hay algunas que se ligan tan íntimamente entre sí, que al ser expresadas por el paciente se conoce que dice la verdad. Esto precisamente aconteció con el Libertador al llamarle a su fiel sirviente para salir de Colombia. ¡José, José, vámonos que de aquí nos echan!...

La ingratitud de algunos colombianos llegó al colmo de su necesidad y desprecio para con el Padre de la patria; y lo más sensible, por resolución de algunos diputados al Congreso, debía salir Bolívar camino del destierro. ¡Qué desgracia, la ingratitud en forma de ley, y ésta para el que hizo Patria, dió Libertad e Independencia!...

Reverend, no era un médico vulgar, fué hombre de ciencia, ilustrado y patriota, y sus servicios prestados al Libertador le hicieron acreedor al aprecio de los americanos, y al presente se le recuerda con gratitud. Dice el médico, que en una de las noches de delirio se le escaparon al enfermo estas entrecortadas palabras:—“¡Vámonos! ¡Vámonos....esta gente no nos quiere en esta tierra.....! ¡Vámonos, muchachos!....lleven mi equipaje a bordo de la fragata”.....

Esta sentimental confusión de ideas en boca del delirante, se hallaba ligada con la verdad de los hechos; y por consiguiente contenía en pocas palabras su resolución de abandonar una tierra no indigna de su gloria. ¿No decretó el Congreso el destierro de Bolívar?...¡Ingratitud ruin!; y lo que no se pudo con esta providencia, púdolo el puñal de los demagogos el 25 de Septiembre.....

Aquí resaltan más en claro los servicios del fiel José Palacios. Sobre este incidente especial del delirio de Bolívar, en sus últimos días y el frecuente llamarle a su mayordomo, oigámosle al ilustrado escritor boliviano Sr. Dn. Juan W. Chacón.

“Un triste y prolongado gemido: (habla de Bolívar) una tierna y dolorosa exhalación habían sido los precursores del amargo despertar a la realidad de sus dolencias....Se incorpora, gira su vacilante mirada en torno suyo y abriendo los ojos con inusitada europatía, exangüe y sollozante, exclama con doliente voz ¡José!.... ¡José!.... El leal servidor JOSÉ PALACIOS, que así se llamaba el compañero de sus amarguras, el testigo de sus decepciones y el único que en su soledad y abatimiento no le había abandonado jamás, con el rostro bañado en lágrimas, livida la faz y con angustiosa actitud, contesta: “¡Señor!....La muerte me encontrará fiel a vuestro lado.....! ¡Aquí estoy!....

“Llama junto a su lecho a su leal mayordomo y con las manos crispadas, convulso y delirante, repite: ¡Vámonos que de aquí nos echan!....Pero.....¿dónde iremos?....Si aun la tierra que meció mi cuna, la que guarda las cenizas de mis padres, me ha

arrojado de su seno..." ¡Señor!—le dice José—la ingratitud de hoy será la recompensa de mañana; la posteridad bendecirá vuestro nombre; aquí están vuestros amigos; aquí el Obispo Esteves; aquí está el Gral. Montilla, que juntamente con U. conquistó la libertad de Colombia y la independencia de América; estamos desesperados por su salud"....

Llegó el momento de otorgar el testamento. Arregladas las cosas, el Escribano José Catalino Noguera, con la aparente serenidad que el acto requería, tembloroso y con la expresión del dolor en los ojos que cristaliza la pena, preguntó al Libertador, si era su voluntad otorgar testamento. Contestó:—"Sí".

Dios es bondadoso para los que tienen fe y perseveran en ella. Después de otras consideraciones conducentes al testamento y a expresar su nacionalidad y el nombre de sus padres, dijo:—"Creo y confieso el alto y soberano misterio de la Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y **prometo vivir hasta la muerte, como católico fiel cristiano. Para estar prevenido cuando la misa llegue, con disposición testamental, bajo la invocación Divina, hago y otorgo y ordeno mi testamento, en la forma siguiente".....**

¡Qué invocación tan hermosa, propia de un hombre de talento que nació en el seno de N. S. Madre Iglesia y fué educado por sus padres en el temor de Dios! Confiesa ser cristiano y se despide del mundo. ¡Así se cierran las puertas del tiempo para entrar en la inmortalidad!

Esta sincera confesión guarda armonía con las palabras sentimentales que dijo al Sr. Joaquín Mosquera, cuando le participó la resolución del Congreso según la que debía salir de Colombia.

"Por mi voluntad, decía a sus amigos, estaba resuelto a irme; echado, no debo hacerlo, por el honor mismo de Colombia, por el honor de Venezuela. Además me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta terrible, como terrible ha sido la agitación de mi vida, y quiero exhalar el último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el Crucifijo en las manos: ¡No me iré!!...." ¡Qué profecía tan hermosa!.... Le auxilió el Sr. Obispo Esteves y el Dr. Domingo Fernández, cura de Mamatoco.

Don José Palacios tenía su corazón inquieto, su espíritu intranquilo y no le faltaban las lágrimas a los ojos al verle a su amo en estado de muerte. Bolívar conocía todo esto, y acordándose de su fiel mayordomo, dispuso en su testamento, lo siguiente:—"8º Es mi voluntad que de mis bienes se den a mi **fiel mayordomo Joés Palacios OCHO MIL PESOS en remu-**

neración a sus constantes servicios'....

No puede ser más significativa ésta cláusula testamentaria, en donde se halla compendiado el afecto de Bolívar a su sirviente. Palacios sirvió al Libertador, y le sirvió como ningún otro mayordomo en la América en todas las circunstancias de su agitada vida política. Los servicios se hacen más interesantes, cuando ellos al distanciarse del escenario político, la historia los recomienda. Palacios vivirá en el corazón de los americanos, y algún artista le presentará al pie de Bolívar en los días de su agonía.

PEDRO JOSE MORAN

Para hablar de este fiel sirviente del infortunado precursor de Bolívar, necesario es traer a la memoria al Generalísimo Dn. Francisco de Miranda, cuya actuación en la guerra de la independencia es audaz; y esta misma audacia le llevó a España a la prisión de La Carraca, donde entre el silencio del tiempo y el olvido de los hombres, el 14 de Julio de 1816, "entregó su alma a Dios, su cuerpo a la tierra, su nombre a la historia".

Don Francisco de Miranda, fue un hombre de genio vivo, audaz y elocuente, capacitado para conquistar voluntades y conseguir la libertad e independencia de su patria. Todo hombre, naturalmente quiere el libre ejercicio de sus derechos; la libertad es la vida de la humanidad. En las colonias de América dominadas por España, habían vasallos para la monarquía y no ciudadanos para la República, Rey y Presidente eran dos polos opuestos; y de ahí el empeño de los criollos en tomar otra forma de gobierno para su engrandecimiento.

Miranda fue un hombre de genio y para prestigiar su expedición y conseguir la libertad e independencia de su patria, izó en el buque Leander la bandera colombiana, ideada por él mismo; símbolo sagrado, a cuya sombra los Oficiales y tropa, juraron ser fieles hasta su muerte. Dice la historia.—"El 24 de Marzo, los Oficiales de Miranda juraron ser fieles y leales al pueblo de Sud América; y antes del 12, se había izado, por primera vez, la Bandera colombiana amarilla, azul y roja." Las relaciones de la época, dicen que Morán, el fiel sirviente de Miranda, colocó en el palo mayor del Buque Leander la Bandera; y que éste mismo vió quemar el tricolor por los españoles.

Pedro Morán no era un hombre de virtudes elevadas que podían competir con los Oficiales que acompañaban a Miranda pero era un hombre correcto, cuya moralidad de vida era apreciada, y en cuyo corazón vivía el amor a la libertad de su patria y el afecto a su amo. Estas cualidades arraigadas en el temor de Dios y robustecidas por el amor a la patria, eran los honro-

sos distintivos de Pedro José Morán.

En toda la permanencia de Miranda en Europa y en sus principales correrías por las capitales del viejo Mundo, no le faltó Morán; y de ahí su afecto, y que él cuidara libros, papeles y el dinero de su amo.

En 1806 estuvo con Miranda y puso pie firme en tierra de Venezuela. Muchos fueron las correrías de Miranda y los vitores que obtuvo por sus conterraneos, y bien mereció que sus correligionarios encomiaran sus virtudes. Vino la desgracia para Miranda, y la Capitulación con Dn. Domingo de Monteverde fue la causa principal para su prisión y muerte en la Carraca. Le calificaron de traidor y no sin fundamento por las primeras apariencias.

Preso Miranda en el Guayra, despues de muchas recriminaciones que se le hicieran por los españoles y por sus enemigos, sobre la capitulación Monteverde,—Miranda, llegó a sentir las consecuencias de la opresión de sus vigilantes; y en estas circunstancias, ninguna otra persona pudo atenderle mejor que su fiel sirviente Pedro José Morán. De la Guayra pasó el prisionero a Puerto Cabello, y ahí encontró a muchos de sus correligionarios que le acompañaron en la expedición de 1806.

Bolívar y sus tenientes tomaron sobre sí la valiosa empresa de libertar Venezuela, y por los años de 1812 y 1814, Bolívar tenía organizadas sus fuerzas independientes. Como era natural, los partidarios de Miranda debían favorecerle y procurar su fuga; mas el gobierno de Monteverde el 4 de Junio a bordo de un buque le mandó a Puerto Rico, en donde se le encerró en el castillo del Morro. ¿Quién le acompañó a Miranda en estos Castillos, en donde, al decir de los españoles, purgaba su crimen? ¡Crimen el procurar la libertad! El fiel mayordomo Morán, bajo el nombre de un incógnito viajero, no le abandonó a su amo, guardaba sus intereses, y lo que es más, llegó a auxiliarles a los prisioneros de La Guayra.

Inglaterra, la patriótica y partidaria Inglaterra, adicta a la independencia de Venezuela, intervino en favor de Miranda, por órgano de varios amigos, manifestando la violación del tratado de "La Victoria" por parte de Monteverde, y debía en consecuencia ser puesto en libertad. Todo fue un engaño en la política internacional, en atención a que Londres era aliada de España. Aquí resaltan las atenciones de Morán, para hacer llevar los padecimientos de su amo. A fines de 1814 y después de duro padecer en la misma América que proyectó libertarla, fue trasladado a Cadiz y encerrado en el castillo de La Carraca, arsenal de las cuatro torres inmediatas a la ciudad. Sus amigos de Inglaterra averiguaban por el calabozo donde se hallaba Miranda, y Peter Turnbull, fue conocido por Morán y éste pudo indicarle el lugar de la prisión de su amo. Corrían los años, e

en 1815, el cuidado de los carceleros españoles se hacía más interesantes, para no permitir que el desgraciado prisionero llegara a saber cosa alguna de los progresos que hacía Bolívar en favor de la independencia de su patria.

Llegó el fatal año de 1816, y en Marzo del mismo, tuvo una enfermedad de fiebre, y restablecido de élla, creía que conseguiría su libertad mediante centenares de libras que se ofrecieran por rescate. Todo fue inútil. Miranda se engañó, y su libertad quedó fracasada; y sólo su fiel sirviente, que dió pruebas de su afecto y haciéndose amigo de los carceleros de Cádiz, mediante indemnizaciones, pudo asistirle. El ilustrado historiador Sr. William Spence Robertson Ph. D., al hablar sobre este incidente, dice en su obra:—“Es posible así mismo (habla de Miranda) que el estado de su salud le impidiese llevar a cabo el plan. La robusta constitución que soportó tantas penalidades, comenzó a flaquear. El viejo revolucionario cuando recordara su pasado pensaría con su dolor en que el primer eslabón de la cadena bajo la cual gemía, había sido forjado por sus compatriotas. Las penas iban a terminar: en la noche del 25 de Marzo tuvo un ataque que su sirviente creyó que era de apoplejía. Mejoró; pero a poco le postró una especie de fiebre pútrida que lo redujo a la última extremidad. Su fiel servidor **Pedro José Morán** conferenció con los médicos, quienes no le dieron esperanza de salvación. En la mañana del 14 de Julio en una solitaria prisión española el Jefe de los apóstoles de la revolución hispano americana “entregó su alma a Dios, su cuerpo a la tierra, su nombre a la historia”. El 16 de Julio el Capitán General de Cádiz comunicó a Madrid que “el reo don Francisco de Miranda había fallecido de muerte natural”. Circuló luego el rumor, hasta en la lejana Venezuela, de que el Gobierno que en vida le soltó todos los perros para que lo persiguieran, se había valido de medios reprobados para salir de Miranda. Irvine se hizo vocero de los sentimientos que prevalecían en Venezuela cuando escribió en 1818 que Miranda “había muerto de pesar, o envenenado, o ejecutado secretamente, no se sabía cómo”.

Oigámosle al fiel sirviente Pedro José Morán, y lo que dice al respecto el biografiador de Miranda:—“**Morán**, su sirviente y fiel amigo, que guardaba unos pocos papeles que, según costumbre de toda la vida, coleccionaba Miranda con esmero, contó que los sacerdotes y los frailes que estuvieron presentes a tiempo de su muerte no le hicieron a su amo ningún rito funeral, y que “en la misma condición en que espiró, con su colchón, mantas y otras ropas de cama le llevaron y le enterraron, e inmediatamente después quemaron sus otros vestidos y todo lo que le pertenecía”.

Pedro José Morán, a la muerte de su amo, el infortunado precursor de Bolívar, se apenó tanto que no podía resistir a las

dolencias de su espíritu. ¡Qué de recuerdos y de penalidades compartidas con su amo atormentaban su memoria, al verle solo y abandonado en la oscura prisión de la Carraca!...

En la política los hombres abandonan a los hombres y cuando la ingratitud se apodera de ellos, las naciones descienden a la ruina y a sus fundadores al olvido. No así a los que sirven desinteresadamente a los genios, a los que comparten con ellos sus sufrimientos. ¡Pedro José Morán, vivirá en el corazón de los americanos!

¿Cuál la traición de Miranda a su patria? Estúdiense su procedimiento social, sus grandes ideales, recórranse las naciones de Europa por donde él había transitado mendigando el apoyo oficial y particular para la independencia de su patria, y quedará justificada su conducta. El que faltó al tratado Miranda—Monteverde, en "La Victoria", fue éste y no el primero, que con la más grande buena fe tuvo de firmar para salvar de funestas consecuencias a Venezuela. El fiel sirviente Morán, que presenció la muerte de su amo escribió el mismo día de su fallecimiento una carta a los Sres. D. S. y Compañía de Cadiz, sin poner firma ni rúbrica alguna, sino un seudónimo muy significativo—VERDAD—Dice la carta:

"Hoy 14 de Julio de 1816.

Mis venerandos Señores:

En esta fecha a la una y cinco minutos de la mañana, entregó su espíritu al Criador, mi amado Señor Don Francisco de Miranda. No se me ha permitido por los curas y frailes le hagan exequias algunas, de manera que en los términos que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama, lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; de seguida vinieron y se llevaron todas sus ropas, y cuanto era suyo para quemarlo. Es cuanto puedo noticiar a Ustedes; y ruego que me digan qué he de hacer con unos papeles que él guardaba mucho; y que igualmente avisen al Sr. Don Pedro Turnbull de todo lo acaecido.

Dios guarde a ustedes muchos años.

Sírvase contestarme a la S. A. para hacer cuanto me manden.

Verdad

Esta carta merece ser explicada para que se conozca que Morán se hallaba al corriente de los asuntos de su amo.—A la conclusión de la referida carta dice:—"y que igualmente avisen al Sr. Dr. Pedro Turnbull de todo lo acaecido". Peter Turnbull, fue hijo de John Turnbull, íntimo amigo de Miranda, y quien mandó a su hijo Peter para que averiguara la suerte del prisionero. Así como este generoso inglés, descubrió que se hallaba

en la Carraca, y se dió a conocer de Pedro José Morán, éste no tuvo inconveniente alguno en decir que avisaran la muerte de su amo a Don Pedro Turnbull.

No satisfecho Morán con esta carta, al tercero día escribió otra al Dr. Don Luis López Méndez, compañero de Bolívar en las gestiones que hacían en Londres para la libertad de Venezuela. López Méndez era entonces un verdadero patriota y republicano de altos ideales, y como tal amigo de Miranda. En esta virtud Morán le escribió esta carta sin poner firma de ninguna clase.

“Sr. Don Luis López Méndez.

Cádiz, 17 de Julio de de 1816.

Muy Sr. mío:

Hace tres días que ha muerto entre cadenas en el arsenal de La Carraca, nuestro compatriota el General Miranda, después de un pacto solemne que vio celebrar el universo; lo aviso a Ud., pues creo podrá interesarle la noticia, o hacer el uso que tenga por conveniente acerca de parientes o intereses, &c. ¿Habrá aún americanos tan insensatos que piensen avenirse con el abominable Gobierno español? Vean la suerte de este hombre y la de infinitos que aun gimén aquí en las prisiones, y por ella formen el heroico proyecto de ser libres o morir, mucho más, si se advierte la importancia física y moral de la nación rival de la América.

Si Ud. gusta contestarme, podrá hacerlo por el mismo conducto que va ésta.—Salud desea a Ud. su afectísimo compatriota, &c.
P. D. No ha dejado ninguna disposición testamentaria”.

A esta carta, desde luego, por temor de que sea tomada por los opresores de Miranda, se ha dado un sesgo algo diferente de la primera que escribió Morán. Estas cartas han sido enviadas a Venezuela; y de ahí la razón por la cual Blanco y Aspuruá, fría-mente publican en el Tomo 5º de su obra. López Méndez, fue para los años 26—27 el enemigo más declarado de Bolívar; motivo por el cual en la sublevación de la tercera División el 26 de Enero de 1827 en Lima, encabezada por José Bustamante, fue López el Consejero, quien vino para Cuenca contra Colombia; y en esta ciudad se verificó la contra revolución por el General Ignacio Torres y Ramón Bravo, encargado éste por el General Flores para deshacer los proyectos de Bustamante. De Cuenca se remitió preso a López Méndez en compañía de la oficialidad a órdenes del Gral. Flores.

Con la muerte de Dn. Francisco de Miranda, el iniciador de la libertad e independencia de Venezuela, perdió la América

a uno de sus mejores hijos. Miranda descansa en la inmortalidad de la gloria. Y ¿por qué no hade vivir en el corazón de los americanos el nombre de PEDRO JOSE MORAN?

¿Hasta cuándo la historia dará su fallo definitivo sobre la conducta política de Miranda? Si Bolívar tiene sus monumentos en el templo de la gloria; ¿por qué no los ha de tener Miranda, el iniciador de la libertad que consiguió Bolívar?...

II

Dr. ALEJANDRO PROSPERO REVEREND

A este ilustrado y patriota francés, que vino para la América, cuando la guerra de la Independencia se hallaba terminada, no podemos considerarle como asistente de Bolívar, menos mayordomo de palacio del Libertador; pero sí como uno de sus mejores amigos y servidores en los últimos días de su vida. Los servicios del médico Révérend, son tan meritorios para la Gran Colombia, como que con ellos atendiendo a Bolívar, salvaba la vida de la República.

Vamos a decir algo de este ilustrado médico y de la gratitud no sólo de Venezuela para con él, sino de la América. De salvar la vida del Libertador, de seguro que éste hubiera recompensado a su médico con mano generosa y colmado de honores en todas las circunstancias de su vida.

En Julio de 1824, Révérend llegó en Venezuela atraído por las glorias de Bolívar y de la fama que gozaba en Europa. Desde luego, Révérend, era liberal, y como tal fue perseguido por las autoridades de su patria. El año de 1825, rindió en Colombia el examen previo al grado de Doctor en medicina para gozar de los respectivos privilegios. Después se le nombró de Médico Cirujano Interino del Hospital Militar de Santa Marta; y el Ayuntamiento lo dió el cargo de Médico de la ciudad; habiéndole también nombrado el Gobierno para el de Sanidad de la Provincia. Así las cosas, el General Mariano Montilla, le nombró provisionalmente de Cirujano Mayor del Ejército para atender a los heridos que venían del Hacha, en el aciago año de 1830. En estas circunstancias llegaba el Libertador gravemente enfermo en Cartajena; y para atenderlo con mayor prolijidad, nombró el General Montilla al Dr. Révérend médico de cabecera.

Aquí principian los generosos servicios del médico francés para con el Padre de la Patria.

La **tisis pulmonar** de que adolecía el Libertador, fue incurable, y su constitución física así lo demostraba desde años atrás.

Quando vino de visita para la ciudad de Cuenca en el año de 1822, ya tenía avanzada su enfermedad; motivo por el cual

en esta ciudad permaneció solo ocho días, y pasó el día 16 de Setiembre para la Quinta de Chaguarchimbana, casa de hacienda de la familia Arteaga, situada a las orillas de los ríos Tarqui—Yanuncay, cuyos aires frescos y puros convenían para la salud de Bolívar. La enfermedad no tomó un curso violento, antes bien se sintió mejor, permaneciendo en esta localidad 17 días, de donde partió para Loja el 3 de Octubre del mismo año.

Las agitaciones administrativas, y los continuados movimientos políticos en la República por los años de 1828 y 1829, agravaron su enfermedad, aunque moralmente se hallaba muerto, por los asesinatos del 25 de Septiembre. Luego le inquietó profundamente la guerra Perú—Colombiana; y como no se entregara Guayaquil por los peruanos, a pesar del convenio de Girón, tuvo de trasladarse personalmente de Quito a esa ciudad, para dejar arreglada su administración y firmado el tratado con el Perú. La tisis pulmonar tomó ya incremento por los meses de Julio y Agosto, y tuvo de buscar mejor clima y aire libre.

En el Departamento de Guayaquil, se hallaba de Prefecto el General Tomás Cipriano Mosquera, quien conociendo peligraba la salud del Libertador, se interesó vivamente en atenderlo, y de una manera reservadísima se dirigió al Prefecto General del Azuay, Don Vicente González Rodríguez (hijo de Doña Magdalena Rodríguez); y a fin de conseguir una mejor atención médica, insinuó el Libertador llamarle al Dr. Godins que se hallaba en la ciudad de Guenca. Esta relación descansa en el oficio que acompañamos.

Nº 19

“REPUBLICA DE COLOMBIA

Estado Mayor
General del Libertador

Cuartel General en Guayaquil
a 7 de Agosto de 1829.—19

Sección general RESERVADISIMO

Nº 451

Al Sr. General Prefecto del Departamento del Azuay

S. E. el Libertador me ordena decir a U. S., que por la Secretaria General se previno que el Dr. Godins residente en ese Departamento, viniese a este cuartel general; y como aún no haya llegado me encarga lo diga a U. S. a efecto de que el citado Sr. verifique su marcha con la mayor brevedad, porque S. E. está algo indispuerto. U. S. ocultará el objeto con que viene,

de modo que ni el Secretario de U. S. sepa a qué viene Godins y sólo él lo sabrá. U. S. le dará lo necesario para costos de su viaje.—Dios Gude. a U. S.—J. C. Mosquera”.

Un año cuatro meses y diez días faltaban para el diez y siete de Diciembre de 1830, día en el cual debió oscurecerse y para siempre la luz de Colombia.

El Dr. Godins, salió de Cuenca al segundo día de recibida la nota, y la contestación del Prefecto González, que tenía por Secretario al Sr. Rudésindo Toral, padre del Ilustrísimo y Reverendísimo Obispo de Cuenca, Dr. Remigio Esteves Toral, no dió a conocer expresamente la salida de Godins, y la contestación que dió al respecto, es la siguiente:

“Prefectura

Cuenca, a 13 de Agosto de 1929

Del Departamento del Azuay

Sr. Prefecto del Departamento del Azuay:

El médico que U. S. indica, sale hoy para ese Departamento. Va posta, comunique sus resultados.—Dios Gude. a U. S.—V. González”:

Bolívar hacía todo esfuerzo para reparar su salud tan quebrantada. Larrazábal en el tomo segundo de su obra, después de relatar las agitaciones de Bolívar y los padecimientos morales que sufría por las infundadas inculpaciones que le atribuían sus enemigos, dice:—“Avigoróse más y más en estos sentimientos después de la grave enfermedad que padeció en Guayaquil y que le condujo hasta los bordes del sepulcro “10 de Agosto”. Pro vino tal accidente del clima insalubre de Guayaquil en la estación de las aguas y de los cuidados anexos a la campaña; aunque debemos atribuirlos también, en gran parte, a una fuerte pasión de ánimo causada por los continuos e injustos ataques que se dirigían contra él.... Para reparar su salud, se trasladó a la Isla de Santay, frente de Guayaquil (Agosto 31)”.

En estas circunstancias, llegó precisamente el médico Godins, quien le aconsejó trasladarse de Guayaquil a la Isla de Santay. Recuperó su salud y en cosa de un mes que allí permaneció, pudo hacer importantes beneficios en favor de los Departamentos del Sur. Los enemigos de Bolívar en Venezuela y Nueva Granada, sabedores de su mala salud en Santay y Buijo, se apresuraron en redoblar sus esfuerzos para desconocer su mando. El General José María Córdova, fue uno de los más declarados enemigos, como lo manifestó al General Mosquera, quien afablemente reprendió a Córdova por su inmoderada conducta. Córdova se sublevó en Autioquia; y ésto lo supo Bolívar en Santay a fines de Septiembre, y emprendió su inmediato viaje a Quito y luego a

Bogotá.

En este aciago año de 1829, se agitaron más los sentimientos políticos de los amigos de Bolívar para crear una monarquía, eligiendo a él de Rey; lo que rechazó con sagacidad y energía, manifestando al mundo que más le honraba ser Libertador que Rey: lo primero le fue dado por el pueblo, y lo segundo, no podía dar el mismo pueblo, porque en los campos de batalla derramó su sangre para expulsar de América a un Rey. Todo esto le agitaba diariamente, y la salud que recuperó en Bujío, volvió a perderla cuando se instaló el Congreso Admirable. Los médicos, entre ellos Godins, aconsejaron buscar un mejor clima y no perder tiempo; y en este sentido, dice Larrazábal, pasó un mensaje al Congreso, manifestando hallarse enfermo, y que deseaba separarse del ejercicio del Poder Ejecutivo. ¡Ah Congreso! Este fue el que ahondó el sepulcro del Libertador, el que preparó la víctima para que la América llorara en San Pedro Alejandrino y Colombia se dividiera.

La salud de la República, al separarse del mando el Libertador, decaía para descender a la ruina. Bolívar y la Patria se hallaban en agonía; y estos dos castigos para los pueblos de la gran República aparecieron como en el festín de Baltazar y la Providencia impuso silencio.....

Nos hemos permitido hacer esta digresión, para que resaltaren mejor los servicios del Dr. Alejandro Próspero Révérend, en San Pedro Alejandrino, en donde el enfermo contrariado por las injurias y calumnias de sus adversarios, descendía a la tumba en medio de sacerdotes católicos y de sus mejores amigos.

Oigámosle al bondadoso Dr. Révérend.

“El 1º de Diciembre de 1830 desembarcó ya de noche S. E. el Libertador Simón Bolívar, haciéndole la población de Santa Marta un recibimiento si no pomposo, a lo menos muy simpático, como lo manifestaban las muestras de respeto y las aclamaciones que le acompañaron hasta la casa preparada para su habitación. Esta cordial acogida desvaneció sin duda, si él se acordara de ellas, las preocupaciones infundadas que, según dichos, traía contra los Samarios antes y en tiempo que en vista de este Puerto él transitaba desde Venezuela a bordo de la escuadra a las órdenes de los Generales Salom y Clemente (Junio de 1827).

“Introducido poco después por el General Mariano Montilla cerca del agosto enfermo, cuyo rostro pálido, enflaquecido, cuya agitación continua en su cama indicaban violentos padecimientos, me sentí fuertemente conmovido, y no me fue difícil conocer a la simple vista lo grave de la enfermedad. Por el rango y prestigio del sujeto se acrecentaban en mi ánimo las dificultades para emprender una cura que me parecía tan asombrosa. Sin embargo me alentó algo el modo benigno con que me

trató el Libertador, diciéndome que por un amigo suyo, el Sr. Juan Pavageau en Cartagena, sabía que podía tener confianza en mí, y que a pesar de su repugnancia a los auxilios de la medicina, él tenía la esperanza que yo le pondría bueno, por ser su cuerpo virgen de remedio (sic). En esta primera conversación que tuvo lugar, ya en castellano, ya en francés, me enteré que él había desdenado la asistencia de los médicos al principio de su enfermedad que comenzó por un catarro en Cartajena, curándose él mismo como lo acostumbraba, mediante un trato de higiene que siempre llevaba consigo; y que él había venido embarcado para desocupar su estómago cargado de bilis por medio del mareo, así como lo logró. Error funesto, pues estas violentas contracciones del estómago irritaron su temperamento esencialmente nervioso, aumentando más bien la flogosis de los pulmones....

“Entonces fue cuando me llamó a su casa el General M. Montilla, y sin preámbulos me dirigió las palabras siguientes:—“Tengo el mayor interés en saber de Ud. Dr., cuál es su concepto sobre la enfermedad del Libertador; dígame la verdad francamente y sin rodeos”. Me recogí un momento para contestar tan imprevista pregunta:—“Sr. General, con el más profundo sentimiento participo a U. S. que la enfermedad del Libertador no tiene remedio, pues en mi concepto, como facultativo, la considero como **tisis pulmonar llegada a su último grado, y ésta no perdona**”. Al oír estas palabras el General, se dió una fuerte palmada en la frente echando un formidable **taco**, al mismo tiempo que las lágrimas se le asomaban a los ojos; en seguida se metió en su aposento, dejándome solo a mis reflexiones”.

El enfermo tenía sus alternativas, y en algunos días tales jovialidades con sus generales y sirvientes, que manifestaban recuperar su salud; pero esto fue un engaño porque la tisis tomaba más cuerpo. Llamándole al médico Révérend, le dijo:—“Una vez que estamos solos, dígame:—¿Y Ud. qué vino a buscar en estas tierras?—La libertad.—¿Y Ud. la encontró?—Sí, mi General.—Ud. es más afortunado que yo; pues todavía no la he encontrado..... Con todo, añadió en tono animado, vuélvase Ud. a su bella Francia en donde está ya flameando la gloriosa bandera tricolor; pues no se puede vivir aquí en este país, en donde hay muchos canallas”(sic).—Fue ésta la única vez que oí salir de boca del Libertador palabras mal sonantes contra sus conciudadanos”....

La enfermedad llegaba ya a su último curso, y había necesidad de que Bolívar arreglara sus asuntos, y como se quejara tanto y le preguntara el médico si sentía algún dolor:—“No, contestaba muy sosegado”.—“¿Cómo es que se quejaba V. E.?”—Es una manía mía, nada siento y me va muy bien”. ¡Cosa singular! el mal hacía progresos a medida que el enfermo

aparentaba seguir bueno; pues en la fiebre iba creciendo, complicándose con delirios fugaces, el hipo, la supresión de expectoración, etc. Este conjunto de síntomas alarmantes formaba para mí un presagio funesto. Enterado de la situación el General Montilla, me dijo:—“Ya que el Libertador está de peligro, sería menester que Ud. le avise de su mal estado, para que arreglase sus cosas espirituales y temporales.—Sirvase, Sr. General, dispensarme; si yo hiciera tal cosa, ni un momento me quedaría aquí; eso no es asunto del médico, mas bien es del sacerdote”.—“¿Qué haremos pues?...lo mejor para salir del apuro será llamar al Sr. Obispo de Santa Marta; ahí tiene Ud. el caballo del Libertador, en un salto avise al Dr. Estéves, a fin de que se sirva llegarse para acá lo mas pronto posible”. Sobre la marcha vino el ilustre prelado, que sin tardar se puso a conferenciar a solas con el Libertador, y a poco rato salió de su aposento. Entonces, dirigiéndose a mí S. E., me dijo:—“¿Qué es ésto, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?”—No hay tal cosa Señor, tranquilícese....varias veces he visto enfermos de gravedad practicar esas diligencias y después ponerse buenos. Por mi parte confío que después de haber cumplido V. E. con estos deberes de cristiano cobrará más tranquilidad y más confianza, a la par que allanará las tareas del médico. “Lo único que dijo fue:—“¿Cómo saldré yo de este laberinto!” No fue lañce tan apretado cuando por la noche de este mismo día se le administró los sacramentos. Por más tiempo que viva nunca se me lo olvidará lo solemne y lo patético de lo que presencié. El cura de la aldea de Mamatoco cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indigenas, vino de noche a pié, llevando el viático a Simón Bolívar. ¡Qué contraste! ¡Un humilde sacerdote y de casta infima a quien realzaba sólo su carácter de Ministro de Dios, sin séquito y aparatos pomposos propios de las ceremonias de la Iglesia, llegarse con los consuelos de la religión al primer hombre de Sud-América, al ilustre Libertador y fundador de Colombia. ¡Qué lección para confundir las vanidades de este mundo!”.....

El Presbítero de infima casta **Domingo Fernández**, nuncio de paz, reconcilió a Bolívar con el Señor Dios de los Ejércitos para que pasara a la inmortalidad de la gloria.

Cumplidas estas ceremonias, en las cuales reinaba el silencio de la muerte, los moradores de la casa de San Pedro Alejandrino, se hallaban consternados y llorosos en presencia de tan augusta situación. Después de un corto silencio, el Libertador mandó a leer su última ALOCUCION a los colombianos; y antes de presentarla íntegra esta despedida del Padre de la Patria, oigámosle lo que al respecto, dice un testigo presencial, el Dr. Révérend:

“Estábamos todos los circunstantes impresionados por la

gravedad de tan imponente acto. Acabada la ceremonia religiosa, luego se puso el Escribano Notario, Catalino Noguera, en medio del círculo formado por los generales Muriano Montilla, José María Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango; los Señores Joaquín de Mier, Manuel Ujueta y varias personas de respetabilidad, para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos. Apenas pudo llegar a la mitad, su conmoción no le permitió continuar y le fue preciso ceder el puesto al Dr. Manuel Recuero, a la sazón Auditor de Guerra, quien pudo concluir la lectura; pero, al acabar de pronunciar las últimas palabras **yo bajaré tranquilo al sepulcro**, fue cuando Bolívar desde su butaca, en donde estaba sentado, dijo con voz ronca: "Si, el sepulcro...es lo que me han proporcionado mis conciudadanos...pero les perdono". ¡Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos"! Al oír estas palabras que parecían salir de la tumba, se me cubrió el corazón; y al ver la consternación pintada en el rostro de los circunstantes, a cuyos ojos se asomaban las lágrimas, tuve que apartarme del círculo para ocultar las mías, que no me habían arrancado otros cuadros muy patéticos. Dicen, sin embargo, que los médicos carecen de sensibilidad".

Para que se aprecie en su verdadero punto de vista la Alocución de Bolívar, última y tierna despedida, en la que perdonaba a sus enemigos por los sufrimientos que le habían causado, presentamos los últimos pensamientos del Libertador en favor de Colombia; y para que la posteridad al recuerdo de ella se eduque en la vida ciudadana, sin causar la más leve ofensa a los benefactores de la patria.

EL LIBERTADOR

A LOS COLOMBIANOS

"COLOMBIANOS: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna, y aun mi tranquilidad. Me separé del Mando, cuando me persuadi que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que es más sagrado: mi reputación, y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. **Yo les perdono.** Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual Gobierno para libertarse de la anarquía; los Ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al Cielo y los Mili-

tares empleando su espada en defender las garantías sociales.

Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

SIMON BOLIVAR.

La vida política tiene su Gólgota, y la viacrucis está llena de lágrimas. En esta sentimental y tierna alocución, está compendiada la vida pública de Bolívar. Cada palabra es una sentencia muy amarga para los ciudadanos de Colombia: la concisa relación de su vida, y la desconfianza que tenían sus amigos y enemigos para conservarle en el mando supremo, son la prueba nada equívoca del concepto que él tenía formado de sus compatriotas. En esas palabras: **Yo les perdono**, está compendiado su generosidad y reconociendo la falta de sus compatriotas para echar al olvido en forma de perdón. ¡Qué grandeza de alma! “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos, y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.....¡Colombia no comprendió ni apreció los altos ideales del Libertador! Las ambiciones en la política interna de los pueblos, no tienen límites, y su desborde es terrible, cual embravecido mar, cuyas olas chocan entre sí, se elevan y luego descienden para estrellarse contra gigantescas rocas. Colombia se agitó furiosamente, y la mano del Señor de las Naciones, silenció en San Pedro Alejandrino.....

Instantáneamente se acercaba ya la hora de la despedida del héroe americano; y conociendo el médico que el Libertador no quería tomar ningún remedio, se acercó a su lecho para reflexionarle que tomara algunos medicamentos, y dijo el facultativo:—“Entonces, si V. E. se resiste a tomar las medicinas, ¿para qué sirve tener al médico a su lado, quien viendo despreciado su esmero y sus empeños para lograr su restablecimiento, desesperará de continuar una asistencia infructuosa?”. Bolívar cedió en parte a las instancias de su médico, quien puso en la mano la cucharada de remedio que debía tomar. El Libertador tomó con repugnancia, y para ganar terreno el Dr. Révérend, dijo: “Permitame V. E. una advertencia: a veces sucede que a consecuencia de unas incomodidades, impaciencias, etc. etc., se atrasan los progresos en mejorar su salud, y este daño que V. E. se hace a si mismo, lo lamentamos”. A estas reflexiones y después de un corto silencio y mirando al médico con ojos impacientes le dijo esta sentenciosa frase: **“DIGA PUES, QUE NO ANDE EL SOL.....¿Y ESTA CUCHARADA SERA LA ULTIMA POR ESTA NÓCHE?—Si, Señor”**.

“Ya se aproximaba el día en que iba a desaparecer para siempre el Héroe Colombiano; me manifestó la antevíspera del fatal acontecimiento, el deseo de descansar en su **hamaca**, y co-

mo vi que su mayordomo José Palacios ni nadie parecía por más que yo llamase, me ofrecí entonces al Libertador diciéndole:—“Si me lo permite V. E., yo le pondré en la hamaca.—¿Ud. podrá conmigo?—Me parece que sí”.—Con precaución le cogí en mis brazos, y creyendo al levantarlo sin reparar su grande flacura, que yo iba a suspender un peso considerable, hice tal esfuerzo que por poco me voy de espaldas con un cuerpo que, talvez, no pesaba arriba de dos arrobas: la fortuna que me sujetó algo la **hamaca** tendida al través del aposento”.

Dios se manifestó misericordioso con el Libertador de la América del Sur; pues el 17 de Diciembre de 1830 a la una de la tarde le tuvo en sus brazos. Silenciemos nosotros y escuchemos lo que al respecto dice el Dr. Révérend:—

“Llegó por fin el día enlutado, 17 de Diciembre de 1830, en que iba a terminar su vida el ilustre Caudillo Colombiano, el Gran Bolívar. Eran las nueve de la mañana cuando me preguntó el Gral. Montilla por el estado del Libertador. Le contesté, que a mi parecer, no pasaría del **día**.—“Es que yo recibí una esquela dándome aviso que el Sr. Obispo está algo malo, y quisiera que U. fuera a verle—Disponga U., mi General.—¿Y el moribundo aguantará hasta que U. esté de vuelta?—Creo que sí, con tal que no haya demoras en esta diligencia.—Entonces aquí está el mismo caballo del Libertador. A todo escape ida y vuelta; ya U. sabe, no hay momento que perder.”—En efecto, cuando volví, conocí que se iba aproximando la hora fatal. Me senté en la cabecera, teniendo en mi mando la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaban sobre su noble rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de trémulo casi insensible y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento, y llamando a los Generales, Edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar;—“Señores, exclamé, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo.” Inmediatamente fue rodando el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló su último suspiro **SIMON BOLIVAR**, el ilustre campeón de la libertad de Sud—Americana, cuya defunción cubrió de luto a su patria, también pintado cuando en su Proclama el General Ignacio Luque, exclamaba: “Ya murió el sol de Colombia.”

Los americanos, que al recuerdo de este día de dolor, han escrito sobre los últimos momentos de la vida de Bolívar, tienen conceptos tan sentimentales, que sin pensarlo uno se traslada a la solariega casa de San Pedro Alejandrino a contemplar ese cuadro de dolor.

No podemos por menos, que traer a la memoria “Los Últimos Pensamientos de Bolívar”, tan sentimentalmente escritos

por el egregio poeta Remigio Crespo Toral:

LV

“¡Señor, yo sólo a Ti vuelvo los ojos!
Rotos, por fin, los terrenales lazos
Y rotos de la cárcel los cerrojos,
Una tumba prepara a mis despojos,
Y a mi alma solitaria abre los brazos!

LVI

“Tú solo quedas, Dios de mi conciencia,
Brillas tú como lámpara en mi pecho
El bálsamo me das de la creencia;
Y en la última quietud de la inocencia,
Velas conmigo, en el mortuorio lecho.

LVII

“En la sangrienta cruz los brazos yertos
Me alargas compasivo y generoso,
¡Oh Señor de los vivos y de los muertos,
En los instantes acabar inciertos
Me convidas al sueño y al reposo!

LIX

“¡Muero.....! Oceano, tus roncós alaridos
Avisen mi partida; luego olvida
De mi poster congoja los gemidos,
Los vuelos de mi espíritu atrevidos;
Y hunde en tu abismo mi gloriosa vida!”

El día 18, en cumplimiento de las leyes del Estado, se trasladó el cadáver, previas las honras militares al lugar señalado por sus amigos. El médico verificó la autopsia, y dice:— “Allí se le embalsamó, y colocado después en la sala principal del edificio con el aparato fúnebre, si no correspondiente a tan distinguido personaje, al menos proporcionado a los recursos del país, quedó expuesto al público que anhelaba por conocerle y admirarle. Un concurso numeroso de todas clases y sexos ocupaban frecuentemente la casa de día y de noche, y no había uno que no lamentase la muerte prematura del héroe” (Murió a la edad de 47 años).

El médico Révérend, después de practicada la autopsia y

embalsamarle, juzgó prudente retirarse para descansar de sus labores; pero no fue así, y dice:—"Yo iba a retirarme para descansar de tantas fatigas y desvelos, cuando el Sr. Manuel Ujeda, a la sazón Jefe Político, me hizo presente que nadie en la casa era capaz para vestir el cadáver, y a fuerza de empeños me comprometió a **desempeñar esta última y triste función**. Entre las diferentes piezas del vestido que trajeron se me presentó una camisa que yo iba a poner cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando de la camisa, exclamé:—"Bolívar, aún cadáver, no viste ropa rasgada; y si no hay otra, voy a mandar por una de las mias"....

"Entonces fue cuando me trajeron una camisa del General Laurencio Silva que vivía en la misma casa. En primer lugar esta penuria puede sorprender y molestar a la vez a los que simpatizan con el Héroe Colombiano; pero impresión tan penosa se desvanece muy pronto, cuando se considera que esta misma escasez hasta en sus recursos pecuniarios era el resultado de los innumerables sacrificios que nunca excusó el Libertador para dar patria a unas cuantas nacionalidades de Sur-América, y sirve más bien para glorificar y popularizar el nombre de Bolívar".

Todo este aturdimiento de los sirvientes del Libertador a la muerte de él, era natural; y, ¿quién no llora y se enajena al ver muerta a una persona querida?....

El día 20 se dió sepultura al cadáver, y desde este aciago día la historia se ha adueñado de su nombre, de sus glorias y de su vida misma. ¿La historia cuándo dará su fallo?....

Révérénd, fue presencial de todo y guardaba en su corazón las cosas más minuciosas, y con tal interés que rayaba en afecto de locura. Dice al hablar del entierro:—"Un silencio religioso y un sentimiento profundo se notaba en el semblante de todos los que presenciaban la triste ceremonia del entierro del Libertador de Colombia, y las músicas sordas de los cuerpos, junto con el lúgubre tañido de las campanas parroquiales, y el canto fúnebre de los sacerdotes de la Religión, hacían más melancólico el deber de dar sepultura al Padre de la Patria.... Allí reposarán los restos venerandos del Genio de la independencia, hasta que pueda cumplirse su voluntad de trasladarlos a su país nativo"....

A medida que transcurrían los días de la muerte de Bolívar, los sentimientos de amor y respeto al que fue la honra de América, crecían diariamente; y de ahí los honores que principiaron a rendirse en la Gran Colombia. La ciudad de Cartagena fue la primera en celebrar las exequias fúnebres en honra del Libertador; y el 17 de Enero de 1831 se verificaron dichas honras, y Révérénd, quien asistió como verdadero amigo y admirador de Bolívar, después de hacer la descripción de los adornos del templo y de la asistencia de muchos personajes, dice:—

“La parte opuesta al frente tenía sobre la base la siguiente inscripción:—

CUANDO LA POSTERIDAD IMPARCIAL Y AGRADECIDA

ELIJA ALTARES

A LOS BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD,

COLOCARÁ UN PUESTO EMINENTE EL DEL

FUNDADOR DE TRES REPUBLICAS

EN EL CONTINENTE AMERICANO.

A la muerte de los genios principian sus glorias, y la reparación se hace necesaria cuando la ingratitud del mundo se ha ostentado en vida de ellos. Esto precisamente ha ocurrido con Bolívar, y hoy la misma España ha cedido un palmo de sus tierras para la estatua del Guerrero que fue su rival. Muy luego se consagrará en Quito la que atestigüe la ambición que el Ecuador tuvo de serle segunda patria cuando fué desterrado por Colombia.

El patriota Révérend,—el infatigable médico que asistió a Bolívar en su enfermedad, permaneció en Colombia hasta 1842, y hacía entonces de Vice Consul de Francia, y con este motivo fue él mismo quien exhumó el cadáver de Bolívar, para trasladarlo a Venezuela. Oigámosle al mismo médico:—“En el año de 1842 estaba de Presidente de la República de la Nueva Granada el General Pedro A. Herrán, cuando el Congreso de Venezuela dió el Decreto del 30 Abril de 1842 disponiendo la traslación de los restos del Libertador Simón Bolívar a Caracas, para cumplir con su última voluntad expresada en su testamento”. Révérend, testigo presencial de la exhumación dice:—“Un silencio profundo reinaba en la concurrencia, sobrecojida por el sentimiento religioso y en la expectativa del acto solemne que se iba a practicar. Todas las miradas estaban fijas en un objeto, y cada uno sentía latir el corazón en su pecho a los golpes que desunían la piedra que cubría los restos mortales del Caudillo de la Independencia, de Bolívar. Al separarse las últimas lozas que formaban la tapa sepulcral, se vió el cajón de plomo con visos de fractura; luego después de abierto apareció el esqueleto, bastante deformado, del que tuvo una vida tan gloriosa, que solamente podía ser conocido por el facultativo que había hecho la autopsia del cadáver. Sin embargo, a la pregunta que hizo en voz alta el Señor Gobernador al médico Révérend, contestó éste que ciertamente eran los res-

tos del Libertador Simón Bolívar”.....

“Los circunstantes que rodeaban la sepultura se apresuraron a recoger los trozos del cajón de plomo que les repartía el gobernador, para guardarlos como una reliquia del ausente Padre de la Patria”.

Para terminar, copiemos solamente lo que el gran historiador el General Joaquín Posada Gutiérrez, Gobernador de Santa Marta, delegado para entregar lo restos de Bolívar a la comisión de Venezuela, dijo:—“¿Y podré yo cumplir con este encargo? Nó, no hay palabras bastantes para expresar lo que sienten los corazones. Vosotros, honorables diputados, lo veréis mejor en el semblante de todos los Samarios, de este pueblo que recibió aquellos últimos suspiros de Bolívar, que le arrancaron los dolores y los dolores morales; **que le vió postrado en el tribunal de la penitencia, recibiendo la bendición del Cielo por la mano de un dignísimo príncipe de la Iglesia;** de este pueblo, en fin, que depositó conmovido su cuerpo inanimado en el lugar santo en que lo encontraréis, y que representa hoy a la Nueva Granada en su dolor. “Lo que habéis visto, lo que véis no se finge; todas las pasiones han callado, todas las pasiones han desaparecido, para rendir homenaje a la sombra creciente del Gran Caudillo de los Libertadores, los recuerdos de las hazañas inmortales del glorioso ejército, el nombre mágico de Colombia.....pero nó, no puedo continuar.....

“Tomad, Señores, el precioso tesoro que buscáis; llevadlo a esa tierra privilegiada por el acaso, y sabed, y sepa ella, que sólo el respeto que el Gobierno y el Pueblo Granadino tienen a la última voluntad del Héroe, es la única fuerza capaz de hacer a la Nueva Granada resignarse al sacrificio. Y vosotros, cenizas ilustres, que habéis reposado por más de una década en este suelo que no quisistés que os sirviese de asilo eterno, admitid los votos que los Granadinos todos elevan al Cielo por vuestro descanso perdurable.”

III.

Révérénd, debía ser recompensado por los servicios prestados al Libertador; y ¿quien debía hacerlo? El deudor de estos, no era la familia de Bolívar, porque apartado él del hogar de sus padres, sacrificados sus bienes, consagrados a servir a la Patria y dándola vida libre e independiente, la deudora era la Gran Colombia.....¿Cuál sería la recompensa de la República para con el médico de cabecera del Libertador? No aventuremos en la respuesta, y oigámosle al mismo doctor Révérénd, lo que dice al respecto:

“Después de los funerales, el General Montilla me llamó,

y en presencia del Coronel Pedro Rodríguez, me dijo: que yo presentase la cuenta, como médico, de mi asistencia al General Bolívar, y le contesté en estos términos: "Nunca pensé ni pienso sacar una recompensa pecunaria de mi asistencia al Libertador. ¿Qué más premio que el honor insigne de haber sido su médico? Además de eso, se me haría un escrúpulo aceptar una retribución al recordarme ciertas expresiones proferidas en el altercado que anteriormente tuve con el General Laurencio Silva, quien por escrito me pidió amistosamente la misma cuenta antes que Ud. "Hice, pues, lo que me pareció decoroso, y no me arrepiento de haberlo hecho. Sin embargo insistió el General Montilla en sus ofrecimientos, y viendo que no podía persuadirle sobre este particular, me dijo: "¿Aceptaría el Despacho de Cirujano Mayor del Ejército?" Mil gracias, mi General, y dispénsese si rehuso; prefiero mi libertad a todo empleo asalariado. Se quedó un rato admirado, pero no tardó en tono algo jovial: "Ahora sí, ¿aceptará Ud. siendo ad—honorem el Despacho?" De esta manera nada tengo que objetar, mi General. No tenga Ud. cuidado que a vuelta de correo tendrá Ud. el Despacho ofrecido. "Efectivamente, supe indirectamente que el dichoso, me equivoqué, el desdichado Despacho había llegado a Cartagena para tomar razón en las Oficinas de la Intendencia. Pero estaba escrito que no llegaría a mis manos el tal Despacho. Pues el General Montilla, después de la defunción del Libertador, hostilizado por una reacción política, fué sitiado en la misma Cartagena, y tuvo que salir para Jamaica, después de haber capitulado. Entonces fué cuando vino de Bogotá el Coronel Montoya, quien echando mano al archivo de la Intendencia, aniquiló todos los papeles o documentos que procedían del Gobierno del General Rafael Urdaneta, llamado intruso; y sin duda mi pobre Despacho participó de la suerte infausta de los demás papeles tildados de ilegalidad".....

¡Qué desgracia la de la infortunada Colombia a la muerte de su fundador! Las rencillas de los partidos políticos, como el fuego bajo la ceniza, volvieron de nuevo a encenderse para dividir lo más pronto la Gran República. El Despacho no consiguió Reverénd después de muchas gestiones que hizo, para manifestar en su Patria y en la América que ese diploma se le concedía por haber asistido al Libertador en sus últimos días. Al respecto dice el médico: "A pesar de estos desaires a los cuales no quedé insensible, creo haber logrado el único objeto de esta digresión y es dar a conocer el carácter noble y generoso del finado benemérito General Montilla, que no excusó medio alguno para que un testimonio de gratitud fuese dado al último médico del Libertador Simón Bolívar."

La ingratitud se presentó en aquellos tiempos a raíz de la muerte del Libertador, tan apasionadamente, que el honor y la dignidad de muchos de sus tenientes desaparecieron al impulso de las pasiones políticas. La historia, para deslindar responsabilidades, ha recomendado sus nombres y la Patria les es agradecida. Quédele a la ilustre Francia la satisfacción más cumplida de que la América rinde homenaje de gratitud al Dr. Alejandro Próspero Révérend.

Las reminiscencias que apuntamos al transcurso de un siglo, se hacen más interesantes, cuanto que ellas acrecentando la historia, engrandecen las glorias de Bolívar. Necesario es eslabonar los acontecimientos de aquella época con la presente, para esperar el juicio definitivo de la historia.

La última Alocución del Libertador, en resumen, es autobiografía; cada periodo engendra una actuación de su vida; cada palabra exterioriza las amarguras de su alma, las dolencias de su cuerpo y la ingratitud de sus conciudadanos. Para la vida de la Gran Colombia, cómo no hubieran ambicionado los tenientes que le acompañaban a San Pedro Alejandrino tener el poder de Josué para detener el sol en su carrera y terminar la batalla.....Se interpuso el silencio de la muerte, y luego levantáronse los hombres contra los hombres y la Gran República fue dividida.

Para terminar, pasamos a exponer, someramente, algunas apuntaciones curiosas que en su trabajo histórico trae el ilustrado historiador, señor Tulio Samper y Grau (1).

Don Joaquín de Mier Benites, fue el último poseedor de la hacienda de San Pedro Alejandrino y a él se la pidió para que se trasladará a Bolívar en busca de salud a dicha hacienda por el señor Obispo José María Estévez, General Mariano Montilla y Cnel. Wilson. Dice Samper: "Por la benignidad de su clima para enfermedades pulmonares, como la que al Dr. Révérend le pareció que afectaba al grande hombre". Al decir de Révérend el General Ignacio Luque, al ver morir al Libertador, exclamó "¡Ya murió el sol de Colombia!" Y el Cnel. Belford Hinton Wilson, detuvo el tiempo de una manera muy significativa y conmovedora; Dice Samper:

"En 1888 cuando ocupábamos la casa de hacienda con una

(1) Estas apuntaciones las hemos tomado del Boletín de *Historia y Antiquidades*, Órgano de la Academia Nacional de Bogotá, siendo su Director el sabio historiador Sr. Dr. Dn. Eduardo Posada. Esta obra, como otras más de historia, nos han sido obsequiadas por tan digno escritor que nos ha favorecido con su amistad, y sea esta la favorable oportunidad para rendirle nuestra gratitud.

compañía, que mandábamos, con el Batallón II de Sucre, que en Santa Marta había sido diezmada por la fiebre amarilla, encontramos, arrojado por el suelo del patio principal, aquel reloj de pie,—que aún se conserva—cuya péndula fue detenida a la una de la tarde del día 17 de Diciembre por el Coronel Wilson, en el instante mismo en que llegaba a su ocaso el sol de Colombia. Nosotros lo hizimos recoger, asear y colocar en la pieza donde falleció el Libertador.”

La banda del Batallón Pichincha, cuya historia nos es conocida, la que en las cumbres del Pichincha anunció que la América era libre y que el sol de la Libertad, a esfuerzos de Sucre, brillaría perpetuamente en la América; esa banda, se trasladó con el Libertador a San Pedro Alejandrino para levantar el abatido espíritu de Bolívar:—“Referia el Sr. Pedro Prado, que tocando la banda de música del Batallón Pichincha—Banda a que el pertenecía—una retreta frente a la casa de San Pedro, se asomó el Libertador a la puerta y le dijo al Director o músico mayor, Selles, que la marcha que estaba ejecutando era muy triste; que la cambiara por aire alegre, de la tierra. Todavía su espíritu reaccionaba, y las notas alegres de la música traían a su mente los recuerdos de sus días felices, de sus días de gloria”.

Otra de las apuntes curiosas, que trae el Sr. Samper, no mencionadas por Révérend., es la falta de papel para escribir el borrador del testamento de Bolívar. Dice:—“En **El Promotor**, periódico que se editaba en esta ciudad, el venerado Sr. Don Domingo González Rubio (de gratísima memoria), decía a Don Nicolás María de Paz, quien había servido como Oficial en 1830, en el Estado Mayor de la Comandancia General del Departamento del Magdalena (provincias de Cartagena y Santa Marta), que a él le dictó el Libertador su testamento, y que habiéndose agotado el papel, continuó escribiendo en la pared lo poco que faltaba, hasta terminar. Después de hechas algunas correcciones, y provisto ya de aquel elemento, copió todo, y lo llevó al escribano Don José Catalino Noguera, de quien parece ser la letra del original.....El Libertador confesó con el Ilustrísimo Señor Obispo don José María Estévez, de cuyas manos recibió la comunión que fué llevada de **Mamatoco** a **San Pedro** por el presbítero don Domingo Fernández”.

Estas ligeras apuntes, sirvanos de verdadera satisfacción, para los que hoy recordamos la muerte del **Padre de la Patria**, y del hijo respetuoso y fiel a la Iglesia Católica. Ojalá el Azuay, esta tierra afectuosa a Bolívar, se apresurara a acordar la manera de celebrar el Centenario de su muerte el 17 de Diciembre de 1830; para que así la Iglesia y la República, en un solo sentimiento, de afecto y gratitud, rindan el homenaje debido al fundador de cinco Naciones.

NOTA.—Concluida la impresión de este artículo, hemos adquirido interesantes datos en honor del Dr. Révérend, dispensado por el gobierno de Venezuela; digno de ser conocidos, para que se sepa que la América ha cumplido con un deber de gratitud, rindiendo homenaje de agradecimiento para con el médico que medicinó al Libertador.

El Congreso de Venezuela en 1867, recordó la obligación que pesaba sobre la Gran Colombia para con el médico, respecto del Despacho de Cirujano Mayor del Ejército. El Congreso de aquel año, resolvió dar una Medalla de oro a Révérend con esta inscripción:—"Congreso de 1867. Venezuela agradecida a A. Próspero Révérend."—Justa reconvención al silencio de los hombres de aquella época aciaga, que ultrajando la dignidad de Bolívar no cumplieron a tiempo con la obligación.

Venezuela, hizo algo más en honor del médico. El Busto del Libertador, es una Condecoración de alta valía político-literaria; y sus agraciados dan a conocer por ello su patriotismo, luces y servicios prestados a la Patria. Venezuela condecoró al médico con el Busto del Libertador de cinco naciones.

La pobreza es herencia de los genios, y van con ella al sepulcro; y cuando los gobiernos tratan alejar esta miseria, envidioso rencor de la fortuna, con algun generoso auxilio; los pueblos son los mas agradecidos y al transcurso de los años, la gratitud surge del olvido de los tiempos. Venezuela asignó una pensión anual al Dr. Révérend. Justa recompensa al ilustrado médico que murió el 1º de Diciembre de 1881, a los 85 años de edad en Santa Marta, a su regreso de Paris. Estas apuntaciones tomamos del Libro de Oro, de Bolívar.

Guenca, Abril 10 de 1929.

Ezequiel Márquez

Director de la Biblioteca "Juan Bautista Vázquez".

DISCURSO

pronunciado en la inauguración del curso escolar del presente año, por el Decano de la Facultad de Medicina, Sr. Dr. Dn. Emiliano J. Crespo.

Señor Rector de la Universidad, Señores Profesores, Señores:

La disciplina que tiene mandatos irreplicables me impone el hablaros hoy desde esta tribuna que siempre sirvió de pedestal al mérito. Si una orden superior no me la hubiera impuesto, jamás me atrevería a dirigiros la palabra, dejando que otro verbo más elocuente halagne vuestros oídos, con la musicalidad de la bien cortada frase, y vuestras mentes, con lo florido y conceptuoso del pensamiento.

Mas como lo primero es obedecer, si no se quiere alterar el orden de una Institución, vedme aquí, confuso y acortado ante tan ardua empresa que no osaría acometer si no contase de antemano con vuestra nunca desmentida benevolencia y con vuestra fina sagacidad, que sabe no pedir al olmo aquel fruto delicioso que sólo se sazona en las frondosas ramas del fecundo peral.

Así excusaréis que esta mi mal pergueñada alocución se dirija tan sólo a los indulgentes alumnos de este noble Plantel que, si no por el buen concepto que de mi competencia hayan formado, tendrán que

soportarme también por disciplina.

Con vuestra venia, voy pues a entrar en materia:

Señores estudiantes:

La sucesión indefinida del tiempo nos ha conducido a la iniciación de un nuevo año escolar. Las vacaciones, como una exhalación, han pasado presurosas. Todavía vuestras inteligencias fatigadas por el estudio no han tomado todo el reposo apetecido, y ya la ruda tarea vuelve a llamaros con la imperiosa voz del deber. Las puertas de la vieja casona universitaria se abren, como dos brazos maternos, para recibirnos en la adusta morada de la ciencia. Y vosotros, fieles al cumplimiento de vuestros anhelos, acudid presurosos, como soldados disciplinados, para tomar las armas y aprestaros a la empeñosa lucha por la conquista del saber.

Un año más de estudio y labor es una etapa que os acerca a la ambicionada meta. El entusiasmo juvenil que os anima es la prenda segura del éxito, pues nada os arredrará y, ante la voz poderosa de los clarines guerreros de vuestra indomable voluntad, pronto caerán los muros de la ciudad que vais a conquistar.

Juventud es ardor y entusiasmo; es felicidad y heroísmo; es ilusión y amable inconciencia! Juventud es divino tesoro con que se compran las joyas inaquilatables de la vida.

Felices vosotros que la poseéis, porque poseyéndola sois los dueños del porvenir!

¡Juventud, bendita juventud, alma y nervio de la existencia; feliz espejismo que en el desierto de la vida muestra amplios oasis con fuentes puras y frescas en donde los labios sedientos esperan abrevarse de goces y consuelos; con palmeras de jugosos dátiles que satisfarán vuestras hambres de dicha y darán palmas para galardonar vuestros combates gloriosos!

¡Juventud, miraje saludable y bondadoso que incita a seguir sin desfallecencia por la senda del arrenal; sin sentir que se queman los pies y que se seca la garganta!

Ella es fuente viva de energías, almacén de omnipotentes fuerzas que impulsan el motor de la existencia.

Vosotros sois dueños de esa hada poderosa y debéis aprovechar de sus favores antes de que la primera arruga cruce vuestra faz y la primera cana, como fatídico estigma, como dañosa liana, se enrede en el bosque vigoroso de vuestra cabellera y se arrolle al rededor de vuestra alma con el blanco color de las primeras nieves y el frío precursor del pavoroso invierno de la vida!

Los que trasmontamos ya la cumbre y vemos desvanecerse en las penumbras del pasado ese plácido miraje; los que sentimos en el yermo del alma las frías rachas del inmediato invierno, que van deshojando una a una las flores de la ilusión; los que miramos sangrar nuestras plantas adoloridas a la punzante caricia de las espinas de la ingratitud y del desengaño; los que vemos quemarse las palmas de la siempre ambicionada y nunca alcanzada gloria, esparciendo negra humareda que lastima y empaña nuestros ojos; volviéndonos hacia el pasado bello y seductor lloramos, sí, lloramos la añorada "juventud, ese divino tesoro que se fué para no volver"....

Felices vosotros que la poseéis. ¡Felices, que en el más íntimo de los consorcios, en el más estrecho de los abrazos, sois dueños absolutos de ella. La sentís circular en vuestras arterias; toma en vuestros pulmones 'el oxígeno vivificante de la atmósfera; preside desde vuestro cerebro los más nobles pensamientos y los más audaces ideales; en los nervios es mandato, en los músculos acción, y en vuestros corazones canta, como plácida alondra, el himno triunfal que os impele a las alturas del azul firmamento de vuestros anhelos!

Seguid sus nobles impulsos; obedeced a sus suaves mandatos; dejaos conducir por su mano cariñosa y procurad conquistar la gloria, antes que la juventud os abandone.

Trabajad asidua y empeñosamente para alcanzar la posesión de la ciencia a que aspiráis. Un minuto que se pierde, un segundo que no se aprovecha son

un caudal de energías que se desperdician.

No confíes en el presente, pues el presente no existe, trabajad para el porvenir y en el porvenir.

La existencia es un torbellino. Nada hay estable ni definitivo: tan sólo las formas persisten, los elementos cambian y se suceden en sucesión indefinida. Hasta la materia bruta, que se presenta a nuestros sentidos como el símbolo de la estabilidad, es un emporio de movimiento inconcebible. Los electrones, fuerzas aún no bien definidas, giran vertiginosamente en el seno de los átomos y, después de cumplir su misteriosa misión, se escapan en potentes radio—actividades, para marcharse a lo infinito: van talvez a contribuir a la formación de nuevos universos en el seno de las nebulosas, asombroso enigma que contemplan atónitos los sabios con sus potentes telescopios?

Giran los astros en sus órbitas con raudo movimiento, hasta que un día rotos y disgregados volverán acaso al seno de la materia cósmica.

Nosotros experimentamos también dentro de nosotros mismos esta constante mutación: la materia que nos constituye hoy no es la misma que la que nos constituyó ayer.

Y en la vida de la humanidad, en la existencia de los pueblos y las sociedades, el hombre es también un elemento transitorio y fugaz: penetra al nacer en el torbellino, gira vertiginosamente atraído por un centro que jamás alcanzará y luego la muerte lo arroja fuera como un insignificante despojo. Nosotros nos hallamos quizás en aquel período en que la fuerza centrífuga dominante nos va a expulsar definitivamente del torbellino de la vida. Vosotros acabáis de penetrar en él y es torzoso que os preparéis a cumplir con arrogancia el papel de transitorios elementos.

Dejando el terreno de la metáfora, queridos alumnos de la Universidad de Cuenca, quiero manifestaros que al iniciar el nuevo curso escolar debéis llevar firmes propósitos de trabajar con ahínco y constancia. La preparación universitaria es la obra fundamental del edificio de los conocimientos que estáis llamados a adquirir en el curso de vuestra vida profesional. El ri-

guroso método, la ordenada sucesión que se observa en el aula, yendo de lo simple a lo complejo, vienen a constituir un conjunto armónico y bien trabado que queda incommovible en el fondo de la memoria. Cuando hayáis terminado vuestra carrera y, provistos del ambicionado título, salgáis a la escena profesional continuaréis por fuerza estudiando, mas no seguiréis el método y el orden sino que tendréis que esparigar forzosamente en los diversos ramos de la Ciencia, según vayan presentándose los casos prácticos de vuestra clientela.

Tomando en cuenta estas razones comprenderéis, desde luego, que quien quiere ser un buen profesional debe ante todo ser un buen estudiante. Aquel que no se prepara bien en la Universidad tendrá necesariamente grandes deficiencias en sus conocimientos. Además, el alumno tiene ordinariamente garantizada su subsistencia mientras concurre a las aulas. Después le toca ya la tarea de luchar por la vida, y las múltiples atenciones de esta lucha apenas le dan tiempo para llevar a cabo un estudio concienzudo.

Aprovechad de este precioso tiempo para almacenar en vuestra inteligencia la mayor reserva posible de conocimientos; reflexionad que de esto depende vuestro porvenir profesional.

¡Felizmente estudiáis por convicción!

Es absurdo e incontestable el proceder de algunos estudiantes que escatiman el trabajo y, llevando una vida de holganza, no buscan adquirir conocimientos, sino solamente obtener un diploma. Estos estudiantes se traicionan a sí mismos y traicionan a la sociedad. El título es certificado de competencia que se expide al fin de los estudios y autoriza a una persona para ejercer dignamente una profesión. Si se lo ha alcanzado mediante el engaño o talvez por un golpe de suerte, es un documento apócrifo y falso, y el ejercicio de la profesión resulta un fraude constante y un hurto permanente.

Si sois hombres de bien, personas honorables, procurad almacenar en vuestros cerebros buenos y sólidos conocimientos a fin de emplearlos en hora oportuna en

beneficio de los que busquen vuestros servicios. Sed como los comerciantes honrados que adquieren los géneros de mejor calidad y los tienen almacenados para venderlos honorablemente. De otro modo tendréis que expender mercaderías falsificadas o adulteradas.

La vida del profesional es de constante estudio, pues, además de las naturales deficiencias de la memoria que nos hacen olvidar algo de lo adquirido, el progreso de las ciencias es tan rápido y constante que los descubrimientos de mañana modifican inmensamente los conocimientos de hoy, y si no adquirís el hábito del estudio, éste os costará mayor trabajo en lo futuro y pronto quedaréis atrasados en la vertiginosa progresión de la ciencia.

Y esta es una progresión geométrica: mientras el tiempo sigue su marcha isócrona, agregando minuto sobre minuto, día sobre día, año sobre año, siglo sobre siglo, el progreso de la ciencia se duplica casi con cada medida de tiempo. ¡Cuán lejos estamos hoy del estado semiembrionario de las ciencias físicas de hace cien años!

El hombre ha conquistado y dominado la mayor parte de las fuerzas conocidas y se vale de ellas como de dóciles instrumentos. Aprovechándose de las energías almacenadas desde las épocas geológicas en la hulla y el petróleo, las transformó y utilizó por medio de las máquinas de vapor y de los modernos motores de esencia mineral. La electricidad, hada omnipotente, que aún oculta su faz a nuestras miradas, es hoy el mejor aliado del hombre: pone el brillo de sus más preciados diamantes en la lámpara eléctrica, para alumbrar sus oscuras noches; es fuerza poderosa que mueve las máquinas industriales y arrastra los carros del progreso por la superficie del globo y por sus fecundas entrañas; lleva la salud y la vida, canalizada en los conductores de las máquinas que la Medicina emplea; en forma de misteriosos rayos transparenta el organismo humano, permitiendo ver la causa del mal en la entraña palpitante o en el seno del cerebro sede del pensamiento; trasmite la idea por los espacios sin límites en las ondas hertzianas llevando también la armo-

nía de su voz y de sus instrumentos musicales, y reproduce a lo lejos la figura y el semblante de este audaz Prometeo que hoy más que nunca puede llamarse el Rey de la Creación.

El hombre ha conquistado también la atmósfera y las oscuras profundidades del mar. Pronto, talvez viajará al través de los espacios interplanetarios: su genio poderoso ha demolido todas las columnas de Hércules y ha borrado el *non plus ultra* de todas las barreras que antes le detenían en su marcha hacia el progreso indefinido.

En no lejano día aprovechará las fuerzas plutónicas captándolas en el cráter de los volcanes y llevándolas dóciles por una delicada red de conductores hasta todos los lugares en donde quiera utilizarlas.

Ya el rayo mismo, ese elemento misterioso y destructor, va a entrar en negociaciones con el hombre, para servirle en sus industrias como un nuevo obrero dócil y complaciente que inclina su frente ante la omnipotencia del pensamiento humano.

Y hay energías de la naturaleza que aún permanecen inexploradas, pero que en día no lejano nos permitirán llegar a prodigiosas creaciones: tales las fuerzas intraatómicas que nos reservan para el futuro admirables sorpresas.

En las ciencias que cultiváis el progreso sigue una marcha paralela al de las demás. La falange de los sabios que pueblan el mundo, con trabajo tesonero e infatigable, hace cada día nuevos y trascendentales descubrimientos.

El profesional que descuida por un momento el estudio, quedará, pues, resagado en el viaje permanente hacia la posesión de la verdad.

Ved aquel navío que, impulsado por poderosa máquina, surca rauda las olas del océano; desde el puente ha caído al mar un marinero y se ha hundido en el seno de las aguas. En el cortísimo tiempo que decurre desde el momento en que cayó hasta aquel en que vuelve a la superficie, el navío se ha alejado tanto que apenas se ve en el horizonte las negras volutas de humo que arrojan sus chimineas. El naufrago

lo ve perderse en remotas lejanías, contempla como se esfuman en lontananza las últimas esperanzas de la vida; sus brazos robustos y habituados a las largas navegaciones, no son capaces de acercarle un palmo a la nave que en su ciega y vertiginosa marcha se lleva todo aquello que le liga al mundo de los vivientes. Exhausto de fuerzas y abatido por la lucha material contra el mar que le reclama, como a su segura presa, y el combate moral con la desesperanza, sucumbe al fin libando el trago letal de la muerte.

Permitidme, señores, que encuentre en esta siniestra tragedia del mar un símil con lo que pasa con aquel que por descuido o desidia deja escapar el navío del avance de la ciencia; de aquel que se duerme sobre el acervo de conocimientos adquiridos: cuando despierta de ese fatal ensueño la gloriosa nave se halla ya a muchos cables de distancia y no es posible alcanzarla; de modo que, el descuido o el moroso de las disciplinas del saber sucumbirá de seguro.

El trabajo que ha sido el inseparable compañero de la humanidad desde que ésta puso sus plantas sobre la tierra, se vuelve cada día más rudo y pertinaz; y el que no trabaja sucumbe. Renovarse o morir es el dilema que hoy más que nunca se plantea en la agitada vida moderna.

Trabajad, pues, constantemente, empeñosamente, valerosamente, pues, siempre el trabajo es el generador del éxito, y la constancia la clave del triunfo.

Que el ejemplo de los grandes hombres, que han hecho las más trascendentales conquistas en la historia de la humanidad, os ilustre y guíe siempre. Hoy que todo un continente celebra la Fiesta de la Raza recordad a aquel luminoso genio que, merced a su constancia y a la tenacidad de su carácter, logró completar el mundo, uniendo al hemisferio antiguo el nuevo hemisferio, y sacando, al poderoso conjuro de la vara mágica de su genio, a la virgen y fecunda América del seno de los mares tenebrosos; de aquellos mares que la superstición y la ignorancia habían poblado de monstruos indescritibles y habían puesto al borde del inmenso abismo que limitaba la tierra.

Cuántos años de miseria y cuántos desengaños tuvo que arrastrar Colón antes de llevar a cabo su prodigioso descubrimiento! Vedlo en la Corte de Juan Segundo de Portugal, víctima del desprecio y de las intrigas de los miembros del gran Consejo quienes quisieron robar al Genio el producto de su mágica intuición, enviando a hurtadillas un piloto que vaya a explorar los mares en busca de las soñadas tierras del inmortal Genovés.

Vedlo atravesar la frontera de España llevando de la mano a su tierno hijo, con los pies adoloridos y el corazón sangrante. Vedlo llamando a las puertas del Convento de la Rábida, pidiendo pan y abrigo para él y para su hijo. Vedlo siguiendo durante seis años a la Corte de los Reyes Católicos, ocupados entonces en la reconquista del glorioso suelo de España. Cuántas contrariedades y decepciones hubo de sufrir en esa larga peregrinación, pues si Juan Pérez de Marchena y Diego de Deza, frailes ilustres que comprendieron su inspiración, le extendieron su mano generosa y le dieron su incondicional apoyo, otros como Fernando de Talavera, por ignorancia o por envidia, combatieron como absurda y erética su doctrina.

Vedlo volver desalentado y triste, al contemplar frustradas sus esperanzas, hacia el Convento de la Rábida en donde su único fiel amigo Pérez de Marchena le recibió cariñoso. Nuevamente este ilustre monje escribe a la magnánima Reina Isabel, quien por su apoyo lleno de sublime desinterés a la obra del descubrimiento de América debe compartir con Cristóbal Colón la gloria imperecedera y la rendida gratitud de la humanidad. La contestación favorable de la Reina inspira nuevo ánimo al intrépido Genovés y se traslada otra vez a la Corte; pero allí encuentra nuevos obstáculos por la realización de su sublime plan, y se le objetan muchas condiciones que quería estipular con los Soberanos, antes de lanzarse a la invención y a la conquista de un mundo.

Así, resuelve abandonar España, para ir a ofrecer al Rey de Francia la posesión de un hemisferio.

Un emisario de Isabel le detiene en su camino,

La ilustre Soberana abre sus cofres y ofrece sus más brillantes joyas para subvenir a los gastos de tan grandiosa empresa. Este generoso arranque del corazón femenino triunfa sobre el ánimo calculador de Fernando, quien resuelve al fin permitir a Colón que lleve a cabo su talvez temerario proyecto.

Mas ni allí terminan las vicisitudes que debía arrosar el gran Almirante. Nadie quiso obedecer el mandato regio. El temor justificable de lanzar sus hombres y sus naves a la inmensidad del insondable océano, conduciéndoles a una segura destrucción, obliga a los armadores de todos los puertos de España a negar su concurso a la temeraria empresa. Vencidas por fin tantas dificultades gracias al influjo de Pérez de Marchena y al valor de los Pinzones, zarpa la diminuta escuadra compuesta de tres galeras tan pequeñas como barcas de pesca, conduciendo a ciento veinte aventureros que no llevaban otra garantía de éxito que la intuición de un loco sublime.

¡3 de Agosto de 1492! fecha memorable en la historia de la humanidad.

Y aquí comienza la parte verdaderamente épica de la lucha que hubo de sostener Colón para unir los dos hemisferios. ¡Cuántos combates interiores tuvo que librar, cuántas insidias que desenmascarar, cuántos desalientos de la tripulación que vencer: la vista del volcán de Tenerife que causó en el ánimo de los marinos supersticiosos terrores, las averías que sufrieron la Pinta y la Niña, la variación de la aguja de marcar, único infalible guía con que contaba en la desconocida inmensidad que recorría, y que en esos momentos parecía también traicionarle, dejándole entregado al acaso y la aventura, los motines de la tripulación de las naves que quería arrojar al mar al temerario aventurero, que por confirmar una utópica concepción de su loca fantasía, arrastraba a ciento veinte hombres a la más segura muerte.

Mas para el Genio de Colón una brizna de hierba que flotaba sobre las olas, una blanca garza que cruzaba el espacio, el perfume de flores que blandamente trasan las ondulantes aguas del mar, eran otros tantos emisarios de un mundo desconocido y ya cer

cano. Y su carácter indomable se aferró más y más a su propósito, y al fin, después de dos meses de navegación por parajes que nunca recorrió el hombre, el 12 de Octubre de 1492 el inmortal Genovés puso su planta sobre las primeras tierras de América. ¡El genio y la constancia habían salvado un mundo de las cadenas de la ignorancia y de la barbarie!

En nombre de Dios todo poderoso tomó posesión Colón de las vírgenes tierras de la joven América, pues la fe, que es la luz de las almas, la estrella polar de las inteligencias, la aguja de marcar que nunca falla, es el único guía que puede conducir al hombre al través de todas las vicisitudes, dominando todos los obstáculos y desafiando todos los peligros!

Ningún día más a propósito que el día de hoy, en que se conmemora el hecho más trascendental de la historia, para recordaros siquiera a grandes rasgos esta sublime epopeya del genio y del carácter y ponerlos al gran Genovés como un ejemplo de constancia y de valor que debéis imitar, pues toda empresa, grande o pequeña, exige en quien la acomete estas tres cualidades: valor, trabajo y perseverancia. El trabajo individual es siempre un aporte no despreciable a la obra común de perfeccionamiento de la sociedad humana. Felices seréis si por lo menos contribuís en una mínima parte a la consecución de ese noble fin, y no quedáis, como un escollo, inmóviles en el lecho del caudaloso río que sigue su curso hacia el infinito mar de la verdad.

Y cuando hayáis alcanzado el ideal de vuestros anhelos que no os importe que la ingratitud o la envidia os den a libar su amarga copa.

Colón, el completador del mundo, volvió cargado de cadenas a la Nación para quien había conquistado la mitad del planeta, haciendo que en sus extensos dominios no se pusiera jamás el sol.

Colón, que descubrió el Continente en donde el Potosí y la California debían saciar la sed de oro que devoraba a los conquistadores, murió pobre y abandonado como el más mísero mendigo.

Y que la conciencia del deber cumplido sea vues-

tra compañera en el momento en que, arrojados del torbellino de la vida, vayan a sumergirse vuestros espíritus en las luminosas lejanías del infinito más allá.

Cuenca, 12 de Octubre de 1928.

ÉMILIANO J. CRESPO.

DISCURSO

pronunciado por el Señor Vicerrector, Dr. Dn. Octavio Díaz, en el acto de inaugurarse la Escuela de Pintura, el 29 de Junio de 1929

Señoras, señores:

La vida social se compone de contrastes: al lado del cañón que retumba y esparce la muerte en lucha fratricida, suenan los épicos cantos de los poetas, anunciadores de la gloria: entre el rudo crujir de las máquinas del industrialismo contemporáneo, aparece la pensativa silueta del genio que, robando horas al rudo luchar por la existencia, traduce en el lienzo, en el verso y en el mármol, el concepto espiritual forjado en su mente creadora.

El arte complementa la existencia individual y colectiva; pues siendo el hombre, pensamiento, sensibilidad y actividad, no puede obtener la plenitud de la vida, sino satisfaciendo esa sed inextinguible de verdad, de belleza y de bien.

Mas, señores, os parecerá extraño que, en estos tiempos de rudo positivismo os venga a hablar de los conceptos abstractos de arte y de belleza, cuando al decir de muchos, estas son ideas anacrónicas, pasadas de moda, que recuerdan únicamente épocas de gloria que fueron la expresión de la cultura que alcanzaron Grecia y Roma, en la antigüedad; Italia, Francia y España, en la Edad Media.

Pero no sólo voy a hablar de esos conceptos ideológicos, sino que os voy a anunciar que la Universidad de Cuenca—representación de la cultura del país—, establece hoy una Escuela de Pintura, para que nuestra juventud, apasionada por lo noble y por lo bello, eduque su sentimiento estético, y, acomodándose al medio, sea la expresión gráfica de nuestro progreso.

Para manifestaros que el arte comprendía la civilización de un pueblo, véome obligado a discurrir, sintéticamente, sobre lo que es él y su utilidad.

En acepción generalísima, el Arte significa, la suma de medios encaminados a obtener un efecto; comprendiendo este concepto amplio, tanto a las artes mecánicas e industriales como a las Bellas Artes, las que se diferencian sustancialmente de las primeras en que, las mecánicas o industriales, realizan una obra útil, antes que bella; y las Bellas Artes tienen por finalidad la creación de la belleza; por manera, que el Arte, propiamente tal, es la función que crea obras bellas y el artista es sér superior, que tiene el dón soberano del genio, con el cual da vida real a la belleza, asimilando la que existe en los seres de la naturaleza e iluminándola con los resplandores de la espiritualidad.

Estos conceptos han sido sostenidos por ilustres filósofos: Kant, fue el primero que expuso, con demasiada claridad, la oposición entre la idea de lo bello con la de lo útil: refiere lo bello a la práctica desinteresada, al juego libre de nuestra imaginación, de nuestro entendimiento.—Schiller dice: “El artista, en vez de fijar su atención en las realidades materiales, busca solo las apariencias, y ésto le basta: el arte supremo es el máximo de dinámica espiritual, en donde, por decirlo así, jugamos con el fondo mismo de nuestro sér”.

Mas para la comprensión del concepto Arte, se impone explicar lo que es la Belleza.

La filosofía de lo bello ha sufrido, también, las modificaciones inherentes a la ley de evolución, que se fundamenta en el medio circundante, en el desarrollo de las ciencias positivas, en las consecuencias que dimanar de las costumbres y usos tradicionales, y, finalmente en el influjo de las creencias religiosas:—para Platón y Aristóteles, y la escuela peripatética, con Santo Tomás de Aquino, es bello lo que deleita la vista: “*pulchra sunt quæ visa placent*”, (bellas son las cosas que vistas agradan).—De esta doctrina surge, naturalmente, la dificultad de que es tan personal la apreciación de la belleza, que está sujeta a las disposiciones particulares del individuo, lo que naturalmente no puede dar fundamento básico para la construcción científica de la Estética; pues el concepto individual es sólo una modificación subjetiva de la persona, que a veces no corresponde a la realidad.

Los filósofos modernos sustentan el principio de que, el origen de lo bello hay que buscarlo en lo agradable, concepto que significa para estos, vida libre de dificultades: vivir, pues, una existencia plena, es para ellos estético, y el máximun de la belleza consiste en llevar un vivir superior, intelectual y moral.

Guyau, en su obra "Los problemas de la Estética Contemporánea", dice: "Lo agradable es un foco luminoso, del cual es la belleza el nimbo resplandeciente; pero todo foco luminoso tiende a irradiar, y todo placer propende a convertirse en estético. Lo que quedó sólo en agradable, aborta, digámoslo así: la belleza, por el contrario, es una especie de fecundidad interior".

Del concepto científico de Guyau, se deducen las siguientes consecuencias: que la sensación agradable no es estética, cuando falta intensidad en la representación, pues obstaculiza la extensión de la percepción y su difusión en el sistema cerebral; que cuando un placer adquiere en la conciencia la mayor extensión, compatible con la mayor intensidad, se llega al grado más perfecto de satisfacción, sensible e intelectual a la vez; y que, el tiempo necesario para la difusión de la sensación en el cerebro y su correspondencia en la conciencia, necesita siempre el juicio sobre la belleza de la percepción. Por esto se ha dicho que el juicio estético no llega casi a ser instantáneo, sino mediante la acumulación de experiencias en el individuo o en las razas, ésto es, por la educación de la persona y de los grupos sociales.

Ahora bien, el hombre vive en íntima relación con la naturaleza; esta le ofrece la materia prima para las concepciones artísticas; y el ideal que es prototipo forjado en la mente, necesita para su exteriorización de medios adecuados: el poeta materializa la idea por la palabra y el ritmo; el músico recorre los múltiples sonidos de la naturaleza, y los coordina y conforma, como sirviéndose de un lenguaje, a sus sentimientos íntimos de alegría o tristeza; la piedra y el bronce espiritualizan el pensamiento del Genio; y ya es el Moisés de Miguel Angel; ya la Venus de Fídias o de Milo; famosas creaciones que materializan la idea, que traducen el pensamiento y que inspiran esa sensación de placer estético en los que admiran esas producciones.

El color es una cosa inmortal, y en la paleta del artista se da vida a creaciones admirables, trasunto fiel del genio puesto en contacto con la naturaleza y con la sociedad, pues al decir de un ilustre filósofo: "la humanidad parece cada día más sensible al idioma de los matices, a todos los juegos de luz, siendo ilimitados los horizontes de belleza que se presentan al pintor".

El genio portentoso de Miguel Angel concibió la Basílica de San Pedro, síntesis del arte arquitectónico, creación sublime que explicó el consorcio entre la Religión que enseñaba la vida ultraterrena y el Arte, y que fue la expresión de la cultura artística de los siglos medioevales.

Mas, señores, queda en pie la segunda dificultad enun-

ciada al principio de este discurso: ¿sirve el Arte para la perfección del hombre y de la sociedad?

La respuesta es sencilla: la persona y el grupo humano no pueden culminar en la cultura individual y colectiva, sino cuando las fuerzas psíquicas tengan el objetivo propio que las ennoblezca y dignifique. La Belleza, como lo dije, necesita de pensamiento, de la sensibilidad y de la actividad humanas para ser percibida, y, la contemplación de la Belleza produce, para la generalidad, los placeres más puros, que son a manera de oasis en la borrascosa lucha que el hombre sostiene para bien vivir: la contemplación de la belleza suaviza las pasiones, corrige las violencias, estimula el carácter, le hace concebir al individuo pensamientos que le alejan de las miserias de la vida y le ponen en contacto con lo ideal, con lo suprasensible. En muchas ocasiones un dejo de amarga decepción se dibuja en su fisonomía, cuando la contemplación de lo sublime le hace medir su pequeñez, ante la grandiosidad y magnificencia de espectáculos verdaderamente admirables, y por el poder que revelan, ya por la fuerza que los encamina; pero aún en medio de esta sensación deprimente, el hombre levanta la razón hacia regiones desconocidas, y, audaz interroga el secreto misterioso de la fuerza que le subyuga.

El Arte tiene representación y ejerce influencia eficaz y estimuladora en todos los órdenes de la vida política y social del individuo y del grupo. El Arte vive en una esfera de amplia libertad: al genio no se le ponen trabas: la realización de sus ideales tiene cooperación decidida bajo la Democracia,—gobierno en el que tiene preeminencia sólo la virtud, el talento, el genio,—de esto proviene que nunca fue más grande Grecia que bajo el gobierno de Pericles, que se propuso expresar el alma colectiva de la ciudad, embelleciéndola con monumentos que siempre serán el timbre y orgullo de la cultura clásica de Atenas.

El Arte, si bien vive enfermo, en la Monarquía y en muchas ocasiones toma el incensario para glorificar a déspotas y tiranos, en la República es el fiel reflejo de la vida nacional, consagra las hazañas de sus héroes, inmortaliza a sus sabios, exalta a la virtud, enseña y estimula, perpetuando la memoria de sus grandes hombres y ejerce una justicia civilizadora, enalteciendo el mérito de los esclarecidos patriotas.

El Arte es, además, lección de civismo; pues, refiere los hechos gloriosos, recoge las crónicas que dieron origen a la existencia de la Patria, manifiesta en forma gráfica lo que es el patriotismo—renunciación absoluta de la persona para la aseguración de los intereses del Estado—: el Arte es, pues, la expresión del sentimiento nacional, pues el artista crea los símbolos y las figuras, y en íntimo consorcio con el pueblo,

que le da ocasión para esas creaciones, labora conjuntamente, no sólo para ellos y para el presente, sino para el porvenir glorioso de la Nación y de la Raza. Pericles decía, refiriéndose a los grandes monumentos artísticos que embellecían a Atenas: "que las obras del genio son como las empresas políticas y guerreras, los testimonios brillantes que aseguran la admiración de nuestros contemporáneos y de la posteridad; pues actualmente somos objeto de admiración del mundo y lo seremos también en el porvenir".

Habéis observado, señores, como actualmente en las grandes capitales de Europa y América el Arte domina todas las relaciones sociales: aquellas se imponen por su belleza, su comercio y su fuerza guerrera.

La misión social del artista, en la época contemporánea, si bien exclusivista e individual, no es extraña a las finalidades del Estado: si se trata de glorificar a los héroes que han mantenido la integridad de la patria, el Arte los corona y los perpetúa en el bronce y en el mármol; y, en el lienzo, les escribe la historia del hecho glorioso, y el poeta entona el himno de triunfo y la sinfonia armoniosa preludea las notas nacidas al calor del fuego santo del patriotismo, y de los recuerdos del heroísmo y sacrificios de esos hombres lumbreras que representan la existencia de un pueblo, la cultura de la raza, el prestigio de la especie.

El Arte es aliado insparable de la Religión: el hombre, antes de materializar la belleza estética real, fundada en la naturaleza, idealizó el mito, divinizó a los héroes, colocó en altares a los dioses, llevó más adelante su entusiasmo por lo religioso, levantó el templo de Juno, las catedrales góticas, los templos de Santa Sofía en Constantinopla, de San Pedro en Roma y de San Pablo en Londres: inspiró el juicio final a Miguel Angel, la Cena a Leonardo de Vinci, las Virgenes a Murillo, la Madona a Rafael de Urbino....

El Arte es, pues, señores, la síntesis de lo que el hombre ama, cree y goza: no pueden las sociedades prescindir de él, está enraizado en el pensamiento y en el corazón, y siempre es la personificación de esos locos sublimes llamados genios.

Pues bien, señores: esta obra altamente civilizadora del Arte, ha tenido contradictores, pues, algunos han negado su supervivencia, asegurando que las sociedades modernas tienden a su aniquilamiento y anulación.

Ya en el siglo XVII decía Pascal: que no existía diferencia entre el oficio de poeta y de bordador; más tarde Montesquieu se expresó irónicamente en los siguientes términos: "Los poetas tienen por ocupación agobiar la razón y la naturaleza bajo los adornos, como en otro tiempo las mujeres desaparecían bajo sus perifollos"....Estas frases que si bien se aceptaron al

principio como genialidades de esos escritores y dieron margen a una vibrante protesta de Voltaire, al presente, gran número de sabios y pensadores, las juzgan exactas.

La ciencia es la gran obsesión del mundo: la razón, dueña del cosmos, descubriendo los secretos de la vida, estudia el poder de la fuerza y la capacidad de la materia. Es la diosa inmortal, a la que se rinde tributo, menospreciando el Arte, que significa también ciencia y sentimiento.

Se ha dicho que los poemas épicos han muerto, desde que no es el valor individual y el heroísmo los que definen y resuelven la contienda, sino el fuego de la metralla. Pero sí, observad: que no hay institución más relativa que la del Arte, ni que se adapte mejor a las condiciones del medio: bien está que haya desaparecido el poema épico, que para su trazón necesitaba de lo maravilloso, que haya pasado a la historia la tragedia, con sus escenarios inverosímiles; pero no podrá negarse que del mundo entero se levanta un himno lírico, que pregona las bellezas de la naturaleza, de las instituciones políticas, de las religiones, del amor y del trabajo.

Se ha dicho, también, que siendo la ciencia la obsesión del individuo actual, la fuente legítima de belleza que es el hombre y la mujer, no pueden presentar ejemplares como el atleta griego, porque la labor mental, desarrollando el sistema nervioso y el cerebro, atrofia los músculos, y resulta el hombre una planta enferma, raquítica y sin gracia.

Esta observación está contestada por el sabio Guyau, quien dice: "Si atribuimos un desarrollo tan milagroso en el porvenir al cerebro humano, debe suponersele, lógicamente, bastante inteligencia para notar a tiempo la decadencia que aminora el resto del organismo. La gran anomalía de nuestra época es que la ciencia que invade a la instrucción no ha regulado prácticamente todavía la educación por entero; pero es peculiar de la ciencia curar las heridas que ella mismo causa, y puede hacerlo mediante la educación más sensata, por un mejor concierto de la higiene y de la gimnasia; en una palabra, por la aplicación más metódica de las leyes que rigen el armonioso desarrollo de los órganos".

Pero aceptaré el supuesto que, efectivamente, el hombre de los siglos venideros continuará desarrollando sólo su sistema nervioso, en cuanto lo permita la salud de su organismo; este sistema de desarrollo forzosamente debe reflejar en la fisonomía el grado de cultura intelectual que ha adquirido ese cerebro: y bien, señores, ¿qué belleza más varonil, más ampliamente estética que la del pensador excelso que lleva en su mente el fiat que crea? ¿no es verdad que, en el fondo de sus ojos eternamente bellos, se transparenta el infinito de sus pensamientos?—Puede ser que el cuerpo sea menos fuerte

que el de los atletas griegos, o de los gigantes pleróticos de Rubens: pero la cabeza será soberanamente hermosa y dará modelo para hombres más perfectos que el Apolo de Velvedere.

Voy a terminar, señores: el Arte está connaturalizado con el hombre, su psiquis no puede desarrollarse plenamente sin el concepto estético; y si se quiere hombres perfectos y sociedades cultas establézcanse más academias de Arte, fundemos escuelas, como la que actualmente va a iniciar sus labores; pues, no importa que el rudo mercantilismo acese sus golpes contra la Ciencia y la Belleza, patrimonios excelsos de la humanidad.—Convoquemos, señores, a nuestro pueblo: venga a este lugar a culturizarse con la imitación de la naturaleza, con la reproducción en el lienzo de los hechos gloriosos; escriba en él la historia de la Patria, perpetúe la figura de los hombres que se han recomendado a las generaciones presentes por sus talentos y virtudes; y dentro de una amplia esfera de libertad y bien, materialice el ideal en forma plástica, para decoro y lustre de esta bella tierra cuencana, patria de poetas y pensadores, para gloria de la Nación Ecuatoriana y para prestigio de la Raza Latino—Americana.

Señores: que el sol del Arte, cuyos rayos luminosos rodean de espiritualidad las creaciones del genio, no tengan ocaso en este hermoso suelo.

En representación del muy Honorable Consejo Universitario de Cuenca, y por expresa delegación de él, declaro oficialmente inaugurada la Escuela de Pintura, como Institución dependiente de esta Universidad, bajo el régimen del por mil títulos recomendable Profesor, señor don Luis Toro Moreno, a cuya notoria probidad añade brillantes ejecutorias de artista distinguido.

Dejo, también, constancia de la gratitud de la Universidad para con el Señor Presidente de la República, Doctor Don Isidro Ayora, autor del Decreto en que se creó esta Escuela; así como del reconocimiento nuestro para con el Señor Ministro de Instrucción Pública, Doctor Don Manuel María Sánchez quien, con sobra de gentileza, ha facilitado los medios económicos para adquirir el material escolar necesario para esta modesta inauguración.

DISCURSO

del señor don Luis Toro Moreno en la sesión solemne del Consejo Universitario, en la cual se inauguró la Escuela de Pintura.

Señor Gobernador de la Provincia del Azuay, Señor Vicerrector de la Universidad de Cuenca, Señores Profesores, señores:

Han pasado cinco lustros que la Escuela de Pintura de Cuenca ha cesado sus actividades. La Pintura, princesa nimbada de un sublime cromatismo luminoso, estaba adormida; gratamente adormida bajo la divina influencia del sentimiento hecho verso musical y del pensamiento dinámico y avasallador de los intelectuales y poetas de Cuenca. La princesa despierta sonriente, con el verde fulgor de la esperanza en sus ojos de Astartea; acariciada, estimulada por el pensamiento, la palabra y el verso, se afana en buscar a sus hijos, para conducirlos a su atalaya de encantamientos. Mas, ay! la princesa es divina y cruel, tiene la crueldad del águila que tomando a sus polluelos, cara al sol, prueba la estirpe de sus hijos, bañando las pupilas de sus ojos ávidos en la luz hiriente; si estos no resisten el argento diluido del sol, indignada los arroja al abismo. Gesto sublime que selecciona a los genios y aparta a los mediocres. El Cubismo, el Dadaísmo, el Futurismo y el **Violetismo**, son el fruto de los aguiluchos enfermos y causados.

Templemos bien el cordaje nervioso de la juventud que se apresta a montar en el corcel que conduce a la gloria. Hagamos que su visión plasme en el lienzo el espíritu de la Raza, el gesto peculiar, la nota de color característica dentro del simplismo y expresionismo del Arte moderno contemporáneo de Zuluaga, de Sorolla, de Chabás, de Renoir y de L' Tourir. Conduzcamos al alumno, encauzándolo en sus propias tendencias, y consiguiéremos el artista que interprete el alma de su tierra.

Debido a la feliz iniciativa del señor doctor Remigio Crespo Toral, actual Rector de la Universidad, al entusiasmo decidido del Señor Vicerrector Doctor Octavio Díaz y a la gentil cooperación del Doctor Daniel Córdova Toral, la Escuela de Pintura de Cuenca se levanta otra vez de su letargo transitorio. En este Palacio de mármoles se siente ya el vuelo impetuoso y triunfal de la Victoria de Samotracia.

REGLAMENTO

El Consejo Universitario de Cuenca

En ejercicio de la atribución concedida en el artículo 11, letras a) y h) de la Ley de Enseñanza Superior, sancionada por la Junta de Gobierno Provisional, el seis de Octubre de mil novecientos veinticinco, dicta el siguiente **REGLAMENTO** para la Escuela de Pintura:

- Art. 1. —La Escuela de Pintura es una dependencia de la Universidad. Tiene por objeto el cultivo del Arte, y lo obligan los Estatutos y Reglamentos del Establecimiento, en lo que no estuviese estatuido en éste.
- Art. 2. —La Escuela de Pintura estará bajo la dirección de un Artista, quien podrá solicitar los ayudantes que juzgue necesarios, para la perfección en la enseñanza y el régimen disciplinario; debiendo la Universidad hacer figurar en sus presupuestos anuales las rentas con que debe sostenerse la Escuela.
- Art. 3. —Tendrá derecho, el Director de la Escuela, a solicitar profesores auxiliares, cuando el número de alumnos pase de treinta.
- Art. 4. —Corresponde a la Universidad proveer, a la Escuela de Pintura, de todo el material necesario para la enseñanza técnica y práctica del Arte, para lo cual el Director presentará, al Consejo Universitario, presupuestos de útiles que sean necesarios, para que el gasto sea ordenado por el Consejo.
- Art. 5. —La Escuela de Pintura es mixta, en la cual se dará enseñanza a jóvenes de uno y otro sexo, que tengan

cuando menos la edad de diez años, debiendo para ser matriculados rendir ante el Director, el Secretario y el Prosecretario de la Universidad, un examen oral, en el que acrediten estar suficientemente preparados en los ramos de Enseñanza Primaria; o presentarán certificado del Profesor o Maestro, de tener aquellos conocimientos.

Art. 6. —La Escuela de Pintura funcionará en el Palacio Universitario, y las horas de asistencia serán las siguientes: para mujeres de ocho a once de la mañana; y para hombres de dos a cinco de la tarde.

Art. 7. —El estudio completo de la Pintura se divide en cuatro cursos, y cada curso comprenderá diez meses de asistencia, quedando los dos meses restantes para vacaciones.

Art. 8. —El plan de Enseñanza se divide en la siguiente forma:

Primer Año.—Curso elemental de Dibujo, que comprende: dibujo geométrico académico, para hombres; y para señoritas dibujo floral, dibujo decorativo y acuarela.

Segundo Año.—Dibujo del antiguo. Perspectiva y Anatomía.

Tercer Año.—Dibujo del natural, modelado y paisaje.—Pintura decorativa y acuarela.

Cuarto Año.—Estudio de figuras humanas del natural.—Colorido y Composición.

El Director queda facultado, apreciando las aptitudes de los alumnos, a destinarlos al Curso que les convenga y a la enseñanza de la cual pudieran sacar mayor provecho.

Art. 9. —Simultáneamente, con la enseñanza práctica, se dictarán, según los Programas que presentaren los Profesores, lecciones de Anatomía, Perspectiva, Elementos de Arquitectura, Historia del Arte y Estética.

Art. 10. —Estas asignaturas se enseñarán en una clase sema-

nal, de acuerdo con el Horario que se formule al respecto.

Art. 11. — Los Programas de los Profesores de Anatomía, Perspectiva, Elementos de Arquitectura, Historia del Arte y Estética, serán aprobados por el Consejo Universitario del 1º al 15 de Octubre de cada año.

Art. 12. — Los Cursos se iniciarán el 1º de Octubre, previa matrícula, desde el 15 de Septiembre al 15 de Octubre.

Estas matriculas no causarán derechos.

Art. 13. — Los quince días últimos del mes de Julio se destinarán para las pruebas finales, las que consistirán en manifestaciones prácticas de la labor de los alumnos, y en la exposición oral de los conocimientos que hubieron adquirido. Estos exámenes durarán veinte minutos y serán públicos e individuales.

La prueba será calificada en la misma forma que los actos universitarios, y sólo el alumno aprobado en un curso tendrá derecho a matricularse en el inmediato superior.

Los exámenes no causan derecho alguno.

Art. 14. — El Tribunal Examinador será integrado por el Rector de la Universidad, el Director de la Escuela y el Profesor de la respectiva asignatura, y el acto será autorizado por el Secretario de la Universidad.

Art. 15. — El alumno que hubiere concluido sus cursos, con sujeción a este Reglamento, tendrá derecho a que la Universidad le otorgue un diploma que acredite las notas de aprobación obtenidas durante los años de enseñanza, para el efecto de que pueda ser nombrado Profesor de la materia.

Art. 16. — El diploma será conferido por el Consejo Universitario, previa la presentación de una obra original, calificada por una Junta compuesta del Director y dos artistas nombrados por el Consejo Universitario.

Art. 17. — El régimen interno de la Escuela, el orden, mora-

lidad y disciplina, dependen únicamente del Director.

Art. 18.—La Escuela de Pintura, en la sección mujeres, estará bajo el cuidado de una Inspectora nombrada por el Consejo Universitario, con el sueldo que se le asigne en el Presupuesto correspondiente.

Art. 19.—La Sección de Litografía, que actualmente existe en la Universidad, queda anexa a la escuela de Pintura, bajo la supervigilancia del Director de ésta.

Art. 20.—La enseñanza de Litografía se dará en esta forma:

Primer año.—Preparación de planchas.—Ensayo de líneas, puntos y calco.—Ensayos a pluma, lápiz y grabado a buril, letras y números.—Corrección de los trabajos.

Segundo Año.—Trabajos sobre piedra graneada, imitando lápiz.—Grabados: grabados directos sobre piedra, grabado en gelatina, transportes.—Retrato, figura, paisaje y ornamentación general.

Tercer Año.—Impresión en general.—Cromo.—Preparación de las piedras, preparación de tintas, pases, manejo de la prensa, preparación del papel: trabajos diversos.—Oleografía.

Art. 21.—El aprendizaje de Litografía queda en todo sujeto a este Reglamento, y especialmente a las disposiciones contenidas en los artículos 4, 5, 6, 12, 13, 15 y 16.

Art. 22.—Los trabajos que se ejecuten en el Taller de Litografía llevarán con el visto bueno del Director de la Escuela, y el valor de ellos ingresará a la Caja de la Universidad.

Art. 23.—Este Estatuto regirá desde el día en que se lo publique por carteles o la prensa.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

Primera.—Mientras la Universidad pueda dotar a la Escuela de Profesores para las clases de Anatomía, Perspectiva, Elementos de Arquitectura, Historia del

Arte y Estética, estas asignaturas estarán a cargo de los señores: Ayudante de Anatomía de la Escuela de Medicina; Director Técnico de la construcción del Palacio Universitario, y Doctor Alfonso Moreno Mora, Prosecretario de la Universidad, con las mismas asignaciones de sus respectivos empleos.

Segunda.—El Curso inaugural se efectuará en una forma intensiva, y comprenderá sólo desde el 30 de Junio hasta el 30 de Septiembre del presente año.

Dado en el Salón de Sesiones del Rectorado de la Universidad de Cuenca, a catorce de Junio de mil novecientos veintinueve.

El Rector,
(f) **Octavio Díaz.**

El Representante del Ministerio
de Instrucción Pública
(f) **D. Córdova Toral.**

El Decano de la Facultad
de Medicina
(f) **E. J. Crespo.**

El Subdecano de la Facultad
de Jurisprudencia
(f) **Antonio A. Barsallo.**

El Representante de los
Estudiantes de Jurisprudencia,
(f) **Alb. Andrade y A.**

El Representante de
los Estudiantes de Medicina,
(f) **F. Sojos.**

El Secretario,
(f) **A. Moreno-Mora.**

INFORME

de la Dirección Técnica del Palacio Universitario.

Cuenca, a 29 de Mayo de 1929.

Señor Rector de la Universidad de Cuenca.

En su Despacho.

Señor:

A fin de que el H. Consejo dignamente presidido por usted conozca el desarrollo de los trabajos ejecutados en la construcción de mi cargo, elevo el Informe comprensivo del periodo Octubre 1928—Mayo 1929.

Durante este lapso de ciento ochenta días laborables, se han realizado las obras siguientes:

MAMPOSTERIA DE PIEDRA:—12, 60 metros cúbicos (cornisa exterior y revestimiento de un pedestal de fachada)

MAMPOSTERIA DE LADRILLO:—36 metros cúbicos (pared en el tercer piso y canales de aguas lluvias).

ENLUCIDOS:—2. 440 metros cuadrados.

ENTABLADOS: 500 metros cuadrados.

CIELOS RASOS: material comprado: } metros cuadrados.

645

material colocado: } metros cuadrados.

BALAUSTRADAS DE PIEDRA LABRADA: 19 macizos y 109 balaustres en el tercer piso.

19 claros del segundo piso.

TERRAZAS DE BALDOSAS Y CEMENTO:—320 metros cuadrados.

CANALES DE LLUVIA CEMENTADOS:—120 metros cuadrados.

COLOCACION DE REJAS DE HIERRO:—19 en la planta baja.

PINTURA AL OLEO:—Tres salones de la Biblioteca y

dos clases del segundo piso (cielos rasos).

INSTALACIONES DE LUZ:—400 metros de alambre N^o 16 y 100 del N^o 12; 150 aisladores.

Compostura y pulimento de columnas: 20 interiores
3 exteriores—(inconclusas 2).

Corta de árboles: 112 divididos y en parte transportados por el contratista.

Transporte de tierra: 46. 400 sacos, o sea 1.410 metros cúbicos.

Grada del tercer piso y galería del Teatro—26 peldaños de madera.

Portada de salida a la terraza: de cal y ladrillo, con empalme en la cubierta respectiva.

Materiales adquiridos: cerrajería fina completa para 16 puertas.

100 baldosas de piedra 0,25 x 0,25 para corredores bajos.

Y la preparación de dovelas de piedra para los nuevos arcos de la grada.

Para mejor comprensión de estas cifras, se expresa en seguida los trabajos que representan.

En piedra y ladrillo restaba muy poco, relativamente a la gigantesca masa del edificio: era un fragmento de cornisa y el material invertido en rectificar la primera columna exterior de la fachada. Pero ésto, en el concepto estético, significa la redención artística del severo palacio: en efecto, su único adorno, y el más noble de todos, es la columnata corintia en los 110 metros del frontis; y ésta, tallada en mármol, pecaba contra la inflexible proporción del clacisismo: el fuste, defectuosamente cilíndrico, alcanzaba 14 módulos en vez de 10, y la base pertenecía al orden toscano en lugar del corintio. Con la aprobación de ingenieros de la talla de Noroña entre los nacionales y de Bártoli entre los extranjeros, procedí a la reforma, deducida del estudio crítico de la obra; y el resultado ha sido satisfactorio; por la adaptación, también en mármol, de un pedestal y la galibación del bello ornamento griego, se ha obtenido una columna pura, proporcionada y que no será objeto de censura, pues el público, con sólo el buen sentido natural, era juez acertado en criticarla. Inútil es advertir que el H. Consejo facilitó de todas maneras los medios a emplearse para este lisonjero resultado, pues las trece restantes se irán corrigiendo al propio tiempo que se les da brillo y su final pulimento.

Igualmente se han arreglado las 20 columnas de granito del patio principal.

La sección de ladrillo se reduce a un lienzo de pared in-

terior en el tercer piso, lo cual significa que ese renglón de trabajo ha terminado en el Edificio Universitario.

También la cifra de 2.440 metros cuadrados implica un formidable avance en los finos enlucidos enyesados, pues sólo queda sin ese acabado el tramo inferior del local para imprenta, o sea una sexta parte sin considerar por supuesto el gran local del teatro, que ahora presta servicios de depósito de madera e implementos de la fábrica.

Por lo que respecta a entablados, falta una cuarta parte del total, siempre prescindiendo del teatro, y es la que corresponde al ángulo norte de la planta baja (local de imprenta).

De cielos rasos falta únicamente el local citado y el mismo ángulo norte de corredores en el piso inferior.

En cuanto a balaustradas había colocados seis claros hasta Octubre: se han terminado todos, y está por consiguiente obtenida la seguridad para el tránsito por los claustros y terrazas.

Instalaciones de luz: terminadas, salvo el ángulo inferior citado.

Grada del tercer piso. Era una necesidad inaplazable, y se ha alcanzado a darle el servicio buscado, así como acceso a la galería del teatro, por manera que el público de espectáculos no penetre al recinto universitario, debiendo circular únicamente por los pasajes exteriores anexos al plantel.

Apertura de meclinales. Trabajo impropio fue el abrirlos en los zócalos de piedra. Seguramente el notable arquitecto autor del Proyecto pensó emplear pavimentos de cemento o baldosa en esos locales: pero el clima y la higiene preconizan el piso de madera, tal como se lo está usando; sin embargo, la reforma no alteró un punto la belleza de las líneas generales.

Pintura al óleo.—Se ha usado en los cielos rasos de la Biblioteca; mas los muros se pintarán en acabado mate, que es el más aconsejado para planteles de enseñanza.

De lo expuesto se infiere que el progreso alcanzado por la construcción ha sido realmente considerable durante siete meses no completos que abarca el presente inforime.

Como una sugerencia final me permito insinuar al H. Consejo que el material de pizarra asbesto se emplee en una cúpula de resonancia para el teatro, y sobre el ábside de esquina que mira al parque Calderón se erija una rotonda de hierro encristalado, cuyas muestras he podido por medio de la Casa Crespo y llegarán en breve. Se daría mayor realce al gran patio central, el más bello de la República, y por otra parte, el coronamiento exterior evitaria los decorados de piedra del remate: esta economía de 4 a 5 mil sucres incrementará los fondos para la espléndida cúpula encristalada, que es por

hoy el sumun del progreso y el ornato máximo de los palacios modernos.

Sea de ello lo que fuere, no me resta sino reconocer el entusiasmo con que ha laborado el H. Consejo, el Señor Vicerrector, quien ha visitado diariamente los trabajos, la oficina de Tesorería, Inspectores de material y construcción, hasta el último peón han consagrado sus energías, cada cual en su esfera, firme y abnegadamente.

Señor Rector,

Jorge Jarrín Córdova.

Dirección Técnica
del Palacio Universitario

Cuenca, Junio 13 de 1929.

Sr. Rector de la Universidad

S. D.

Señor:

Como un alcance o complemento a mi anterior informe, manifiéstole que los trabajos efectuados del 1º al 14 del pte. son los siguientes:

Colocación de cinco pares de puertas, 6 ventanas y dos ventanillas en la planta baja; enristalado de las 6 primeras.

Revisión del canal de desagüe para conectar servicios higiénicos.

Colocación de once pares de puertas, dos ventanillas y enristalado de tres ventanas.

Atto. subalterno,

Jorge Jarrín Córdova.

INFORME

DE LA TESORERIA DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA
Y PAGADURIA DE I. PRIMARIA DEL AZUAY.

Nº 99.

Cuenca, Junio 13 de 1929.

Señor Rector de la Universidad

Presente.

Me es honroso adjuntar al presente oficio el detalle que demuestra el movimiento de fondos destinados a la construcción del edificio Universitario, desde el 1º de Octubre de 1928 hasta el 31 de Mayo último.

Honor y Patria,

J. Landívar V.

DETALLE DEL MOVIMIENTO DE FONDOS DESTINADOS

Del 1º de Oct

INGRESOS:

Asignaciones fiscales correspondientes a setiembre, octubre, noviembre y diciembre; a \$ 2.916.66 c/u.....	\$ 11.666.64	
Saldo de setiembre anterior.....	"	17.79
Totales.....	\$ 11.686.43	

INGRESOS:

Producto de la resolución de un contrato con Manuel Bravo, sobre provisión de materiales.....	\$ 178.77	
Asignaciones fiscales de enero a abril, a \$ 2.916.66 cada una.....	" 11.666.64	
Producto de la resolución de contrato con Moisés S. Siavichay, sobre provisión de materiales.....	" 275.00	
Anticipo de las asignaciones fiscale.....	" 5.833.32	
Saldo de 1928.....	" 0.34	\$ 17.954
Totales.....	\$ 17.954.	

Cuenca, J

NOTAS

REVISTA UNIVERSITARIA

Por causas extrañas a la mejor voluntad de la Comisión se ha suspendido por algún tiempo la Revista de la Universidad de Cuenca. En lo sucesivo su edición será periódica y regular: la Comisión integrada por elementos prestigiosos del Cuerpo Docente y de Superiores del Instituto, se propone trabajar en este sentido, dando lugar preferente en las páginas de la Revista a las conferencias que sustenten los Señores Profesores.

Con oportunidad se ha invitado a los Miembros de ambas Facultades, para que envíen sus estudios científicos a la Redacción. Con estos trabajos y con las conferencias de extensión e intensificación universitarias, habrá material selecto y abundante, capaz de mantener por sí solo la publicación de la Revista.



BECAS

Los jóvenes cuencanos José Rafael Estrella A. Miguel Alberto Chico Peñaherrera, Julio Carrión y Lauro Ordóñez E. fueron agraciados por el Consejo Universitario con las becas costeadas por el Supremo Gobierno, para jóvenes de esta Provincia. Después de algunos años, cuando se establezca entre nosotros la Facultad de Ciencias, tendremos en ella a Profesores cuencanos, como fruto cierto de las becas concedidas, lo que es halagüeño para el patriotismo azuayo.



ESCUELA DE PINTURA

Desde el 29 de Junio último, fecha de su inauguración, es ya una realidad la Escuela de Pintura, bajo la hábil dirección del artista ibarreño señor Luis Toro Moreno. Varios jóvenes y señoritas de la élite social, como de nuestro mejor pueblo, se han inscrito para seguir los cursos que, según el Plan y Reglamento, durarán cuatro años. Ojalá los alumnos sean constantes en el estudio, y el éxito mejor corone sus afanes.

El Consejo Universitario se encuentra animado de los más buenos propósitos con respecto a la Escuela de Pintura. Por lo pronto no se han escatimado gastos para su inauguración. El material de la Escuela es costeado por la Universidad, y se ha puesto especial cuidado en darles a los alumnos toda clase de comodidades. Se cuenta con una hermosa colección de modelos del arte griego para el estudio, y probablemente, hasta el mes de Octubre, se habrá adquirido ya todo el material escolar necesario.

La Escuela cuenta con la simpatía de Don Remigio Crespo Toral, quien desde el comienzo de su Rectorado ha trabajado para dotar a la Universidad de Cuenca de esta importante mejora.

Un grupo de entusiastas cultivadores del arte de la música hállase también empeñado en establecer una Escuela de Música y Declamación, bajo los auspicios de la Universidad, y como dependencia de ella.

DELEGACION

En forma limpia, con amplia libertad, y con anuncio de muchos días, se procedió a la elección de estudiantes que integran la Asamblea, el Consejo Universitario y las Facultades de Jurisprudencia y Medicina. Previamente se dictó un Reglamento al cual debían ceñirse las elecciones, obra esta muy atinada del Señor Vicerrector Doctor Don Octavio Díaz.

Con la concurrencia de setenta y cinco estudiantes, se procedió a la mencionada elección, siendo de anotarse como rasgo de alta significación en la vida cultural de los estudiantes universitarios, el acuerdo unánime que reinó en ambas Facultades, para las designaciones de Representantes.

Para el Consejo Universitario fueron elegidos los estudiantes Don Francisco Sojos Jaramillo y Don Alberto Andrade Arizaga.

Por la Facultad de Jurisprudencia los señores César Cobos González, Arturo Ramírez Aguilar y Rigoberto Andrade Fernández.

Por la Facultad de Medicina los señores Julio Toral Vega, Julio Muñoz Borrero, Alberto Alvarado Cobos y Gerardo Peña Astudillo.

Representantes ante la Asamblea Universitaria fueron designados los siguientes jóvenes: Alberto Andrade Arizaga, Francisco Sojos Jaramillo, César Cobos González, Gerardo Peña Astudillo, Gonzalo Cordero Crespo, César Molina Espinosa y Humberto González Peralta.